

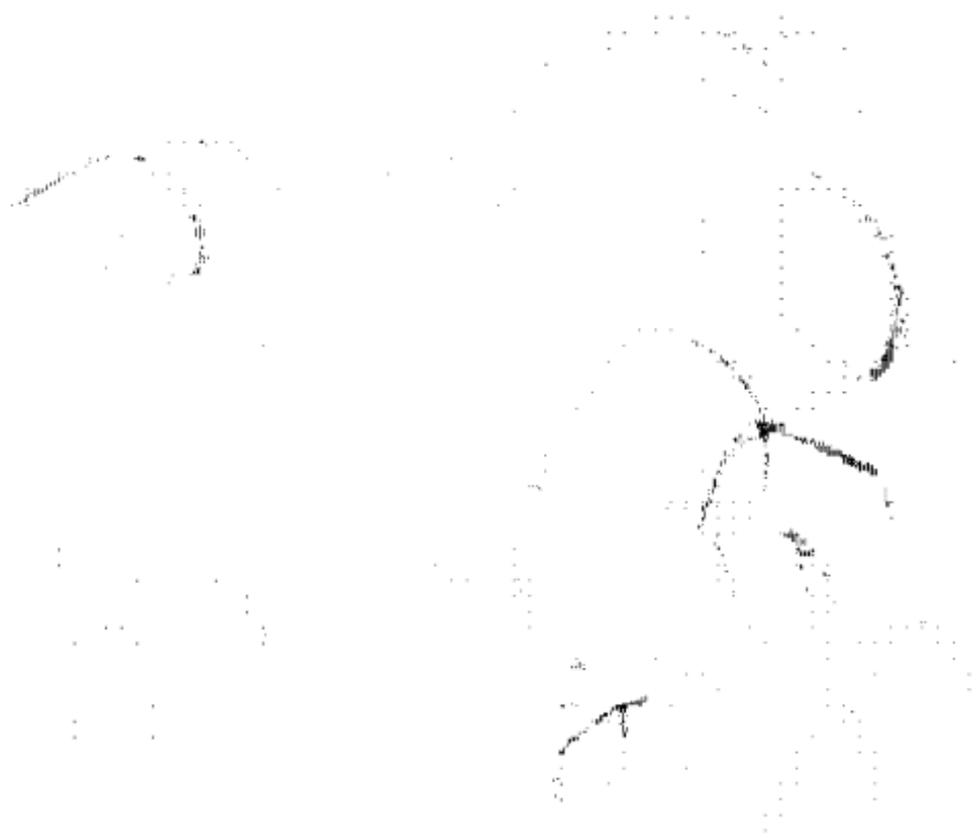




ANT  
XIX  
68

191

Ybarraguen





**GONZALO DE CÓRDOBA**

ó

**LA CONQUISTA DE GRANADA,**

E S C R I T A

POR EL CABALLERO FLORIAN:

PUBLÍCATA EN ESPAÑOL

DON JUAN LOPEZ DE PEÑALVER.

T O M O I.

NUEVA EDICION.



P E R P I Ñ A N,

En la Oficina de JUAN ALZIBE.

Año 1811.



A DON NICASIO ALVAREZ  
DE CIENFUEGOS,

S U A M I G O

DON JUAN LOPEZ DE PEÑALVER.

*¿A quien, querido amigo, deberé yo ofrecer estos ocios, fruto de momentos consagrados á la soledad y á la melancolia? Al que ha querido corregir la rudeza de mi pluma; al que ha hermosado esta obrita con los versos que hay en ella; al que me estimuló á empezarla, á concluirla y darla á luz. Recibe, dulce amigo, esta corta ofrenda que, por mi mano, te hace la amistad.*





# GONZALO DE CÓRDOBA

ó

## LA CONQUISTA DE GRANADA.

---

### SUMARIO DEL LIBRO I.º

*Exposición. Ofrenda á la nacion Española. Isabel y Fernando ponen sitio á Granada. Pueblos y Héroes que los acompañan. Carácter de Fernando y de Isabel. Pintura de Gonzalo, embaxador de Fez. Sus amores. Amistad de Gonzalo y de Lara. Descripción del Africa. El rey de Fez detiene á Gonzalo. El Héroe le obliga á firmar la paz. Peligro en que se ve Gonzalo. Sálvale un cautivo. Huye en una barca, que se*

Tom. I.

A

*rompe en una tempestad. Gonzalo  
arriba á un navio. Encuentro que  
tiene en él. Combate y victoria del  
Héroe. Sale herido del combate.  
Llega á Málaga.*

---

---

---

## LIBRO PRIMERO.

---

**C**ASTAS ninfas, que bañais las trenzas de vuestros dorados cabellos en las cristalinas ondas del Guadalquivir, y á la fresca sombra de los hojosos chopos, formais matizadas guirnaldas de las olorosas flores, que nacen continuamente en los verdes prados de la Andalucía; venid, enseñadme á celebrar los héroes de vuestras riberas: recordad los combates sangrientos, que vieron los muros de Granada, las victorias de Gonzalo, sus amores y sus desgracias: contad como, preparada, al soplo de la discordia, la ruina de la gente Mora, el valor de Isabel y la prudencia de Fernando arrancaron la España á sus antiguos usurpadores. Adornad, ninfas bellas, vuestrosacentos de aquellas gracias nobles y afectuosas, de aquella fecunda imaginacion,

que tienen su trono en vuestro suelo patrio : encubrid la frente austera de la verdad ; con las guirnaldas que ciñen vuestras sienas ; y á par que brindais á los corazones tiernos con las penas y los placeres , que algun día probáron , recordad á todos los reyes del universo que los únicos apoyos del trono son la justicia y la virtud.

Generosos Españoles , nacion valiente y magnánima , madre de los amantes finos , eternos modelos de las almas sensibles y constantes ; tú cuyos invencibles guerreros , haciéndote señora de inmensas regiones , forzáron al sol á que jamas muriese para tu dilatado imperio , acepta mi tributo : yo te consagro en esta humilde ofrenda aquellos dos sentimientos , ídolo de tus grandes almas , sagrado honor , y amor ardiente.

Isabel reynaba en Castilla ; y Aragon obedecia á Fernando. Los dos soberanos unidos por un linenco feliz , habian en-

trelazado sus coronas sin confundir sus estados. Ambos en la flor de su edad, ambos igualmente inflamados del ardiente deseo de la gloria, veían con indignacion los mas hermosos paises de España, baxo la dominacion de los Musulmanes. Ocho siglos de victorias no fuéron bastantes á arrancar de las manos de los hijos de Ismael, todas las conquistas de sus abuelos. A veces vencidos, pero nunca deshechos, aun poseían las deliciosas orillas que baña el mar de Africa, desde las columnas de Alcides hasta el sepulcro de los Cipiones. Granada era su capital, y solo los estados de Granada hacían á Boabdil un monarca poderoso.

El feroz Boabdil habia provocado la cólera de Isabel. El desprecio de los tratados en las excursiones de la Andalucía, aceleró el dia de la venganza, y la trompeta guerrera resonó, desde donde muere el Bétis hasta el nacimiento del Tbro. Toda la España se conmueve: Fernando

acude con sus animosos Aragonceses : el fiero Catalan, el fogoso Valenciano y el Balear astuto siguen sus pasos : los agresivos Asturianos baxan de sus enriscados montes : el antiguo Leon junta sus falanges , los fieles Castellanos vuelan á las armas ; y los esposos regios , dueños ya de casi todas las plazas , que impedían el acercarse á Granada , ponen sitio en fin á sus muros.

Jamas se vió una sola ciudad amenazada de tantos capitanes ilustres : jamas un mismo campo reunió tantos héroes. Allí se distinguian los Mendozas , los Nuñez y los Medinas ; Guzman , el orgulloso Guzman , fiero de su descendencia real ; Aguilar que veía mayor antigüedad en la virtud que en la nobleza ; Hernan Cortes , que , apenas salido de la infancia , manejaba por la primera vez el acero que habia de domar á Mexico ; el amable príncipe de Portugal , Alfonso yerno de Isabel , Alfonso que habia de costar tantas

lágrimas á la desgraciada esposa condenada á sobrevivirle; el invencible Lara, amigo y apoyo de los oprimidos, Lara honor de su nación, caro á su patria, mas caro todavía á la amistad, de que era modelo fiel; el venerable Tellez, baxo cuyas respetables canas ardia un ánimo juvenil, que cincuenta años admitieron al frente del esquadron indomable de los caballeros de Calatrava; y una multitud de guerreros, la flor y gloria de España, que todas habian reconocido por jefe al feliz esposo de Isabel, todos habian jurado morir ó vencer baxo el mando de Fernando.

El monarca modera el ardor de los capitanes, y quiere diferir los asaltos. Consumado en el arte profundo de dividir para reynar, de preparar la victoria ántes de correr á la batalla, habia fomentado en Granada las disensiones que la agitaban, procurando debilitar un pueblo que pensaba atacar prontamente. Impenetrable en

sus designios , y constante en seguirlos en el silencio , camina por largos rodeos para adelantar el feliz exito. No le irritan los obstáculos , porque su prudencia los ha prevenido todos : no le sorprende lo futuro , porque su sabiduría lo hace todo cierto. Activo , paciente , infatigable , rival del mas bravo en la guerra , sin rival en los consejos , su brazo fixaria la fortuna , si su penetracion no la hubiera encadenado.

La animosa Isabel solo quiere vencer. Animada del amor ardiente de su religion y de su pueblo , persigue al Moro , irreconciliable enemigo de su nacion y de su fe. El honor le manda volar al combate : el honor es su única prudencia. Su alma grande no necesita jamas ocultar sus sentimientos. Acostumbrada á dar cuenta á Dios de los mas secretos pensamientos , teme poco á los ojos de los hombres , y marcha con la frente serena , apoyada en su virtud. Generosa , magnánima , sensible , severa consigo misma , justiciera con todos,

exemplo é ídolo de sus vasallos, su consejo está en su deber, su fuerza en su ánimo, su esperanza en el ser eterno.

La sangre de ámbos partidos habia ya salpicado los campos, y desde el principio del sitio habia el sol corrido la mitad de su carrera, sin que nada anunciase todavía, que Granada se debilitaba, ántes bien parecia que recobraba nuevas fuerzas, desde que el mas intrépido, el mas temido de los Españoles, Gonzalo, faltaba del campo; Gonzalo, que todavía no ha cumplido cinco lustros; á quien los capitanes ancianos consultan con respeto, Gonzalo, cuyo brazo terrible no ha encontrado un adversario que pudiese en duda la victoria, y en quien los mismos vencidos reverenciaron las virtudes. Nacido en Córdoba, y criado entre las continuas guerras, que mantenía Granada con sus vecinos, los combates fuéron sus juegos, y los despojos Moros su patrimonio. Desde su tierna infancia supo vencer, y agradar con los

dones de que la naturaleza pródiga le colmó. Cubierto de acero, su frente ceñida del morrion, la estatura, el ayre magnánimo, la fuerza mas que humana, el valor superior á la fuerza, son el espanto de los guerreros. Desarmado, la belleza y la gracia, las miradas dulces y penetrantes, las facciones dó se hermanan la nobleza y la afabilidad, arrastran todos los corazones. Sus rivales zelosos léjos de él, no se atreven á estarlo en su presencia, y la desesperacion de la envidia se muda en la necesidad de amarlo.

Gonzalo era entónces víctima triste de la mas baxa perfidia. El monarca de Fez, Seid, solicitado por los Granadinos, habia amenazado con las armas las orillas de Andalucía. Los reyes deseaban la paz con el Africano, por no distraerse de su meditada conquista. Ofrécentle las condiciones, pero instruido por la fama del grande nombre de Gonzalo, Seid pidió que el Castellano viniese do embaxador á su

sorte, negándose á tratar con nadie sino con tan célebre guerrero. Isabel vacila por mucho tiempo; pero el temor del nuevo enemigo, la esperanza de la pronta vuelta del héroe, la determinan al fin. Gonzalo instruido mucho ántes en la lengua y costumbres de los Arabes, va encargado por sus soberanos de asegurarles el reposo. Un navio le lleva á Fez, en donde el pérfido Seid, á ruegos de Boabdil, le detiene baxo diversos pretextos, dilatando el firmar la paz, y dando de este modo tiempo á Granada para respirar.

Incapaz de desconfianza, pero irritado de tanta dilacion. Gonzalo se queja de un honor que pone en inaccion el valor. La gloria de que está ansioso no es sola la que hace suspirar su corazon: otra passion mas viva y ménos feliz, le ocupa enteramente. El amor, el temible amor habia sojuzgado aquella alma fiera, y el héroe habia conocido su poder en el seno mismo de los combates y de la victoria.

Poco tiempo ántes del sitio, Gonzalo, vencedor de los Moros llega al pie de los muros de Granada, triunfa de nuevo, entra en la ciudad esparciendo por toda ella el terror de la muerte. A su vista caen y huyen los Moros: un arroyo de sangre señala el lugar por donde ha pasado. En este dia acabara Boabdil y su imperio, si los Castellanos hubieran podido seguirle. Zulema hermana del rey, hija del virtuoso Muley Hassem; Zulema que desde su aurora, eclipsaba todas las bellezas del Africa y la Iberia, sale en medio del pueblo aterrado, se desmaya á la vista de la carnicería, y temblando cae de rodillas en las gradas del palacio real. Tiende los brazos al cielo, y el rostro anegado en llanto, invoca al Todo-poderoso, pidiéndole alligida que alejase aquel terrible guerrero que camina acompañado de la muerte. En este instante se presenta Gonzalo, la espada en la mano, cubierto de sangre, abriéndose camino al traves de las víctimas

victimas y de los fugitivos. Corre, vuela, llega á la princesa... su espada queda inmóvil, la mano detiene el fogoso caballo, y lleno de admiracion contempla aquel rostro encantador, que el dolor hermo- seaba, aquellos ojos en que el brillante azal enternecia y ardia á un tiempo, y la noble frente en que estaban unidas la magestad y el tímido pudor, aquellas largas trenzas de ébano, la mitad flotando desordenada entre un velo de púrpura, y la otra mitad que bañada en lágrimas cae y reposa sobre el mármol. Todas las gracias, todos los atractivos con que la naturaleza se complace en oruar la amable virtud, adornaban la hermosa Zulema. Tal y quizá ménos bella se mostró la sensible Ximena, quando vino á implorar á su rey contra un héroe á quien adoraba.

Gonzalo siente palpar su corazon, y sacia los ojos con el dulce veneno del amor. Tiembla, suspira, se abrasa, y su alma entera está penetrada de un fuego devo-

rador. Olvidándose de Granada, de la guerra y del riesgo en que está, va á saltar del caballo para tranquilizar á la princesa, pero los enemigos ya reunidos vienen sobre él, y le acometen por todos lados. Los innumerables golpes que descargan sobre sus armas, le arrebatan de sus tiernos pensamientos, y volviendo en sí, quiere pelear y no encuentra su primer ardor. En fin cede á la multitud, mirando siempre á Zulema, rechazando con débil mano los alfanjes que le amenazan, y teniendo en poco la gloria y la vida como vuelva á mirar á aquella que no puede dexar, á aquella de quien en adelante dependera su destino, saliendo al fin vencido y sojuzgado de la misma ciudad en donde poco ántes le habian visto penetrar como formidable conquistador.

Desde este dia el triste Gonzalo alimenta un amor sin esperanza, en los disgustos y la amargura. Ignorando el nombre de la que ama, tiembla pensando si será es-

posa ó amante de algun héroe, y aun quando fuera vano su temor, ¿ cómo podia prometerse el verse amado, siendo el mayor enemigo de la religion de su pueblo, el terror de Granada, y presentándose delante de ella teñido en sangre de sus defensores? Cubierto con la vísera, Zulena no podia haber leído en sus ojos su amor, su profundo dolor y el arrepentimiento de sus hazañas. Apenas se atreve á conservar la esperanza de volverla á ver; pero ocupado continuamente el pensamiento en su imágen la lleva siempre consigo. En el combate, en el reposo, en el tumulto, en la soledad, ve siempre la imágen adorada: contempla aquella celestial belleza arrodillada delante del palacio, levantadas las manos y los ojos al cielo; oye su voz dolorida, distingue sus tiernos acentos, y cree recoger de sus labios las lágrimas que cubrian su rostro.

La fortuna habia concedido á Gonzalo, que la dulce amistad le acompañase en su

infortunio. Lara, el sensible Lara ama á Gonzalo mas que su propia vida, le ama como la gloria. Unidos desde la tierna infancia, criados en la misma ciudad ó mas bien en los mismos campos de batalla, juntos aprendiéron á pelear, y siguiéron con igual paso la carrera de los héroes. Jamas experimentáron un sentimiento que no fuese comun á ámbos, y los intereses y deseos del uno ocupaban y atormentaban á su amigo mas vivamente que á sí mismo, estimándose á sus propios ojos por las virtudes del que amaban. Lara no conocia el orgullo, sino quando hablaba de Gonzalo: Gonzalo no dexaba de ser modesto, sino refiriendo los hechos de Lara: sus almas se buscaban continuamente, y no poseian todas sus facultades hasta haberse encontrado: nada podia conmoverlos hasta este momento feliz: los mas secretos pensamientos eran una carga superior á sus fuerzas, y corrían á librarse de ella comunicándoselos. No de otra suerte dos tiernos

olmos brotan de dos vástagos vecinos, se apoyan uno en otro, crecen juntos, confunden sus ramas pomposas, y dominan los bosques cercanos.

¡ Ay! ¡ que de lágrimas derramaron quando fué preciso separarse! ¡ Quán tierna fué su despedida! Estrechándose mutuamente entre los brazos, se separaban y volvian á abrazarse, sus corazones agenos de todo temor en los peligros mas terribles, temian los menores acasos que pudieran amenazar á su amigo. Gonzalo pedia á Lara que no buscase los peligros en ausencia de su hermano; Lara suplicaba á Gonzalo el moderar su natural animosidad en la corte de un rey pérfido y cruel: ámbos rogaban á Isabel que los dexase partir juntos; pero el ejército, demasiado débil, necesitaba uno de los héroes. Gonzalo se vió en la necesidad de hacerse á la vela, y Lara desde este momento funesto, sin ardor y desanimado, se cree solo en medio del campo. Ya no

le excita el sonido de la trompeta. ¿Para que vencer si su amo no ha de gozar de la victoria? Solitario, adusto, feroz, huye de sus reyes y sus compañeros, busca el silencio de las soledades, trepa por los montes encumbrados para tender la vista por el mar de Africa. Allí respira Gonzalo; allí es donde todavía mas digno de compasion, desterrado lejos de su patria, lejos de su amigo, lejos de su amada, Gonzalo suspira, se irrita, cuenta los momentos que no puede acelerar, y despedaza sin cesar un corazon en que redobla el tiempo las heridas.

Quanto mira el rededor de sí aumenta sus tormentos. Sobre una tierra árida y ardiente, sembrada de algunas palmas, se ve un pueblo de esclavos sometidos á un déspota feroz. En vano el infeliz Africano riega con el sudor de su frente los áridos surcos que alimentarán su familia. Apenas amarillean sus mieses, quando espesas nubes de langostas vienen

é devorarlas en un dia, ó si se libra de esta plaga terrible, los visires, los gobernadores, reyes de las provincias, pasando rápidamente del trono al cadalso, de la diadema al cordon, se apresuran á cebarse en la sangre de los pueblos, y acumular inmensos tesoros para comprar sus delitos. El soberano de estos numerosos tiranos, adormecido en una indigna molicie, é infatuado con brutales deleytes, no se acuerda de que es rey sino para ordenar una injusta muerte. Los mas desenfrenados deseos, los mas atroces caprichos, en su boca, son las leyes sagradas del imperio. Sus vasallos consagrados á la infelicidad trabajan y mueren á su antojo. Sus bienes, sus mugeres, sus hijos, lo pertenecen: al menor indicio quedan despojados: á la menor sospecha saltan sus cabezas. En estas bárbaras regiones la sangre de los hombres se aprecia ménos que el agua de que el cielo se muestra tan avaro; y el monarca se regocija de

exercer las horribles funciones de verdugo.

Tal es la corte, en donde el mas sensible y mas generoso de los mortales se ve precisado á pasar los dias, que quisiera borrar de su vida. En vano se indigna, amenaza, se queja á Seid, con aquella altiva libertad de que se alimentan las almas grandes. Seid le teme, huye su presencia, y se oculta en el fondo de su serrallo. Los visires, acostumbrados á la astucia y al fraude, aplacan al héroe con ofrendas, engañan al embaxador con juramentos, y el invencible Gonzalo á quien todo cede en las batallas; á quien no resiste ningun muro, se ve batlado de viles ministros, y cautivo de un rey que desprecia.

La luna habia ya renovado dos veces sus luces, desde que Gonzalo arribó á las orillas de los Africanos. Cansado de tantas perfidias, quiere en fin obligar á Seid á romper aquel silencio que le ofende; é

informado del día en que el monarca ha de ir á la mezquita, le espera solo en el camino. Descúbrele y se adelanta. El continente, el ayre, la audacia del héroe intimidan á la guardia y se aparta. Parado delante de Seid, en una mano el tratado y en la otra la espada desnuda, con voz alta y firme le dice: rey de Fez, aquí tienes la guerra ó la paz: escoge al instante: cien mil cuchillas, iguales á esta que brilla en mi mano, solo esperan una palabra de mi boca, para venir á derribar tu trono y tus muros entre rios de sangre: todas están sobre tu cabeza; si vacilas van á descargar el golpe.

Seid turbado, le mira: su vista le atemoriza, é inclina la pálida frente. La corte tiembla, el pueblo huye, y los soldados se disponen á abandonarle. El rey de tantos esclavos, amedrentado al aspecto de un hombre libre, firma el tratado sin responderle. Gonzalo satisfecho se retira, y va á prepararse para partir.

Pero los visires de un déspota le persuaden con frecuencia el crimen; y los de Soid mas irritados que el monarca mismo, le instan á tomar venganza. Gonzalo habia despreciado su poder; Gonzalo merecia la muerte. Castigando á un temerario que ha ofendido al rey con su orgullo, Granada quedará libre, y la España perderá su mas firme apoyo. La política y la venganza lo exigen: la muerte del héroe es justa, desde el instante que es útil; y los horribles consejeros determinan al monarca á hacerse asesino.

Al punto se mandan tomar secretamente todos los caminos por donde Gonzalo ha de pasar: mil hombres no les parecen bastantes para que perezca un guerrero solo. La astucia unida á la fuerza, escoge el lugar del ataque, corta todas las comunicaciones, y oculta cuidadosamente los preparativos, mostrando aquellos bálhanos mas inteligencia en dirigir viles asesinos, que nunca emplearon para pelear contra sus enemigos.

La noche había ya tendido su manto, y Gonzalo sin recelo pensaba salir de Fez al rayar el día. Tranquilo en su palacio, gozaba de la dulce esperanza de abrazar pronto á su amigo, y derramar en su tierno corazón las penas que había padecido. Acercarse á los sitios donde habitaba la que amaba; poder acaso penetrar otra vez en ellos, y encontrarla cerca del palacio; defender y salvar su vida; obligarla al reconocimiento ántes de declararle su amor; todas estas chimeras de que se alimentan los amantes, y las miran como verosímiles, entretenían á Gonzalo, quando de improviso oye, cerca de su palacio, tocar un instrumento que el héroe reconoce, y recordándole su patria, cautiva su atención. El héroe escucha, y una voz trémula cantó en castellano estas palabras.

Incautos hijos de Marte,  
 Imprudentes amadores,  
 La fortuna en sus favores

Tal vez os pierde falaz.  
Velad, velad.

¡ Quántas veces silenciosa  
Va la traicion siguiendo,  
Con fementido semblante,  
Al invencible guerrero!  
Y quando ya su inocencia  
Y su gloria, sin recelo  
Llevó al escondido lazo,  
Le oprime en triunfo perverso.  
Incautos hijos de Marte, &c.

El Ruiseñor, paseando  
De palma en palma su vuelo,  
Las selvas llena de amores  
Que lejos repite el eco.  
Y el Gavilan entre tanto,  
Desde sus rocas cayendo,  
Se arroja sobre él: ¡ ay triste!  
Que muere entre sus gorgoros!  
Incautos hijos de Marte, &c.

Yo he visto al rey de las fieras  
Que al cazador persiguiendo,  
Llega al precipio triste  
En falsas ramas cubierto.

La huella , cae ; y al instante  
 Por mas que rija , indefenso ,  
 De su triunfante enemigo  
 Perece al tímido esfuerzo.

Incautos hijos de Marte , *Ac.*

Gonzalo admirado al oír su lengua , atento al sentido de las palabras , que se dirigian al parecer á él mismo , tiende los ojos por la plaza inmensa en donde se elevaba el palacio , y descubre á la claridad de la luna , un anciano , cuya blanca barba baxaba hasta la cintura , vestido de cautivo , arrastrando la cadena de la esclavitud , huyendo de los Moros atraídos por su voz.

Conmovidó el corazón del héroe á la vista del anciano , baxa á la plaza , se acerca al cautivo , y le pregunta en castellano si la España es su patria. Español soy , responde el esclavo , pero nos observan y no puedo hablar. Si Gonzalo ama á su patria , si quiere librarla de una horri-

ble desgracia , que vaya al punto al jardín de las palmas.

El anciano le dexa y desaparece. Gonzalo queda inmóvil y duda de lo que ha de resolver. Conoce la perfidia del Moro ; se halla solo , desarmado , y en el silencio de la noche : vacila si seguirá al esclavo que no conoce. ¿ Cómo puede estar en sus manos la suerte de la España ?.... Pero el esclavo es un anciano, un Español, un infeliz: Gonzalo se resuelve , y confundiéndose con la multitud del pueblo se dirige al jardín de las palmas, parage solitario y desierto dentro de la misma ciudad.

El anciano le esperaba á la entrada , y apenas descubre al héroe , corre á él , se echa á sus pies : ¡ O gloria de mi patria ! le dice casi falto de aliento , valeroso hijo de mi señor ! al fin salvaré vuestros preciosos dias. Ah ! perdonad mi alegría , y permitid que mis tiernas lágrimas bañen vuestras manos triunfadoras. Pero , vos me miráis con admiracion fria,

mientras que yo me sacio de la delicia  
 de contemplaros. ; No podeis conocerme ,  
 amándoos por tanto tiempo ! Yo soy Pedro ,  
 yo soy criado antiguo del conde vuestro  
 padre , á quien serví quarenta años ; yo lo  
 seguí en mil batallas ; yo os ví nacer , Gon-  
 zalo , y os tuve en estos cansados brazos ;  
 pero , quando los Moros me cautiváron ,  
 aun estabais en la cuna. Veinte años ha que  
 soy esclavo , y en tantos días dolorosos ,  
 no ha pasado uno sin que Pedro vertiese  
 lágrimas por la memoria de vuestro padre ,  
 sin que pudiese noticia de su digno hijo ,  
 á los Españoles conducidos á estas maz-  
 morras. Ellos me han contado vuestras  
 hazañas , y me han ayudado á soportar la  
 vida. Al fin os veo , al fin beso los pies de  
 Gonzalo , y voy á librarle de la muerte.  
 Lado seas , Dios eterno ! Este solo be-  
 neficio me hace olvidar todos los males  
 que he padecido.

En diciendo esto , estrecha contra sus  
 labios la mano del héroe , y Gonzalo en-

ternecido le abraza , renueva la triste memoria de su padre , y pregunta á Pedro qual es el peligro que le amenaza.

Señor , le dice el cautivo , yo lo sé por ellos mismos : esos monstruos han revelado delante de mí su horrible secreto. Condenado á trabajar en los jardines , descansaba baxo una enramada de mosquetas quando el rey , acompañado de su visir , se paró en el mismo sitio. ¿ Estas seguro , dixo el monarca , que ese osado castellano no escapará con la vida ? Os lo juro por el profeta , respondió el atroz ministro : mil negros estan ya apostados en los dos caminos de la mazmorra : las puertas de Fez estan guardadas , y solo sus criados pueden penetrar en su palacio. La muerte cerca á Gonzalo , y dentro de pocos instantes pondré á vuestros pies su cabeza.

Temblando al oír estas horribles palabras ; pero animado por mi zelo , me resolví á salvar á mi señor. Dios , sin duda , ha guiado esta difícil empresa. En las pocas

horas que me quedaban , he preparado vuestra fuga ; y no pudiendo llegar hasta vos , mis acentos , en nuestra lengua , os han traído á mí. Lo demas está en vuestra mano , señor ; pero yo os pido , yo os conjuro en nombre de nuestra amada patria , en nombre de vuestro augusto padre , que olvidéis un día , un solo día ese valor intrépido que ahora os sería fatal. Abandonos á mi fe y seguid mis intentos : todos son licitos para librarse de unos viles asesinos. Pero si mi ruego no os mueve , si vuestro valor os dicta arrostrar una muerte segura , inútil , funesta á vuestros hermanos y á vuestra patria , derramad primero la poca sangre que queda en mis venas , y así evitaréis los horribles tormentos á que me condenarán estos bárbaros , y el dolor profundo de sobreviviros algunos instantes.

El héroe le tranquiliza , y le promete seguir sus consejos. El anciano le guía al fondo de un bosque solitario , adonde ocul-

taba un turbante , un vestido moro y un alfanje africano. Perdonad , le dice , perdonad ; pero solo esta vestimenta puede engañar los satelites que guardan las puertas. Rodeados de enemigos , distantes tres días del mar , no podemos ir á buscar vuestro navio : estando vos libre , vuestros criados serán respetados , y vuestra embarcacion los conducirá á España. En quanto á vos , el engaño es indispensable , y si vuestro gran corazon lo repugna , pensad que vais á Granada , adonde podréis mostrar Gonzalo á los Moros y á los Castellanos.

El héroe vacila , no obstante su promesa ; teme empañar su frente ciñéndole con el turbante , y cree envilecerse disfranzándose con el vestido moro ; pero instado de Pedro , cierto de que los caminos están tomados , deseoso de volver á su patria , descubre en su rostro el rubor , y al fin cede. Oculta en el lienzo sus largos cabellos , vístese á lo africano sin perder el

ayre guerrero , ciñe el alfange y examina su temple , y precedido del cautivo que le ha librado de la cadena , salen juntos del jardin de las palmas.

Sin ser conocidos ni observados , caminan á las puertas de Fez , pasando por en medio de las guardias. Aceleran el paso , y en pocos instantes llegan á las orillas del Subu , donde encuentra Gonzalo una barca amarrada , en la que Pedro habia puesto una fuerte vela , y víveres abundantes , empleando en estos preparativos la corta cantidad de oro , que habia juntado en veinte años de esclavitud. El anciano dice á Gonzalo que entre en ella , y tomando alternativamente el remo y el timon , sus fuerzas se aumentan al mirar al héroe. Ayudada de un zéfiro suave , vuela la barca sobre las rápidas olas. En doce horas llegan á la desembocadura del río , entran en el vasto piélago , y en viéndose distantes de la tierra , el cautivo se arrodilla para dar gracias al Omnipotente , y corre

à échase á los pies de su señor, bañán-  
dolos con lágrimas de regocijo.

Poco tardaron en estar á la altura de Arraix y de los deliciosos campos por donde el Lixos regaba en otros tiempos los amenos jardines, que Hércules conquistó. Azilia edificada por los Fenicios brilla y desaparece de sus ojos. Doblan el cabo Espartel, dexan á la derecha la antigua Tingis, donde reposan las cenizas de Anteo, y atravesando el estrecho, llegan á media noche enfrente del monte Calpe.

Las estrellas despedían su lánguida luz por el sereno azul de los cielos, en tanto que las ondas reflexaban los plateados rayos de la luna. Gonzalo, sentado en la proa, descubre las orillas de España, y no pudiendo contener su alborozo, se levanta y exclama: O cara patria! ó Lara! ¡ Llegó en fin el día de veros; de respirar en los mismos sitios en que respira la que adoro, entre mis animosos compañeros, cerca de mi rey, debaxo de mis estandartes!

O amor ! O amistad ! O virtud ! todos  
 inllamais mi corazon á la vista de estas  
 hermosas orillas.

En esto el anciano le muestra los anun-  
 cios de una horrible tempestad. Las es-  
 trellas desaparecen , la luna pierde su luz,  
 y apenas penetran sus rayos el oscuro  
 velo que la rodea : el medio dia arroja  
 grupos de nubes , trono de las tinieblas :  
 las aguas se agitan al soplo de un vien-  
 tecillo , que rápido huye de los impetuosos  
 uracanes que le siguen : una profunda  
 noche cubre las ondas , los relámpagos  
 rompen las nubes , los truenos suenan á  
 lo léjos. El ruido aumenta , los rayos se  
 acercan , las ondas espumosas se agitan ,  
 los aquilones encontrados braman , las  
 olas se elevan al cielo , y la barca ya sus-  
 pensa sobre un monte de espumas , ya pre-  
 cipitada en el abismo , toca en un mismo  
 instante las nubes y las profundas arenas  
 del mar.

Tranquilo en medio de la tempestad ,

Gonzalo anima al anciano, le da las esperanzas que no tiene, y le estrecha entre sus brazos. Pedro solo piensa en Gonzalo, y solo por él derrama copioso llanto. ! O mi señor, exclama, al fin no pude salvaros, y la naturaleza entera se conjura contra un héroe ! O Gonza'o ! si yo pudiese... La tierra no debe de estar distante... Venid, señor, yo os sacaré nadando á la orilla : Dios me volverá mis antiguas fuerzas ; yo confío que no espiraré hasta dexáros sobre la arena.

En este instante la barquilla débil baxa de lo alto de una ola con la rapidez de una flecha, y corriendo un espacio inmenso se estrella contra un navío, que corría la misma tempestad, deshaciéndose en mil pedazos. Gonzalo y Pedro tragan las amargas ondas ; pero sin desepararse mutuamente, salen otra vez sobre las olas, se asen á un cable, suben por él, y saltan en el navío.

¡ Que espectáculo se ofrece á su vista !

Al resplandor no interrumpido de los relámpagos, Gonzalo descubre una muger atada á un palo del navío, cubierto el rostro de lágrimas, esparcidos al viento los cabellos, cercada de soldados negros que la amenazan con las espadas, sin poder levantar las manos, ligadas con indignos lazos, la cabeza caída sobre las espaldas, los ojos fijos en el cielo, invocando con voz dolorida al Todo-poderoso, para perecer entre las ondas, ántes de dexarlo abandonada á aquellos crueles piratas.

Al oír aquellos acentos que traspasan el corazón de Gonzalo, al ver el rostro que descubrió un dilatado relámpago, el héroe sorprendido y fuera de sí, reconoce la que adora, la que vió en Granada, cuya imágen conserva en su corazón. Dudando todavía de su felicidad, corre, vuela á ella, quiere echarse á sus pies; pero el furor sofoca la alegría, y sacando el sable, rompe las cadenas de Zulema, sostiene, prométele venganza, y amenaza

con ojos airados á la tropa horrible que le rodea.

Los bárbaros suspensos al principio , vuelven en sí , murmuran , y se irritan. El Etíope feroz que los caudilla , cubierta la cabeza espantosa de un turbante blanco , acomete á Gonzalo , y le hiere con el puñal. El héroe le inmola de una sola cuchillada. Los clamores resueñan en todo el navio : los soldados y marineros unidos , blasfemando todos , armados de armas diferentes , arremeten todos á Gonzalo , llenando el ayre de espantosos aullidos , al modo que sobre el Caucasó se ve una nube de horribles cuervos atacar al paso á una águila , que desprecia sola su vano furor.

Apoyado contra el palo mayor , sosteniendo con una mano la princesa , y esgrimiendo con la otra la brillante espada , los espera el héroe sin temor. Caen á sus pies los primeros : los otros se estrechan y los reemplazan. Gonzalo acelera los golpes , y su alfange despide á lo léjos las armas

y los miembros dispersos : corren arroyos de sangre por el navío, y se mezclan y confunden los ayes de los heridos, los gritos de Zulema y los clamores de los combatientes. El tumulto, la muerte, el terror, rodean por todas partes al héroe; y los relámpagos, las tinieblas, el rugido de los vientos, el estrépito de los truenos, aumentan el horror del sangriento combate.

Gonzalo, rodeado de enemigos, no puede parar todos los golpes. Atendiendo á Zulema mas que á sí propio, se descubre para preservarla, y recibe profundas heridas, poco atento á su defensa. El leal Pedro, peleando al lado de su señor, oye la voz de la princesa que le advierte que ponga en libertad los prisioneros que gimen en el fondo del navío, y sin ser notado, corre, baxa, rompe las cadenas, y los cautivos ya armados, vuelan á socorrer á Gonzalo. Pedro llega, se pone delante de Zulema, y el héroe

ya libre, semejante al leon que rompió la cadena que le aprisionaba, descarga, inmola, disipa la vil tropa de asesinos, los persigue hasta la popa, los estrecha entre la espada y las olas, les presenta por todas partes la muerte, y ayudado de los cautivos, obliga en fin al resto de la bárbara tropa á precipitarse en las aguas. El héroe vencedor, y casi moribundo, discurre por el navío, y no encontrando mas enemigos, vuelve á la princesa, va á hablar, y cae á sus pies sin aliento.

El mar estaba ya en calma, los vientos no agitaban las olas, y las nubes habian descubierto el brillante azul del cielo. Huyó la noche; y el oriente colorado de púrpura se inflamaba con los rayos del dia. El navío desamparado se mantiene aun sobre las aguas: sin velas ni timon, permanece inmóvil en medio de las ondas.

Zulema, el leal anciano, los cautivos

que ha libertado, todos cercan á Gonzalo, y procuran volverle á la vida; pero todos sus anhelos son vanos. Gonzalo inmóvil yace al lado de sus víctimas, el rostro pálido, la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos al parecer cerrados con el sueño de la muerte. Pedro le levanta llorando: los cautivos de rodillas le sostienen: la princesa aprieta entre sus manos las del héroe, despojase del velo que la cubre para detener la sangre que corría de las heridas, y contempla enternecida el rostro de su libertador.

Al fin Gonzalo entreabre los ojos, y los vuelve al punto á cerrar, despidiendo un profundo suspiro. Zulema y Pedro, llenos de regocijo, se entregan á la esperanza. Preparan prontamente un lecho para el héroe moribundo, prodigando los medios que pueden inventar el zelo, el reconocimiento y la dulce amistad. Gonzalo recobra los sentidos, ve cerca de sí á la princesa, y hace inútiles esfuerzos

para hablarle. Sois vos?... Sois vos?... son las únicas palabras que puede pronunciar su boca. Zulema le suministra una bebida para fortificarle, le entretiene con tiernos discursos, y deseosa de que el sueño repare las fuerzas perdidas, se retira con el anciano.

Los cautivos, que Pedro reconoce por Bereberes, exáminan el estado del navio. Del timon, solo quedaban astillas, los mastiles estaban sin velas, y las olas entraban en el buque. Pedro de lo alto de la tilla, descubre la tierra á corta distancia, y mostrandola á Zulema, anuncia que pueden abordar.

Apresuraos, dice la princesa, pues si mis ojos no me engañan estamos cerca de Málaga: entrad seguros en la rada en donde se obedecen los preceptos de la hermana del rey de Granada, hija de Muley-Hassem. En aquel palacio que se descubre en medio de esa selva, recibiré al héroe á quien debo la vida, en donde

espero satisfacer el reconocimiento tan caro á mi corazón. Pero libradme de mi impaciencia y decidme, quien es esto generoso guerrero. ¿ Es por ventura algun príncipe, algun rey de Africa? O si doy crédito á mi imaginacion, es el mayor de los mortales.

El prudente anciano que la escucha, se enternece al considerar el peligro en que se ve su señor, y querría huir de aquella tierra enemiga en donde los Castellanos solo encuentran cadenas, en donde el nombre famoso de Gonzalo ha de excitar á la venganza un pueblo á quien venció tantas veces; pero el pronto socorro necesario al héroe, el deplorable estado del navío, la presencia de los Bereberes á quienes habia puesto en libertad, le obligan á obedecer. Titubea, reflexiona sobre lo que ha de responder á la princesa, y sonrojado de engañarla, le dice: no errais en creer que este héroe venia de Africa: el nacimiento mas ilus-

tre es la ínfima de sus qualidades. Émulo de las hazañas de tantos guerreros que se han distinguido en el sitio de Granada , venia á esta ciudad para vencerlos ó eclipsarlos. La tempestad rompió su navio , y el vuestro nos ha servido de asilo. Lo demas ya lo sabeis , y vuestro corazon sensible os dirá mejor que yo , sin duda , los deberes que teneis que cumplir.

Calló : Zulema suspira , y cree que Gonzalo vieno á socorrer á su patria , aumentándose de este modo su reconocimiento. Su imaginacion vuela , y piensa que un guerrero igual será el libertador de Granada , y podrá defenderla de los que la persiguen. Las hazañas que ha hecho en su favor , las pocas palabras que ha pronunciado , la mano que apretaba la suya , durante el combate terrible , todo se pinta en su memoria , causándole una secreta alegría. Zulema suspensa , experimenta una dulce sensacion que no puede

explicar , y sin atreverse á dar asenso á sus ideas , concibe lisonjeras esperanzas.

En tanto el navio se acerca , y da fondo en la rada. El pueblo que habia acudido al puerto , reconoce á la jóven princesa , y la saluda con festivas aclamaciones. Miétras conducen al héroe , Zulema no se aparta de él , y manda llamar dos ancianos célebres en el arte de curar las heridas , á quienes confia su libertador , y rodeado de los presos que libertó su valor , sobre las espaldas de los esclavos , los guia ella misma hácia su palacio.

FIN DEL LIBRO I.º



SUMARIO DEL LIBRO II.º

---

*TIERNOS* sentimientos de Zulema quien cree ser Gonzalo un príncipe africano. Zulema le cuenta el origen de las desdichas de Granada. Describe esta soberbia ciudad, el país delicioso que la rodea, las costumbres y amores de los Moros y el reynado de Muley-Hassem. Descripción de la Alhambra y del Generalife. Carácter de los Abencerrages y Zegries. Divisiones entre ambas tribus. Muley-Hassem ama á una cautiva. Pintura de Almanzor y Boabdil. Himeneo de Almanzor con Moraima. Fiestas en Granada. Juegos de los Moros. Traycion de los Zegries. Proclaman rey á Boabdil. Fidelidad de los Abencerrages. Muley-Hassem cede la corona á su hijo.

---

---

## LIBRO SEGUNDO.

---

¡QUAN dulce es á un corazón generoso la necesidad de amar el objeto amado, y satisfacer á un tiempo su terneza y su virtud! El reconocimiento solo, tan caro á los corazones grandes, basta para su felicidad; pero quando el ídolo en quien se emplea, le enlaza por otros motivos, juntándose una delicia interior á la tierna impresión, que dexan los beneficios, no hay felicidad capaz de igualar á la de estos dos sentimientos: nada puede equivaler á la feliz armonía de un deleyte puro y un deber sagrado.

Tal era la felicidad de que gozaba Zulema. En llegando con el héroe á su retiro pacífico, le coloca en el mejor aposento, y pensando solo en él, pregunta continuamente á los ancianos, busca por sí misma los simples que le indican y los prepara con sus propias manos. La

debilidad impide á Gonzalo el demostrar la emocion de su espíritu; pero las lágrimas del regocijo corren por sus mejillas, estimando y bendiciendo sus heridas, deseando en su corazón que se dilatase la cura.

Los doctos ancianos quitan los primeros vendajes, y Zulema, embargado el aliento fixando en sus ojos los suyos, manifiesta en el rostro el temor y la esperanza, sin atreverse á instarles á que se expliquen, temiendo y deseando que hablen; pero sabedora ya de que la vida del héroe no peligra, apenas puede reprimir el contento, prodigando presentes, promesas y dádivas. Penetrada de un sentimiento, que confunde con la gratitud, manifiesta descubiertamente una alegría, que mira como un deber.

Fortalecido Gonzalo con tan tiernas caricias, puede en fin hablarle, y mirándola con ojos enternecidos, levantando hácia ella sus trémulas manos, le dice

con voz débil : ¿ porque os dignais de salvar mi vida ? Si no he de poder consagrarla enteramente á vos , dexadme , dexadme morir.

Gonzalo no osa proseguir ; pero la princesa entiende su silencio , y enternecida baxa los ojos , procura ocultar la turbacion , cubriendo de risa su semblante , le habla de su valor , le nombra su libertador , y le recuerda lo que le debe para justificar lo que siente.

El fiel Pedro no se aleja de su señor , y le instruye secretamente del nombre y clase de la que ha salvado , de los parages que habita en su compañía , y del error en que está Zulema creyéndole un príncipe africano. El héroe vitupera el misterio , y su corazon no puede sufrir tal engaño , queriendo descubrirlo al momento ; pero Pedro le conjura , le suplica de no exponerse al furor de un pueblo enemigo , que Zulema no podria reprimir. Los riesgos que amenazan su vida no le

intimidan, pero cede al hablarle de los tormentos á que se veria expuesto su antiguo y leal servidor.

Pasados algunos dias en la asistencia y auxilio de los ancianos, la princesa refiere á Gonzalo el estado en que se hallaba Granada, las turbulencias que la habian agitado, y los crímenes del rey Boabdil. Sentada junto al lecho del héroe, que cree nacido lejos de España, se ofrece á contarle las divisiones y las desdichas de que fué testigo. Gonzalo con agradable y risueno semblante, pide saber la historia en que ha de estar interesada Zulema, y la jóven Mora comienza sin tardanza.

No ignorais, le dice, la grandeza y gloria á que se elevó casi en su principio el imperio de los Arabes en España. Los Christianos vencidos por nuestros valerosos abuelos, y acosados de nuestras armas triunfantes, no encontráron otro asilo que las montañas de Asturias. Ocultos en ellas por espacio de muchos siglos,

las

las desgracias aumentaron sus ánimos, al mismo tiempo que la prosperidad nos corrompía. Nuestros reyes se hicieron tiranos, mientras los reyes Christianos eran héroes. Salen en fin de sus hogares, atacan á sus vencedores, y aprovechándose de las guerras intestinas de nuestros varios Monarcas, no dexaron á los antiguos conquistadores mas que los estados de Granada.

Esta célebre capital construida al pie de nevados montes, se levanta sobre dos colinas en medio de un país lleno de encantos. El Darro cuyas rápidas ondas pasean el oro sobre sus arenas, atraviesa la ciudad entera : Xenil cuyas aguas saludables son las delicias del ganado, viene á rendirle copioso tributo : por todas partes la rodea una vega deliciosa , en donde crecen casi sin trabajo las abundantes mieses, los bosques de naranjos, los olivos mezclados con las viñas, las palmas entre las encinas : canteras inagotables de jaspe, mármoles y alabastros, son el ornamento

de los soberbios alcázares y de los edificios magníficos, que se han multiplicado en la ciudad: surtidores innumerables refrescan el ayre que se respira, hermosean las plazas inmensas, en donde diariamente viene á exercitarse la juventud belicosa; y los jardines cubiertos de flores, llenos siempre de la sombra de los granados, los cedros y los rosales, forman de la ciudad mas hermosa, la mayor capital de los imperios.

Centro de todas las fuerzas y de todo el poderío de los Moros, allí se elevó el templo de nuestras ciencias y artes. Desde los confines del Asia, desde las orillas del Nilo, del pie del Atlas, los reyes, los guerreros, y los sabios venian á Granada á tomar los exemplos y las luces. Las guerras frecuentes con una nacion animosa, leal y generosa, mantenian entre el Arabe y el Español, una emulacion continua de gloria. La juventud Mora, inclinada naturalmente al amor, habia olvidado

las máximas bárbaras del oriente, aprendiendo de sus enemigos aquel profundo respeto, la tierna veneracion, la constancia eterna, que dominan los corazones de los amantes españoles, les presentan el objeto adorado como el Dios de sus acciones, los hacen superiores á sí mismos, dándoles todo género de virtudes fáciles ya por la esperanza de agradar. Las mugeres orgullosas con su imperio, le merecian para conservarle. Engrandecidas á sus propios ojos con la ofrenda pura que tributaban á su belleza, procuraban hacerse dignas del tributo precioso que le ofrecian. Incapaces de una flaqueza que le costaria su felicidad, eran castas para ser amadas, y fieles para permanecer dichosas.

Tal era esta corte brillante, asilo halagüeño del amor, de las bellas artes y de la urbanidad, quando mi padre Muley-Hassem jóven todavía, subió al trono. El nuevo rey, dotado de todas virtudes,

las hizo mas comunes y mas caras á su nacion con su exemplo. Famoso ya por su valor, tomó la ciudad de Jaen, y forzó al altivo Castellano á firmar una paz duradera. Entónces volvió toda su atencion á su pueblo, y nuestro gobierno despótico, tan funesto en tiempo de otros monarcas, fué para mi padre el medio mas seguro para hacer felices á sus vasallos. Los grandes del imperio conociéron por fin que estaban sujetos á su justicia, y que esta era igual para todos: el labrador, oprimido hasta entónces, recogia en paz sus mieses: los ganados cubrian nuestras verdes montañas: los arboles y las plantas útiles se multiplicaron en los campos: la tierra tan fecunda en estos climas, ostentaba en todas partes sus tesoros: y el reyno de Granada, favorecido por la naturaleza, gobernado por un príncipe sabio, cultivado por manos laboriosas, parecia un vasto jardín, cuyos frutos apenas podia consumirlos una innumerable familia.

Después de haber cimentado la felicidad de sus pueblos, enriquecido mi padre con la abundancia de que gozaban sus vasallos, quiso distraerse con las artes, empleándolas en su gloria. Las mezquitas revestidas de mármol, los acueductos de granito se levantaban por todas partes. El famoso palacio de la Alhambra, empezado por Emir - Almunenon , le acabó Muley-Hassem , superando este monumento de magnificencia los prodigios de la imaginación. Millares de columnas de alabastro sostienen inmensas bóvedas, cuyos muros cubiertos de pórfido resplandecen con el oro y el azul : las aguas de mil fuentes, formando en medio de los aposentos cascadas de plata líquida, llenan los canales de jaspe, serpenteando por las galerías : el dulce perfume de las flores se mezcla con el de las aromas, que arden continuamente en los subterráneos, y exhalándose por los pedestales de las columnas, embalsaman el ayre que se respira : las

claraboyas que miran á la ciudad, á las risueñas orillas de ambos rios, á los montes nevados, ofrecen á los ojos continuamente admirables y variadas pinturas. Quanto halaga los sentidos, quanto el arte y la naturaleza, la magnificencia y el gusto pueden reunir para el deleyte, se encuentra en esta bella mansion, uuido á las grandes obras que encantan el entendimiento. Al lado de las bulliciosas aguas, en medio de suntuosas esculturas, están grabados sobre pórfido los versos de nuestros poetas Arabes. Encima de la puerta del inmenso salon, donde hace justicia nuestro rey, se lee esta inscripcion.

Palidece, ó Maldad: dó quier que huyas

Alli te seguiré. Con paso lento,

En pos va del delito el exarmiento.

Ven, llega sin temor, huérfano triste,

Que aqui te espera el padre que perdiste.

A la entrada del aposento, en donde  
 la reyna junta las bellezas de su corte

y los guerreros de nuestro ejército, se ven grabados, en letras de oro, estos versos.

El amor, honor y gloria  
 Aquí entre inocentes juegos  
 Nacen, y el pudor hermoso  
 Les da regalados premios.

No cuesta aquí la inocencia  
 El favor mas lisonjero ;  
 Ni en el amor hay flaqueza ,  
 Ni furor en el guerrero.

Basta al valor la victoria ;  
 Y á los corazones tiernos  
 Basta en amorosas lides  
 Poder triunfar complaciendo.

A este delicioso palacio le rodea un jardín ameno, que por su sencillez agradable, compite con el lujo de aquel : tal es el famoso Generalife, célebre en el Africa y el Asia, objeto de emulacion de los poderosos Califas, que en el Cayro y en Bagdad han procurado igualarle. Allí nada sorprehende : los ojos satisfechos no encuentran ni los esfuerzos del arte, ni los

maravillosos prodigios, que agradan ménos que admiran, recordando solo la idea del poder y la riqueza. Todo ofrece la imágen de aquellos bienes fáciles, que se gozan sin admirarlos: los bosques de naranjos y mirtos cortan los verdes llanos, regados de transparentes aguas; y colocados con arte, ya ocultan, ya descubren las perspectivas distantes, los pueblos comarcanos, los campos cultivados, la nieve acumulada sobre los montes; los palacios y monumentos de Granada: á cada paso sobre las colinas fértiles se encuentran las viñas, los olivos, los granados entrelazando sus frutos y sus flores: ya una armoniosa cascada se precipita de lo alto de una roca, ya un arroyuelo tranquilo sale murmurando al pie de los rosales: aquí hay una gruta solitaria por donde se filtran mil hilos de agua cristalina; allí un bosque sombrío en donde vuelan mil canoros ruiseñores; y en todas partes, un aspecto diferente, una situación nueva,

producen en el alma sentimientos dulces y un placer puro.

En este hermoso y soberbio asilo, reynó feliz por largo tiempo, mi padre Muley-Hassem: pero el odio de las dos tribus llenó sus dias de amargura, guiando al fin su imperio á las márgenes de su ruina.

Ya sabeis que los Moros, aunque juntos forman una nacion, han conservado las costumbres patriarcales de los Arabes nuestros abuelos. Las familias no se confunden, sino que cada una es una tribu mas ó ménos poderosa, por su número, sus esclavos y sus riquezas; cuyos miembros unidos se miran como hermanos, se ayudan mutuamente, marchan juntos á la guerra, y no separan nunca sus bienes, sus intereses, ni sus resentimientos.

Entre estas tribus, la mas belicosa, la mas ilustre y mas estimada es la de los Abencerrages, descendientes de los antiguos reyes, que reynáron en el Yemen, de preudas superiores á su noble origen,

invencibles en los combates , dulces y clementes en la victoria , siendo la delicia y ornato de nuestra corte con sus gracias y sus talentos. Los Españoles los respetan , y les prodigan su amor , por la bondad y los beneficios de que cobujan á los cautivos. Sus inmensas riquezas fueron siempre el patrimonio de los pobres. En las batallas , en los torneos , en los juegos , el premio del valor y la destreza perteneció siempre á los Abencerrages. Jamas se vió un vil cobarde en esta célebre tribu : jamas un amigo falso , un esposo infiel , un amante pérfido , ha marchitado la gloria de esta ilustre familia.

Sus únicos rivales en riquezas y tal vez en valor son los famosos Zegríes , descendientes de los monarcas de Fez. A pesar de mis justos resentimientos contra esta tribu criminal , no pretendo ocultar á vuestros ojos el resplandor de las acciones , que los han distinguido. Su valor invicto ha asolado repetidas veces las tier-

ras de los Castellanos, adornando nuestras mezquitas sus manos victoriosas, con los estandartes enemigos; pero el furor y la sed de sangre deshonró tan gloriosas hazañas. Nunca los Zegries tuvieron un cautivo: los vencidos perecen á sus manos. Ni la amistad, ni el amor suavizaron nunca su ferocidad. Desdeñando con orgullo las qualidades amables del corazón, las gracias y los talentos del entendimiento, que estimamos en nuestra corte, reputan por flaqueza la dulce sensibilidad. Soberbios, turbulentos, feroces, su gusto es el teatro de la muerte; y sin saber mas que pelear y vencer, desprecian las demas artes.

Una violenta envidia los animaba tiempo habia contra los generosos Abencerrages, viendose muchas veces las dos valerosas tribus á punto de venir á las manos. La autoridad de Muley-Hassem pudo sola contenerlos; pero su odio era público, y las principales familias de Granada habian

abrazado uno ú otro partido : los Almorá-  
 dies y Alabezes sostenian la causa de los  
 Abencerrages : los Gomeles y los Vanegas  
 defendian la de los Zegríes : las demas  
 tribus mas obscuras habian imitado este  
 exemplo : la corte y la ciudad estaban  
 divididas, y mi padre temblaba, temiendo  
 á cada instante el ver á Granada inun-  
 dada de sangre.

El alma noble y tierna de Muley-Has-  
 sem, no estuvo vacilante acerca del par-  
 tido que debía proteger. Sus propias vir-  
 tudes le arrastraban involuntariamente,  
 hácia los Abencerrages; pero esta prefe-  
 rencia, imposible de disimular, daba  
 nuevo pábulo al odio de sus enaigios.  
 Muley lo conoce; y para aplacar el des-  
 contento de los Zegríes con un honor  
 señalado, toma esposa de aquella tribu, y  
 la hija de Almadan, Aixa, fué reyna  
 de Granada. Aixa era hermosa; pero la  
 insensibilidad y el orgullo, que heredó  
 de su familia, colipsaban el resplendor  
 do

de su belleza. Mi padre , no pudiendo amarla , se vió precisado á repudiarla , despues de haber tenido de ella un heredero del trono , el fogoso Boabdil , que ahora reyna en Granada , cuyo natural temible no tardaréis en conocer.

El rey , desgraciado en su himeneo , no quiso volver á sujetarse á su coyunda , imposibilitándolo mas para ello el amor ardiente que tenia á una cautiva española. La hermosa Leonor habia aprisionado su corazon ; pero fiel á la religion de sus padres , sin esperanza ni deseo de reynar entre los Musulmanes , estimaba las prendas y no el poder de Muley , y llorando muchas veces con él las desgracias que trae consigo el reynar , le consolaba de los disgustos del trono , de la fatiga de las ofrendas , del vacío que dexa la grandeza , y calmaba aquella pena interior , aquellas desazones dolorosas que experimentan los que están condenados á vivir sin amigos.

El primer fruto de su amor fué el generoso Almanzor , aquel que desciende hoy á Granada , y cuyas hazañas habrán sin duda llegado á vuestros oídos.

Le conozco , responde prontamente Gonzalo : conozco ese valeroso guerrero. ¿ Donde no habra llegado el nombre del virtuoso Almanzor , la mas firme columna de vuestro imperio , la gloria y modelo de vuestra corte ? ¿ Quien ignora que ese príncipe , tan temible en las batallas , inspira á sus mismos enemigos la admiracion y el respeto , lazos eternos que á pesar de la guerra , unen todas las almas grandes ? Mi corazon le venera , y de todos vuestros Moros solo de él deseo ser émulo , solo á él quisiera igualar , pues superarle es imposible.

La princesa escucha con regocijo el elogio de su adorado hermano , y mostrando á Gonzalo su agradecimiento en su risueño semblante , continúa su discurso.

Yo fuí la última prenda de amor , que

el rey recibió de Leonor. Jamas hubo madre tan tierna , que hiciese tanto por su amada hija. Sus pechos me alimentáron , y sin querer confiar á nadie el cuidado de mi infancia , dirigió sola mi educacion. Al pensar en aquellos apacibles dias , pasados en el seno de mi madre , apenas puedo contener las lágrimas. Mi hermano Almanzor nos acompañaba , y habiéndose con algunos años mas que yo , me explicaba las lecciones que aun no eran para mis alcances , enseñándome lo que él habia aprendido : yo le escuchaba con reconocimiento , y sentia dentro de mí , aquel respeto tierno y confiado , que todavía se conserva en mi corazón. Muley venia repetidas veces á tomar parte en nuestros juegos , olvidando entre nosotros los disgustos que le causaba Boabdil ; y mi tierna madre encontraba su mayor felicidad , quando el rey que adoraba , la visitaba en su retiro , y apretaba sus queridos hijos en sus paternales brazos.

Por desgracia, este feliz tiempo fué de corta duracion. El Español atacó nuestras fronteras; y mi hermano, estimulado de la gloria, nos dexa y vuela á la batalla, sin que su valor y sus heroicas hazañas nos consolasen de su ausencia. Siempre que salia triumphante, venia á ofrecer sus laureles á su madre: pero al punto volvía á dexarnos. Yo misma me ví precisada á mostrarme en la corte, á vivir en medio del tumulto, suspirando por aquellos tranquilos años consagrados únicamente á la ternura, y muy presto otras penas mas amargas me prepararon mis desdichas.

La Parea arrebató á mi madre, espirando en mis brazos, despues de haber padecido largo tiempo. O madre! O tierna y cara madre! Jamas te apartarás de mi memoria triste. Aun sueñan en mis oidos las últimas palabras que dixiste á tu desgraciada hija. Dirige, ó dulce madre! dirige mis pasos, desde lo alto del

cielo No, tu hija no ha faltado á la promesa, que hizo en tus moribundas manos: sea del mismo modo fiel á los deberes que me enseñaste, é inspira en este corazón, donde habitas, las virtudes de que me diste el exemplo.

El llanto no la dexa proseguir, cubriendo el rostro inundado en lágrimas, con sus hermosas manos. Gonzalo tan enternecido como Zulena, la contempla atento, y el respeto que le inspira su dolor, no le permite interrumpir su piadoso silencio. Al fin la princesa vuelve á hablar, procurando afirmar su trémula voz.

El rey quedó desconsolado y solo mi hermano y yo pudimos hacerle soportable la vida sin su Leonor. Almatzor que se hallaba en el ejército, volvió lleno de dolor, á mezclar sus lágrimas con las de tu padre, que no le permitió separarse de él. Boubdil, ocupado, largo tiempo habia, en sus criminales proyectos, se aprovechó de esta ausencia para ganar los

ánimos de los soldados. A los dones de la naturaleza, unia Boabdil el valor heroyco, que tan bien sienta á un príncipe jóven, y la prodigalidad, grata á los cortesanos: qualidades convenientes para deslumbrar al pueblo ; Oxalá que yo pudiese ensalzar otras virtudes de Boabdil ! pero la falsa adulacion corrompió su juventud, persuadiéndole desde la temprana edad, que no habia mas deberes que los que se debían á su clase. Creyéndose superior á las leyes, porque no estaba sujeto á sus penas, yo veia que el castigo mas terrible, el odio y el desprecio público, son el suplicio de los grandes, á quienes ellas no alcanzan. El hábito de satisfacer sus pasiones las transformó en vicios, y pronto perdió el remordimiento, último amigo de la virtud, pasando rápidamente de los placeres á los excesos, de los excesos á los crímenes. ¡ Miserable suerte de un príncipe, cuya vida entera depende de la eleccion de sus primeros amigos !

Boabdil se entregaba sin reserva á los Zegríes, quienes deseaban con ansia ver sobre el trono un monarca de su estirpe, y buscaban los medios de renovar los ejemplos, tan comunes entre nosotros, de padres destronados por sus hijos, de reyes depuestos por sus vasallos. Sus designios impíos de ganar el ejército, no encontraron obstáculo sino en los Abencerrages. Estos fieles guerreros advirtieron de ello á Muley, y mi padre partió al punto, se mostró á los soldados, y su presencia restableció el buen orden; pero el mal habia echado raíces tan profundas, que la menor centella debia producir súbitamente un incendio voraz. El rey rezeloso de un hijo ingrato, que no se atrevia á castigar, hizo tregua con el Español, y desconcertó á los Zegríes, licenciando el ejército.

Vuelto á la capital, Muley procura calmar los ánimos y disipar las facciones de su corte, dando mas noble pábulo á

aquella fogosa inquietud , á aquella inconstancia perenne , características siempre de la gente mora : las fiestas , los torneos , los juegos tan frecuentes en otro tiempo en Granada , se renovaron por sus órdenes. Entregado al profundo dolor , llorando siempre su amada Leonor , se negaba su corazón á tales regocijos ; pero su sabiduría quería dar ocupacion á la juventud belicosa , y evitar una guerra civil , cuyo solo pensamiento estremecía su corazón sensible y paternal.

El casamiento de mi hermano dió motivo á las fiestas. Largo tiempo habia que el animoso Almanzor ardía por la hermosa Moraima , de la tribu de los Abencerrages. Moraima amaba á Almanzor. ; Y quien no hubiera aceptado la ofensa del mas valiente , mas virtuoso de los príncipes ! Moraima consulta á su madre , confiándole el secreto , y ella le permite desclarárselo á su amante. Desde entónces , la tierna Moraima no respira , ni vive sino por

el héroe, dueño de su corazón. La mas leve sospecha, el mas ligero enojo no turbó jamas sus constantes amores. Seguros el uno del otro, penetrados ámbos de una pasión fundada en la reciproca estimacion; ciertos de que el universo se aniquilaria, ántes que hubiese mudanza en ninguno de ellos, esperaban el himeneo con aquella dulce impaciencia, que templa la felicidad presente. No ignorando que llegarían á ser mas felices, se contentaban con esta esperanza, con verse todos los dias, con hablar de sus fiernos afectos, con animarse mutuamente á seguir la virtud. Tan dulces les eran estos placeres, que sus almas castas y puras no imaginaban otro ninguno que pudiese excederlos.

El rey quiso mirarlos, y mostrar en este himeneo, toda su magnificencia. Moraima, cubierta de un velo lleno de perlas, vestida de tela de oro sembrada de preciosas piedras, sale por la ciudad segun el uso de nuestra nacion, sobre un soberbio

**caballo**, acompañada de tropa de mugeros. La música la precede, siguiéndola multitud de esclavos, llevando en azafates guarnecidos de flores, los texidos de Persia, los velos de la India, los ricos adornos de la jóven esposa. De esta manera se trasladó á la mezquita, donde la esperaban los Abencerrages. Almanzor vino acompañado de mi padre, rodeado de una espléndida corte, eclipsando á los demas guerreros su estatura, su aspecto, su gallardía, y aquel ayre de magestad y bondad, que indica la feliz tranquilidad de que goza una alma grande.

El iman invoca al profeta, y el pueblo responde con aclamaciones, en favor de los nuevos esposos. De allí los conducen al son de atabales y chirimfas, al palacio de la Alhambra, exhalándose exquisitos perfumes al rededor, durante la marcha. Doce doncellas vestidas de blanco precedian á la hermosa Moraima, y doce mancebos coronados de rosas marchaban

delante de Almanzor. Ambas tropas esperando flores sobre el camino, cantaban estas palabras :

A M B O S C O R O S .

Amor, Amor, desciende,  
 Y al himenco tu querido hermano,  
 La hacha inmortal enciende.  
 ¡ O fecundo consuelo  
 Del hombre ! de tu asiento soberano,  
 Baja en rápido vuelo,  
 Riendo con la cándida inocencia.  
 Todo florece ; el ayre se embalsama,  
 ¿ Qual encanto, qual Dios el pecho inflama ?  
 ¡ Amor ! o ! salve amor ! es tu presencia ;  
 ¡ Salve ! Escuchó nuestro feliz deseo,  
 Cantemos el Amor y el himenco.

C O R O D E M A N C E B O S .

Cantañ, la frente hermosa  
 De azucenas y rosas coronando  
 A la tímida esposa.  
 Su virtud, sus amores,  
 Doncellas del Xenil, dulces cantando,  
 Al cielo sus loores  
 Alzad : vosotras de su pecho ardiente

Los secretos guardais. Virgen un día,  
 Los jugos y el placer con vos partia,  
 Y sus deseos os fió inocente.  
 Callais? ¿ qual pena vuestro pecho anida  
 Que inunda en llanto vuestra faz caída?

### CORO DE DONCELLAS.

Pudorosa y amante,  
 En nuestro coro virginal brillaba  
 Qual la palma triunfante,  
 A par de humilde helecho.  
 Tierna, modesta, la virtud dictaba  
 En su sencillo pecho,  
 El inocente amor que en este día  
 Premia himeneo. Día malhadado!  
 ¿ Y la arrancas por siempre á nuestro lado,  
 A nuestras iocencias y alegría?  
 Ah! mas valiera libertad gozosa,  
 Que de himeneo la cadena hermosa.

### CORO DE MANCEBOS.

El ruiseñor que ahora  
 Repite sus querellas amoroso,  
 Del ocaso á la aurora,  
 Algun día contento  
 Su dulce libertad cantó orgulloso.  
 Amor le oia atento,

Y en su pecho infantil adormecido  
 Crece con él, qual encubierta llama.  
 Sopla la juventud; amor le inflama,  
 Y á Dios libre reposo, ántes querido!  
 A Dios! mas vale esclavitud amada,  
 Que estéril libertad despearanzada.

AMBOS COROS.

Amor, amor, descende, etc.

CORO DE DONCELLAS.

Huyéron, ay! huyéron  
 Para siempre los dias que á su lado  
 En delicias nos viéron.  
 Ya nos será la vida  
 Eterna soledad y desagrado.  
 Ella, en tanto, querida  
 Vivirá para amar. Ay! imitemos  
 Sus virtudes: tal vez tan virtuosas  
 Nos veremos, qual ella, venturosas,  
 Y algun digno mortal... Ah! no hallarémnos  
 Jamas otro Almanzor ¿Quando natura  
 Unió á tanto valor tanta ternura?

CORO DE MANCEBOS.

Dulce, respetuoso  
 En sus cariños, en el Marcio duelo

Su brazo impetuoso  
 Muerte, pavor, congoja,  
 Qual rayo ardiente en africano suelo,  
 Irresistible arrojó.  
 Vence, y triunfa de nuevo perdonando.  
 De dó tanta virtud? De sus amores.  
 Sed Moraimas, serémos Almanzores:  
 Que en ricos frutos se hermosa amando  
 La higuera ya feliz, que, ántes cercada  
 De estéril soledad, fué desamada.

### AMBOS COROS.

Amor, amor, descende, etc.

### CORO DE DONCELLAS.

Vivas, Moraima tierna,  
 Vivas dichosa, de tu esposo al lado,  
 En primavera eterna.  
 Cada naciente aurora  
 Te preste un nuevo amor y un nuevo agrado;  
 Y, siempre encantadora,  
 Mas bella cada vez te halle tu esposo.  
 Fecunda oliva, tus hermosos hijos,  
 Siembren con sus pueriles regocijos,  
 Tu juventud de plácido reposo;  
 É imagen paternal, allá en tu invierno  
 Cierren tus ojos en el sueño eterno.

## CORO DE MANCEBOS.

Por siempre afortunado  
 Viva Almanzor en brazos de su esposa.  
 Volviendo coronado  
 De la batalla impia,  
 Una nueva virtud y gracia hermosa  
 En Moraima le ria;  
 Y en candor infantil sus hijas bellas  
 Su faz halaguen con la debil mano.  
 Timidas crezcan, y el Xenil ufano  
 La imagen Maternal retrate en ellas,  
 Y, madres faustas, en su prole hermosa  
 Vea muriendo renacer su esposa.

## AMBOS COROS.

Amor, amor, desciende, etc.

Muley-Hassem habia destinado la ma-  
 ñana del siguiente dia para nuestros juegos  
 nacionales, la sortija y las cañas. Pre-  
 viniéronse to los los guerreros, prodigando  
 sus tesoros para distinguirse en armas  
 riquisimas y en soberbios caballos. Las  
 bellezas de la corte, ansiosas por ver á

sus amantes vencedores, les envían lazos y divisas, y muchas les demuestran sus tiernos afectos por la primera vez; esperando animarlos de este modo, sacrificando su propio orgullo.

Apenas había el sol dorado las torres de los palacios de Granada, quando una inmensa multitud, mezclada con los forasteros, que la noticia de las fiestas había atraído, ocupa las gradas que se habían colocado en la plaza Vivarrambla. En el medio de este vasto recinto, en donde pueden ponerse en batalla veinte mil guerreros, se elevaba una vistosa palma, cuyo tronco era de bronce y las ramas de oro, compitiendo en ella la escultura con la riqueza. Una paloma de plata, posada sobre una de sus ramas, la inclinaba hacia el suelo con su peso, y sostenía la sortija, objeto de la conquista. Al pie de la palma, se veía el circo destinado para los jueces, los tímboles é instrumentos, que habían de anunciar la victoria. El rey, la familia

real y la corte , tenían preparados varios balcones, colgados de telas preciosas, con pavellones magníficos; y una infinidad de ventanas adornadas con guirnaldas y llenas de jóvenes moras, formaban al rededor de la plaza un espectáculo brillante y ameno.

Los jueces habían ya ocupado sus lugares, quando Muley llega con toda la pompa del trono, llevando por la mano á Moraima, que deslumbraba con la multitud de diamantes que la adornaban. El pueblo seducido secretamente por los pérfidos Zegríes, no prorumpió, al ver á su monarca, en aquellas aclamaciones de amor y alegría, que había acostumbrado hasta entónces. El alma de Muley quedó penetrada de dolor; y no pudiendo reprimir las lágrimas, vuelto hácia mi hermano que le acompañaba conmigo: hijo, le dice, demasiado he vivido, cesáron de amarme. Nosotros apretamos sus manos con ternura, Muley se sienta entre nosotros, su corte

le rodea, los balcones se llenan, y el sonido de las trompetas, que se correspondian de las quatro barreras de la plaza, anuncia los campeones.

Entran pues por diferentes lados, divididos en quatro quadrillas. Los Abencerrages, que formaban la primera, venian vestidos de túnicas azules, bordadas de plata y perlas, montados sobre blancos caballos, cubiertos los arneses de záfiro, llevando en el turbante la garzota azul, color que distinguia á esta tribu; y en los broqueles un leon encadenado por una pastoreilla, con esta divisa célebre entre ellos : *dulce y terrible*. Todos en la flor de la edad, todos gallardos, brillantes, llenos de esperanza y de aquella noble animosidad que la urbanidad temple, se adelantan con ligero paso, mandados por Abenhamet, cuyas desgracias arrancarán pronto vuestras lágrimas, entónces ocupado solamente en vencer delante de Zoraida.

Formaban los Zegríes la segunda quadrilla, vestidos de túnicas verdes bordadas de oro, y en los turbantes la garzota negra, color siniestro de su familia, montados sobre negros caballos, cubiertos con mantillas sembradas de esmeraldas: la frente erguida, los ojos airados, siguen con paso tranquilo á *Allí*, al formidable *Allí*, xefe de esta tribu terrible; *Allí* á quien quarenta años de victorias diéron el sobrenombre de *espada de Dios*, llevando en su broquel igualmente que sus compañeros, una cimitara salpicada de sangre, con estas palabras: *esta es mi ley*.

Los Alabeces y Gomeles formaban las otras dos quadrillas: los primeros, vestidos de encarnado con bordado de plata, montados sobre Alazanes, con el mismo turbante de los Abencerrages: los últimos, aliados de los Zegríes, sobre caballos bayos, llevando túnicas de púrpura y garzotas negras. Las quatro quadrillas saludan al rey, una despues de otra, hacen

varias evoluciones , y ocupan los quatro costados.

El príncipe Boabdil salió entónces sobre un fogoso caballo africano. Al verle, el pueblo prorumpe en alegres vivas , y pasando con desden por delante de los Abencerrages , se coloca entre los Zegries : Allí le cede el mando , pero el príncipe le rehusa. El rey da orden á los jueces para distribuir lanzas iguales á los que quieran disputar los premios.

Cada quadrilla habia de nombrar doce caballeros para correr juntos la sortija, y el dexar de acertar una sola , bastaba para perder el derecho de correr otra vez. El premio destinado al vencedor era una exquisita garzota de diamantes , reservando para consuelo de los vencidos , otros presentes no tan magníficos.

La señal se hace , y el primero que se presenta es el famoso Abenhamet , que , saliendo disparado como un rayo del esquadron azul , se lleva la primera sortija.

El zegrí Ali pretendia llevarse la segunda; pero Boabdil se adelanta, y turbándole el odio que profesa á Abenhamet, vuella, yerra el golpe, rompe furioso la lanza, y se oculta entre los Zegríes. Ali se presenta, y se lleva la segunda: Abenhamet, ligero como el relámpago, gana la tercera: Ali vuelve, y gana la quarta, excitando el aplauso general: el Abencerrage corre otra vez, da con la lanza en la paloma, y salta al ayre la sortija; pero ántes que cayga al suelo, la enfila con destreza, excitando las aclamaciones del pueblo. Ali no osa volver á la lid, y los Zegríes, los Gomeles y los Alabeces corren inútilmente. Los mas afortunados se llevan cinco sortijas, quando Abenhamet habia ya ganado veinte. Mil clarines anuncian la victoria, y los jueces le adjudican el premio, que recibe de rodillas de la mano de Moraima, y corre á ponerle á los pies de Zoraida, cuyo corazon le habia estado deseando el triunfo y la gloria.

Prepáranse los quatro esquadrones para el juego de cañas, y armados todos de ellas, corren unos contra otros, las rompen contra los broqueles, las arrojan al ayre, y las cogen en su carrera. Todos manejan con destreza caballos mas rápidos que el águila; se atacan, huyen, vuelven, se forman, se dispersan, se paran, se reunen con precipitacion, engañando los ojos admirados, que no pueden seguir sus diversos movimientos: al modo que en el mar de Almeria, se ve una tropa de delfines hender la líquida llanura, mezclarse con mil vueltas y rodros, perseguirse sin alcanzarse jamas, saltando sobre las espumosas cudas.

Pero la traicion mas horrible estaba preparada para ensangrentar las fiestas. Los Zegies abominables llevaban cotas de malla debaxo de los vestidos dorados; y en el tumulto de los juegos, muchos de ellos cambiaron sus cañas por lanzas verdaderas. Abenhamet fué herido el

primero, y lleno de furor al ver correr su sangre, acomete con sable en mano al Zegri que le habia puesto así, y le dexa tendido en el suelo. Los Zegries sacan los alfanges, y los Abencerrages instruidos de aquel atentado, vuelan á socorrer á su capitan: los Alabeces se declaran en su favor, y los Gomeles por los Zegries: los quatro escadrones pelean con igual esfuerzo, proficiendo ámbos partidos los nombres de traidor y alevoso. La sangre corre por la plaza, el pueblo se pone en fuga, y el odio, la venganza y la muerte se sacian en aquella atroz carnicería.

El rey, los jueces, mi hermano, hacen inútiles esfuerzos para apaciguar aquel furor: ninguno conoce la voz de Almanzor: todos desprecian la autoridad de Muley: todos atropellan los jueces del campo. Los Abencerrages que sienten rechazar sus espadas las cotas de los enemigos, conocen la traicion, y corren á

las barreras, para tomar sus corazas ) pero los Zegríes los persiguen, y los asesinan en aquel estrecho paso. En este desastrado día, hubiera fenecido esta valiente familia, si mi hermano, que había ido á armarse, no se hubiera presentado de repente en la plaza, y sosteniendo solo el esfuerzo de los vencedores, favoreciese á los Abencerrages. Los Zegríes salen por otra parte, se esparcen por toda la ciudad, gritando : ¡ al arma ! ¡ Viva nuestro rey Boabdil ! Acabe de reynar Muley-Hassem ! El pueblo que ellos habían comprado, aumenta la tropa rebelde, y Granada se subleva en un instante. Cierranse las puertas de las casas; brillan en las calles millares de lanzas, y el ayre se llena de horribles gritos. Boabdil, en medio de los Zegríes, sopla el fuego de la rebelion; los facciosos le proclaman rey, y al punto se encamina á la Alhambra, seguido de un numeroso tropel.

Muley

Muley-Hassem se habia retirado á aquel palacio, solo con su familia. Nosotros estrechándole entre nuestros débiles brazos, procurábamos tranquilizarle, al mismo tiempo que un espanto mortal nos embargaba la voz y las fuerzas. El generoso rey sin temer por sí, solo pensaba en sus vasallos, solo por ellos vertia piadosas lágrimas, solo por ellos invocaba al Ser eterno. ¡ Poderoso Alah ! exclamaba tendiendo al cielo las manos trémulas : rompe mi cetro, pero salva á mi pueblo ; perdónale su furor, pues le engañan, le precipitan en el crimen : ¡ no le castigues, Dios piadoso !

Almanzor se prepara para defendernos : junta las guardias dispersas, da armas á los esclavos, manda cerrar las puertas de la Alhambra, coloca los flecheros en las torres, y puesto sobre la plataforma, se presenta apoyado sobre la lanza, que hace temblar á los Zegríes

Al mismo tiempo ve llegar los vale-

rosos Abencerrages, armados de brillante acero, ardiendo en furor è indignacion. Los Almoráides y Alabeces, tribus fieles á su rey, viniéron á defenderle ó morir; y desdenándose de esperar al enemigo detras de los muros del palacio, se colocan delante de las puertas. Almanzor corre á ponerse entre ellos, y las aclamaciones se repiten al verle. Óyense al mismo tiempo otros gritos, y se descubren los Zegríes, los Venegas, los Gomeles, acompañando á Boabdil, seguidos de una multitud desenfrenada.

La vista de Almanzor los detiene. Un profundo silencio sucede al tumulto, y nadie osa poner las manos en el héroe de Granada, digno objeto de su admiracion; pero animados por Boabdil, se forman en batalla, y baxan las lanzas. Las trompetas de una y otra parte iban á dar la horrible señal, quando se abren repentinamente las puertas de la Alhambra, y Muley-Hassen trayendo en sus

manos el cetro y la corona, se pone entre los dos exércitos.

Deteneos, les dice, y no os hagais dignos de la cólera celeste, derramando la sangre de vuestros hermanos. No prodigais esa sangre que necesitais contra los Españoles. Abencerrages, Zegries, vosotros mismos os quereis forjar las cadenas: olvidad esa fatal discordia, guardando el valor para emplearle contra vuestro comun enemigo. Decis que estais ofendidos, y no ignorais que yo lo estoy; aprended de mí á vengaros.

Pueblo de Granada, mi revuado te cansa: desde este instante se acabó. Pues me niegas el amor, no quiero ya tu corona. Ven á recibirla, Boabdil: ven, toma ese cetro que deseas, y que tal vez encontrarás pesado: acércate, hijo mio, acércate y no te espantes: mira estas canas, y dime si pensaste acaso, que por los pocos dias que me quedan de vida, permitiría yo que corriese la sangre de

mis vasallos. ; Ah Boabdil, Boabdil ! tú no conociste jamás mi corazón : tú le has llenado mil veces de amargura ; pero tu padre te perdona , si haces felices á tus vasallos , si tu justicia y beneficencia no los dexan arrepentirse de lo que ahora hacen por tí. Pronunciando estas palabras , el augusto anciano presenta á su hijo la corona y el cetro. Boabdil lleno de temor , queda inmóvil , sin atreverse á levantar los ojos á mirar á su padre , ni poder dar un paso hácia él. Muley lo previene , se adelanta , eñe su frente , llena de rubor , con aquella diadema objeto infeliz de sus deseos , y vuelto despues hácia los dos partidos , que miraban atónitos , les dice : Abencerrages haced salva al rey de Granada , y vosostros Zegríes , jurad la paz á vuestros generosos enemigos.

Entónces el pueblo lleno de gozo clama , ; viva el rey Boabdil , vivan los Abencerrages , los Zegríes y Muley-Hassem !

Conducen con pompa á Boabdil al palacio de la Alhambra, mientras que mi padre, seguido de Almanzor, de Moraima y de mi, se retira al Albayzin, antigua habitacion de los primeros reyes moros.

FIN DEL LIBRO II.º



SUMARIO DEL LIBRO III.º

---

**Z**ULEM cuenta las mudanzas, hechas en Granada, durante el reynado de Boabdil. Corrupcion de la corte y del rey. Amores de Abenhamet y Zoraida. Cautividad de Ibrahim. Abenhamet le libra. Boabdil, su rival, se opone al himeneo de los dos amantes. Encia á Abenhamet contra los Españoles. Vuelve vencido por Gonzalo. El héroe penetra en Granada. Las leyes condenan á Abenhamet á muerte. Zoraida, por salvarle, da la mano á Boabdil. Almanzor conduce á Abenhamet hijos de Granada. Abenhamet vuelve. Encuentra á Zoraida en Generalife. Quatro Zegries los descubren mientras hablan, y dan aviso al rey. Furor de Boabdil. Muerte de Abenhamet. Matanza de los Abencerrages. Combate en el palacio. Dexan á Granada los Abencerrages.

---

---

## LIBRO TERCERO.

---

**E**L mas poderoso y feliz de los reyes, aquel á quien la fortuna y la victoria colman de sus favores, el que mira al rededor de su trono todo el esplendor y los gustos de la gloria, carece de la felicidad mas pura y mas cara á los corazones tiernos, la certidumbre de verse amado. Las ofrendas que le prodigan, las alabanzas con que le fatigan, y aun la fidelidad que le demuestran, esperan siempre la recompensa: el interes no dirige sus votos á su persona, sino á su poder. Esta idea atormenta su espiritu, y una justa desconfianza se mezcla en los sentimientos de su corazon. ¡Infeliz del que pudiendo pagarlo todo, puede pensar que ninguno le da nada!

Pero Muley al baxar del trono, vuelto á la clase de los hombres, adquirió el derecho mas excelente y mas precioso de la humanidad, el de encontrar amigos. Su

corte numerosa desapareció ; pero le quedáron los Abencerrages, aquella virtuosa tribu que le miró siempre como á su rey, tributándole mas respeto, quanto menor era su poder. Almanzor, su esposa y yo rivales en todos los oficios piadosos, que podian consolar su vejez, contentos en consagrar nuestros dias en una ocupacion tan cara á nuestras almas, no osábamos quejarnos de un crimen que nos habia hecho felices, reuniéndonos en el seno del mejor de los padres. Si sentíamos la pérdida de su corona, sola era por su pueblo y por él : si Muley suspiraba por ella, solo era por sus vasallos y por sus hijos.

Entre tanto, el nuevo rey mudaba la haz de Granada. Retiráronse los antiguos visires, reemplazándolos jóvenes inexpertos : los generales de los exércitos, encanecidos en los campos de batalla, tuvieron el destierro por paga de sus trabajos y de sus heridas : una juventud,

conocida solo por sus vicios ó por su favor, vino á mandar los soldados veteranos, compañeros antiguos de sus padres : la antigua disciplina, madre del valor, y la victoria, se olvidó en un momento, y el ejército se transformó en un tropel de mercenarios desenfrenados : osados contra sus capitanes, cobardes contra el enemigo : las fronteras, cometidas á unos gobernadores que vivian en la corte, sin conocerlas, las sorprendiéron é invadiéron los vigilantes Españoles ; y para colmo de nuestra calamidad, en esta época fatal, suscitó el cielo contra nosotros, ese terrible enemigo de los Moros, ese invencible castellano, cuyo nombre sin duda habrá llegado á vuestros climas lejanos, el valeroso Gonzalo de Córdoba.

Ni sus hazañas, ni sus rápidas conquistas pudiéron despertar á Boabdil de su vergonzoso letargo. Los criminales Zegríes eran sus consejeros, y el monarca solo pensaba en aquellos placeres tumultuosos,

de que los aduladores cercan á su señor , temerosos de que oyga los clamores del pueblo. Los magníficos juegos y las fiestas públicas, que estableció Muley, habian cedido el lugar á las asambleas misteriosas, á las danzas afeminadas, á los festines de donde estaban desterrados el pudor y la templanza : el amor tierno y respetuoso era objeto de la insolente mofa, y en lugar de los afectos, que hicieron célebre á Granada entre todas las naciones, solo se encontraba la disolucion y la licencia.

En medio de tantos vicios, présagos de nuestras desdichas, se encendió de nuevo en el alma de Boabdil, una pasion, que de mucho tiempo parecia haberla apagado la resistencia. La hermosa Zoraida, hija del anciano Ibrahím, era el objeto de tan funesto amor.

Zoraida era africana. Desde los primeros dias de su vida, habia conocido las desgracias, perdiendo á su madre aun en

la cuna; y su padre primer visir del monarca de Tremezen, despues de haber visto destronar á su infeliz soberano, desterrado y despojado de sus bienes, vino con su hija á Granada, á implorar la piedad de Muley-Hassem. Mi padre le recibió en la corte, le dió el gobierno de la ciudad de Jaen, y mandó que Zoraida se criase en su palacio.

Apénas salia de la infancia, quando ya su atractivo y sus gracias inflamaban nuestra guerrera juventud. Abenhamet, el gallardo capitán de los Abencerrages, que ganó el premio el dia del crimen de los Zegríes, niño aun como Zoraida, apénas la conoció, la eligió y adoptó por su hermana. Su felicidad era estar cerca de ella, y repetirle mil veces el juramento de amarla toda su vida. La jóven y sincera Africana se lo prometia igualmente, y le declaraba que á él solo deseaba amar. ¡ Dulce privilegio de aquella edad dichosa, en la que todavia perdonan los hombres la sencillez y el candor !

Así que Zoraida se acercaba á los tres lustros, aprendió á ser mas cauta, y Abenhamet mas tímido. Ya no se atrevia como en otro tiempo, á venir á su aposento á qualquier hora, ni osaba hablarle ni aun de amistad; pero mas amoroso que nunca, sentia la fuerza de aquel primer amor, tan vivo y tan puro en los corazones tiernos, ocupándose continuamente en seguirla, en esperarla, en buscarla. En palacio, en la mezquita, en el jardin de Generalife, siempre seguia sus pasos, sin poder vivir sin su vista; pero al verse juntos, sus ojos miraban la tierra, el rubor cubria sus mejillas, las palabras eran trémulas y sin orden, quedando fuera de sí, sin aliento y sin voz.

Por este tiempo fué quando Gonzalo entró con su ejército en nuestro territorio, presentándose delante de Jaen, en donde gobernaba el anciano Ibrahim. Gonzalo toma por asalto la ciudad, despues de una larga resistencia, y el padre  
de

de Zoraida queda prisionero. Su hija, bañada en llanto, va á echarse á los pies del rey : vuelve á mí mi padre , le dice , y tomad todos los beneficios de que me colmais : á mi me basta una choza con el autor de mi vida ; ó si Gonzalo es inflexible, alcanzad á lo ménos que yo vaya á acompañarle en sus cadenas , y consagrar en su servicio la vida que le debo.

Muley, movido de sus lágrimas, le promete escribir á Gonzalo, y que el primer artículo de la paz será la libertad de Ibrahim, halagándola y añadiendo nuevas caricias para consolar su desgraciada suerte. Pero Abenhamet, que miraba sus lágrimas, y las sentía caer en su corazón, resolvía en su interior enxugarlas. Temiendo que si no se verificaba la paz, se mantuviese Ibrahim cautivo por largo tiempo; no siendo todavía dueño de los muchos bienes, que con el tiempo habia de poseer, sale á buscar á Gonzalo, y llegándose á él con la confianza que inspira

la juventud y el amor : magnánimo guerrero , le dice , yo soy el capitán de los Abencerrages. Mi edad no me ha dexado todavía medir mis armas con las tuyas ; pero espero que este feliz tiempo llegará. Bien conoces la nobleza de mi familia , y que te prodigarán el oro por mi rescate. El valeroso Ibrahim no tiene bienes : trueca ese anciano por mí ; entrega ese desgraciado padre á una hija , que solo puede ofrecerte sus lágrimas , y recibe en su lugar al mas rico de Granada.

Calló , y Gonzalo sintiéndose enternecido , le dice : Abencerrage , tú no debes ser cautivo mio : tu estimacion , no tus riquezas es lo que quiero : vuelve á Granada con Ibrahim : solo á tu pecho virtuoso lo concedo ; y si este corto beneficio merece tu reconocimiento , procura no encontrarme en las batallas.

¿ Quien podrá explicar la alegría de Zoraida quando Abenhamet le presenta su padre adorado ? Dudando aun de su felicidad , se arroja al cuello del anciano , y lo

abrazo , despidiendo continuos suspiros. Ibrahím le refiere al punto lo que debe al Abencerrage , y juntando las manos de los dos amantes, les promete en nombre de Alah que se verán unidos dentro de pocos días.

La accion de Abenhamet llenó de admiracion á Granada : todos alabaron su valor, y deseáron el colmo de sus amores , admirando todos la magnanimidad de Gonzalo; y no puedo negar , que aunque ese soberbio Español sea acérrimo perseguidor de mi patria , aunque la sangre de mis hermanos ha manchado repetidas veces su brazo invicto, su noble proceder en la guerra , su dulce clemencia despues de la batalla , le han grangeado el respeto de nuestra nacion. El guerrero conoce su valor, el cautivo su humanidad. Los Abencerrages , queriendo tributar holocausto á sus virtudes , pusieron en libertad doce cautivos christianos , escogieron doce caballos de Africa , y los enviáron al heroe Castellano , como una leve señal de su reconocimiento.

Muley-Hassem habia aprobado el himeneo de Abenhamet y Zoraida , conviniendo en que se verificase despues del de Almanzor ; pero el fogoso Boabdil , enamorado de Zoraida , creyendo deslumbrarla con su nacimiento , se atrevió á pretender su mano. La hija de Ibrahim , sin faltar al respeto debido al heredero del trono , no admitió sus deseos. Zoraida se creia ya olvidada de un corazon que sabia tan poco amar , al tiempo que mi padre perdió la corona , pero lo primero en que empleó Boabdil su poder usurpado , fué en prohibir á Ibrahim el tomar á Abenhamet por yerno.

Ibrahim lleno de amargura , conservaba la esperanza de mover el ánimo del monarca. Seguido del enamorado Abenhamet , se echa á sus pies , pidiéndole por único premio de su lealtad y de sus largos servicios , que le permita el ser reconocido , no obligándole á la edad de ochenta años , á faltar al honor por la

primera vez. Boabdil no quiere oírle, y Abenhamet que callaba, esperando la sentencia de su muerte, levanta á Ibrahim lleno de furor, y poniendo en el rey los ojos airados le dice : Zoraida es mía : la voluntad de su padre, la suya, todos los derechos del amor y de la amistad, esos son mis títulos. ¿ Quales son los motivos que tú tienes para quitarme el bien que he merecido ? Yo no doy cuenta de mis designios, responde el monarca enfurecido, ni mis vasallos merecen mas de lo que mi bondad les quiero dar. Boabdil, le dice Abenhamet, tus vasallos han aprendido de los Zegríes á destronar un monarca justo; teme que aprendan de los Abencerrages á castigar los tiranos.

El rey pone mano á su alfango : Ibrahim se echa á sus pies : yo, Señor, yo solo debo ser castigado, pues yo soy quien le dió mi hija. Mientras yo respire, Zoraida es de mi libertador : arrán-

came la vida, Boabdil, para librarme de mi promesa.

Al decir esto, el anciano descubre el pecho lleno de cicatrices, y le ofrece á la cólera del monarca, excitando la compasion aun de los mismos Zegríes. Abenhamet, la mano en el puñal, está dispuesto para defender á su padre : y el rey confuso, puestos los ojos en el suelo, medita lo que ha de resolver. Receloso de los Abencerrages, teme que un acto de crueldad derribe un trono mal asegurado, pero instruido de largo tiempo en la perfidia, dilata su crimen para asegurarle mejor. Compone en fin su semblante, y fingiendo domar su justa cólera : Ibrahim, le dice, tus virtudes han despertado mi clemencia : por ellas perdono al imprudente Abenhamet; pero tu hija es de tal precio, que una sola accion de valor es poco para merecerla. Yo mismo daré á su amante la ocasion de hacerse digno de ella. Jaen, que Gonzalo

ha conquistado, era la llave de mis estados : si Abenhamet la recobra, Zoraida será la recompensa.

El Abencerrage, sin poder contener su alegría, se echa á los pies de Boabdil : tú me haces invencible, rey de Granada : toda mi sangre, derramada por tí, no podrá expiar las palabras, que profirió mi juventud. El monarca le levanta con falso agrado, proclama á Abenhamet su general, y ordena que, dentro de tres dias, parta el ejército contra Jaen.

En estos tres siglos de espera, el valeroso y tierno Abenhamet prepara sus caballos et armas. Ibrahim quiere seguirle, honrándose de servir á las órdenes de su amigo : mi hermano debe tambien acompañarle : los Abencerrages se disponen, y el enamorado joven transportado de alegría, corre á abrazar las rodillas de Zoraida, pidiéndola que adorne su lanza con un lazo ó un velo que haya traído

sobre ella. Zoraida procura encubrir la profunda tristeza que la devora, y le da una faja blanca, en la qual había bordado sus nombres entrelazados, leyéndose debaxo de las cifras unidas, la palabra tierna de *siempre*. Zoraida se la ciñe llorosa, y sin atreverse á pedirle que no exponga su vida, ruega á su amante que cuide de su padre, y pide en secreto á este el moderar el valor de su amante.

La hora de partir llegada, el ejército se forma en batalla en la plaza: los Abencerrages forman el ala derecha, cerrando los Zegries la izquierda: Abenhamet aparece armado, baxo una túnica azul, de una coraza forjada en Fez, ceñido de la faja de Zoraida, llevando la garzota de su familia en el turbante forrado de acero: á su izquierda pende un sable guarnecido de diamantes, y con la mano derecha empuña una lanza mora, armada de hierros agudos por ambos extremos.

Venia montado sobre un caballo blanco, cuyas largas crines besaban la tierra; contempla el ejército, llenos sus ojos de ánimo y de amor, confía la derecha al valeroso Almanzor, la izquierda al prudente Ibrahim, y va á dar la última señal, quando el rey entra en la plaza con el estandarte del Imperio. Esta insignia tan respetada, en la qual habia una granada de rubíes en campo de oro, no salia de la mezquita, sino en los lances mas arduos. Boabdil la pone entre las manos de Abenhamet diciéndole: Abencerrage, hazte digno de mi confianza, y piensa en las obligaciones que te impone la presencia de esta insignia sagrada.

Abenhamet, lleno de ardor, toma con mano codiciosa el estandarte, y jura al monarca morir ántes de abandonarle. Llama al intrépido Octair, el mas valiente de sus compañeros, y se le entrega. Octair, gozoso con tal honor, se pone al lado del general, de quien no debe apartarse un

momento, y las trompetas tocan á marchar. O ciego Abenhamet! ; como corres al precipicio, sin saberlo! Los Zegries lo habian preparado con el péfido rey, asegurando sus intentos el estandarte de Granada. Nuestras leyes condenan á muerte al general que vuelve sin esta insignia de nuestra gloria, y con esta cruel esperanza la habia confiado Boabdil á su rival.

Abenhamet entre tanto solo piensa en obtener á Zoraída: marcha con ayre triunfante al frente de sus guerreros, sin poder contener su regocijo, y siguiendo el uso de nuestra nacion quando camina á pelear, cantan al son de los címbalos y anafiles, estas palabras guerreras.

La guerra tronó: los cuos  
 A su voz, Abenhamet,  
 Mil veces claman: y léjos:  
 ¡Ay, ay! responde Jaen,  
 Mis fuertes torres  
 Van á caer.

El clarín sonó. guerreros,  
 Marchad, blandiendo las lanzas  
 Sobre el relinchante bruto  
 Que el freno espumando tascas.  
 Allí donde fiero Marte  
 Acerada muerte os guarda,  
 Allí con sangre regado  
 Nace el laurel de la fama.

La guerra tronó; los ecos, *etc.*

¿Que vale que cien provincias  
 Nueva contra vos España,  
 Si ocho siglos de heroísmos  
 Se encierran solo en Granada?  
 Dó, quier os cercan gloriosos  
 Las paternales hazñas:  
 Cien triunfos moriscos yacen  
 Dó quier posarís la planta.

La guerra tronó: los ecos, *etc.*

¡Ay, que las tumbas se abren!  
 ¿Oís que de ellas os claman,  
*Vencer ó morir?* ¡perezca  
 Quien viva para la infamia!  
 Jurado está: el que á muerte  
 Vuelva cobarde la espalda,  
 Amor será su enemigo,  
 Y su verdugo la Patria.

La guerra tronó: los ecos, *etc.*

Si os desalientan los rayos  
 De las diestras Castellanas,  
 Volved un punto la vista  
 A la torres de Granada.  
 Allí del Xenil las Bellas  
 Os miran, y enamoradas,  
 Seguras de la victoria  
 Os texen ya las guirnaldas.

La guerra tronó, los ecos, *lic.*

¿Será que, en baldon vencidos,  
 Dexeis marchitar las palmas  
 Que en loor de vuestra gloria  
 Su amor ardiente prepara?  
 Léjos el temor. Doncellas  
 Texed sin cesar guirnaldas,  
 Que Abenhamet es caudillo,  
 Y ordena triunfar Zoraida.

La guerra tronó, los ecos, *lic.*

Los Zegríes habian avisado secretamente á Gonzalo, que estaba en Jaen con Lara su fiel amigo, Lara el mas famoso de los Castellanos, pues de Gonzalo, y casi tan fatal á mi patria como ese invencible guerrero.

No obstante que su ejército era poco numeroso , los dos Españoles no quieren esperar á los Moros , y vienen á encontrarlos , manobrando con tal arte , que atacan de improviso á nuestras tropas ántes de entrar en su territorio. Los soldados sorprendidos se llenan de terror , sin que todos los esfuerzos de Abenhamet sean bastantes á animarlos. Corro por todas partes , busca , llama á Gonzalo , le encuentra , le detiene pocos instantes , le hiere ; pero Gonzalo con brazo mas firme , le dexa tendido en tierra. De allí va á acometer á Octair , y de un revés hace saltar la mano , que empuña el estendarte : Octair le vuelve á coger con la otra : Gonzalo se la divide. Entónces el leal Octair abraza con los trozos de sus brazos la insignia sagrada , apretándola contra su pecho , y de esta manera recibe la muerte , y el terrible Castellano se hace dueño del estendarte.

Almanzor corre á recobrarle al frente

de los Abencerrages; pero Lara vencedor entónces de los Zegríes, viene á cercarlos. El combate no es ya sino una horrible carnicería. Ibrahim bañado en sangre, espira llamando á Zoraída : Almanzor apénas puede sostenerse : los Abencerrages engañados, abandonados de todo el ejército, caen, espiran al golpe de las espadas, sin que ninguno quiera rendirse, ni quiera ninguno alejarse un paso del cuerpo de Abenhamet, que yacia moribundo por tierra.

Gonzalo los admira, y suspende el primero su terrible brazo, mandando á sus Españoles que abran paso á unos enemigos que estima, á quienes quiere vencer, y no asesinar. Almanzor levanta á Abenhamet sangriento, le lleva en medio de sus hermanos, y se retira sin huir, sin desórden ni temor, volviendo hácia el vencedor la frente, que tantas veces había salido triunfante.

Los Zegríes habian llegado á Granada,

y esparcido la nueva de la derrota. Las madres, las esposas, esperaban temblando, en las puertas de la ciudad, la vuelta de los Abencerrages. Zoraida afligida pedía su padre y su amante á todos los que volvian del combate. Al fin descubre la valiente raza, reducida á un corto esquadron, teñida en sangre, cubierta de heridas, trayendo al moribundo Abenhamet. A la vista de este espectáculo, lanza un horrible grito, vuela, se arroja sobre Almanzor : ¡ mi padre , mi padre ! dice : Lo perdí todo en este afrentoso dia? Las lágrimas fueron la respuesta de Almanzor. Zoraida fuera de sí, busca á Ibrahim, fija los ojos descaxados en el pálido rostro de su amante, mira á Almanzor enmudecido, entiende su silencio, y cae sin sentido entre los pies de los caballos.

Todos acuden á socorrerla y la llevan al palacio. Almanzor camina hácia el Alhambra para dar aviso al fementido

rey, del peligro que amenaza á Granada, mientras los Abencerrages lastimados llevan á depositar en su casa al desgraciado Abenhamet. Sus heridas eran muchas y peligrosas, pero sin embargo daban esperanzas de salvar su vida. Detienen la poca sangre que le queda en sus venas, y le curan con el precioso bálsamo, que nos suministra la Arabia. Abenhamet vuelve en sí, pero apénas se reconoce, que apartando á los que le rodean clama: ¡soy vencido ¡soy vencido! Yo la perdí!.... La perdí para siempre!. . Diciendo esto, rompe las vendas que cubren sus heridas, corre de nuevo la sangre, volviendo al miserable estado primero.

Zoraida, en el palacio, nos tenía en igual inquietud. Un dolor profundo la abate, quitándole la facultad de llorar, y contemplándonos con ojos feroces, pronuncia sin cesar los nombres de Ibrahim y Abenhamet, los fixa en tierra, repitiendo estos nombres tan caros á su corazón, y

de improviso esta tranquilidad aparente se convierte en gritos horribles y convulsiones espantosas. La fiebre ardiente se apodera de ella, y un delirio cruel la transporta en medio del campo de batalla : allí venga la muerte de su padre : allí defiende á su esposo. Todos los remedios son inútiles, sin que haya esperanza de sacarla de los brazos de la muerte.

Mientras que cada familia estaba sumergida en el dolor , Gonzalo victorioso se presenta delante de los muros de Granada. Mi hermano lo habia previsto : mi hermano nuestra única esperanza, guía al alma á nuestros guerreros. Boabdil sale en persona con los Zegríes á pelear contra los Españoles : Almanzor seguido de los Abencerrages rechaza á Lara lejos de nuestras murallas ; pero el rey acometido de Gonzalo se pone en fuga y entra con precipitación en la ciudad. El intrépido Castellano viene en su alcance dentro de nuestros muros, y abandonado de los suyos,

penetra hasta el Alhambra. Yo le ví: yo misma le ví, y su imágen, que aun creo estar mirando, me hace estremecer. ¡ Ah ! oxalá que , sin ofender vuestro valor , no llegéis nunca á las manos con ese héroe ! Solo , en medio de nuestra capital , despreciando todo un pueblo enemigo , destruyendo quanto se le oponia , llegó no léjos de mí. Allí , sin duda , advirtiendo que no le acompañaba ninguno de los suyos , se detiene , queda inmóvil , vuelve á tomar lentamente el camino que habia dexado sembrado de víctimas , y sin pensar en defenderse contra la multitud que le acometia , vuelve el rostro para exâminar los sitios que ha de conquistar.

Pasados estos momentos de susto , volvimos á cuidar de los dos desgraciados amantes. Abenhamet y Zoraida desean en vano la muerte , que el vigor y la juventud rechazan. La esperanza de volverse á ver , el consuelo de llorar juntos , los retiene en la vida , animándolos á resistir á su deplorable estado.

Boabdil esperaba este momento , y va solo á ver á la triste Zoraida , que ignorando su delito , le recibió sin horror. El pérfido rey honró la memoria de Ibrahim con sus lágrimas , prodigando los elogios á su valor , pero luego que pasaron algunos dias , fingiendo tomar parte en el dolor de su hija , manifestó sus deseos de honrar las cenizas del desgraciado anciano , dándole un público testimonio de estimacion y reconocimiento , ofreciéndole un augusto himeneo , como el único medio de pagar lo mucho que debía á Ibrahim.

Señor , respondió Zoraida , mis grandes desdichas no me dexarán disimular , que mi corazon está muy lejos de merecer ese himeneo. Este corazon no amará mas de una vez , y Abenhamet es el objeto de su amor. Si los servicios de mi padre , si la sangre que ha derramado por vos , tiene algun precio ante vuestros ojos , si quereis dar algun consuelo á su sombra ,

cumplid sus últimos deseos, uniendo su hija á aquel que Ibrahim habia escogido para verno. Ibrahim lo verá desde el alto cielo donde habita, y se regocijará de haber dado su vida por un rey, que se digna de reemplazarle.

Al oír este discurso, Boabdil sin poder reprimir la cólera, Zoraida! dice con tono impetuoso, tú abusas de mi funesto amor; Abenhamet no puede ya esperar tu mano, pues las leyes le condenan á muerte. Solo yo puedo hacer gracia, y esta depende de tí.

Boabdil sale inquieto y airado, y sabedor de que el Abencerrage empezaba á recobrar sus fuerzas, manda que le pongan guardias, y nombra los ancianos que le han de juzgar.

La ley pronunciaba su muerte. Abenhamet habia perdido el estandarte sagrado del imperio, y debia morir. Los jueces firman la sentencia con sus lágrimas, y el rey la lleva á Zoraida. Escoge, le dice, poniéndosela en las manos; escoge al punto;

este solo instante se te concede; Abenhamet ha de morir, ó tú has de subir al trono; el altar y el cadalso están preparados.

Alónta al oír estas palabras, Zoraida quedó sin saber que resolver. Su primer movimiento fué arrebatarse el puñal, y librarse por sí misma de la horrible elección que le proponia; pero la detiene el considerar que la muerte de Abenhamet ha de seguir á la suya. Sin esperanza de mover el ánimo del déspota feroz, está vacilante y trémula. Boabdil la insta, y descontento de su silencio, manda que vayan á buscar la cabeza de su rival. Deteneos, exclama Zoraida, deteneos, víctima suya soy: aquí está mi mano; caminemos al templo.

Calló, y el inflexible rey la conduce á la mezquita, en donde todo estaba ya preparado para el triste lineneo. Zoraida pálida y moribunda se presenta en medio de un pueblo insensato, que aplaude su nueva reyna, y le desea por largo tiempo

la felicidad de que cree va á gozar. Pronuncia en fin con débil voz el juramento de ser infeliz, mil aclamaciones le responden, mil alegres voces mezcladas con el son de los sistros, ahogan sus tristes gemidos, y las fiestas mas pomposas celebran aquel día de dolor.

El rey, fiel á su palabra, declara al día siguiente al himeneo, que la juventud de Abenhamet, su valor, el de su familia, le impelian á suavizar la severidad de los jueces, pero queriendo acordar el inviolable respeto que tenia á las leyes, con la distincion debida á los Abencerrages, convertia en destierro la pena señalada á su xefe. Quando el monarca parece clemente ninguno se atreve á murmurar. Los aduladores viles ensalzaron su pérfida bondad.

Almanzor con ojos penetrantes comprendia el horrible misterio, y queriendo evitar los primeros efectos de la desesperacion de Abenhamet, se va al lugar

donde está preso, y apretándole entre sus brazos: amigo, le dice, en fin vivirás: el rey te destierra solamente de Granada; pero Zoraida... Zoraida expiró? exclamó Abenhamet. Menos desdichada sería; escucha la verdad horrible, llama todo tu valor para soportarla, y piensa sobre todo, amigo, que si cedes al dolor, darás la muerte á Zoraida, á Zoraida... á la esposa de Boabdil.

Al decir estas palabras, vuelve á estrecharle contra su corazón para impedirle atentar á su vida; pero Abenhamet queda sin sentido entre sus brazos. Mi hermano, aprovechándose de este accidente, le hace llevar á una de sus casas de campo poco distantes de Granada.

El generoso Almanzor, clavados los ojos en su amigo, procura descubrir en los suyos los movimientos de su alma. No busca medio ninguno de consolarle, sino calla, le sigue, le examina, le guarda como á un insensato. Abenhamet con-

serva un profundo silencio : los ojos enxutos, la cabeza doblada sobre el pecho, el ceño espantoso, los dientes rechinan con violencia, dando miradas siniestras á Almanzor, cuya presencia le cansa, y se opone á sus intentos.

Tres dias pasaron de este modo, sin que mi hermano le abandonase un instante, ni se atreviese á hablarle de una amistad insuficiente para tan crueles desdichas. En fin Abenhamet rompe el silencio, y le dice reposado : no temas, Almanzor, mi dolor : conozco el alma de... de aquella en quien puse tanto amor : la conozco, y solo por salvar mi vida, pudo resolverse la desdichada ... Párase, levanta los ojos al cielo, hace nuevos esfuerzos, y continúa con amarga risa : mucho se ha engañado... no importa, yo la perdono. Tomé mi resolución irrevocablemente ; yo pondré entre los dos una barrera inmensa ; yo iré á buscar otros climas, en donde el nombre fucsto de Granada, ni  
del

del exécrable Boabdil puedan llegar á mis oídos. Mañana partiré para el Africa; en sus desiertos encontraré la soledad que necesita un infeliz; en sus leones hallaré mas piedad que en nuestros tiranos. Tú me conducirás hasta al puerto de Almería; este es el último favor que te pido, y espero de tu amistad. No me atrevo á hablarte de mi reconocimiento: tú no lo dudas, ni piensas en ello.

Mi hermano engañado con estas palabras, creyó el valor de Abenhamet superior á sus desdichas. Aprobóle el intento, y aquel mismo dia tomaron ámbos el camino de Almería, en donde varias embarcaciones destinadas para Tunez, solo esperaban un viento favorable. Abenhamet se mostraba tranquilo, y el nombre de Zoraida no se le oía salir de su boca. Siempre pensativo, pero al mismo tiempo afable, encomendaba á Almanzor su voluntad, le prescribía la repartición que habia de hacer de sus bienes, y las

recompensas de sus esclavos. En la tierra que voy á habitar, añadia, no es menester ser rico; lo que yo llevo me bastará, y mis parientes y servidores pensarán mas en mí; gozando de la felicidad que les he proporcionado: el valiente Almanzor no me olvidará tampoco, y los beneficios que me ha hecho no me dexan duda de ello; pero siento que por mi causa se detenga aquí, léjos de su familia y de su esposa: Muley-Hassem y Zulema te esperan: Moraima suspira por tí; vuélvete, dulce amigo, vuelve á gozar de la felicidad tan rara de ser esposo del objeto amado; quiza ha menester que la cuides, sin duda necesita de tu presencia; tal vez el viento tardará algunos dias; dilatar nuestra despedida, solo servirá para aumentar nuestro dolor y en fin fuerza es que me acostumbre á vivir sin nada de lo que amo.

Almanzor le escucha lloroso, mientras que Abenhamet con ojos enxutos le insta de nuevo á partir. Mi hermano deseoso

de volver á ver á Moraima, cede á sus vivas instancias, le abraza, promete executar su voluntad, y lleno el corazon de amargura, pero sin inquietud por la vida del desgraciado Abencerrage, toma la vuelta de Granada

Abenhamet vió cumplidos los deseos, que por largo tiempo le poseian. Apenas se ve libre, se prepara para el designio terrible que tenia meditado: vistese de esclavo, un turbante asiático muda su rostro ya desfigurado por el dolor, se arma de un puñal, sale de Almería, y vuélvese á Granada.

Llega y sube á la Alhambra, y vagando por los espaciosos patios de este inmenso edificio, se introduce en Generalife, caminando con paso temerario hácia el aposento de la reyna.

La noche empezaba á cubrir de luto la tierra, quando Zoraida sola en el jardin, lloraba por Abenhamet baxo un rosal. Desde el dia del fatal himeneo,

Zoraida no habia sabido nada de su suerte, ni habia pronunciado su nombre; pero todas las noches venia á gemir, al pie de aquel mismo rosal en donde, en tiempo mas feliz, se habia sentado tantas veces al lado de Abenhamet. Allí sola con sus memorias pasadas, con su amargo dolor y con su amor, creia ver á cada instante el objeto que tenia en su corazon. Quanto Abenhamet habia hecho por ella, las palabras que habia dicho, la mas leve risa, la mas ligera circunstancia que las habia acompañado, se pintaban en su imaginacion. Su infortunio era ménos doloroso, en estos instantes de ilusion, pero vuelta á su infelicidad, un llanto amargo salia de sus cansados ojos.

La reina ve acercarse á ella un esclavo : mírale, conócele, va á despedir un grito pero el peligro de Abenhamet, el suyo propio, la triste memoria de lo que fué y de lo que es, la detienen : Abenhamet ! dice con voz baxa, Abenhamet... ! Eres tú ?

Sí, responde el Abencerrage, yo soy quien te ha perdido : yo soy quien no puede vivir sin tí : yo soy aquel cuyos tristes dias compraste con el mas funesto sacrificio; quien viene ahora á devolverte el horrible presente que me hizo tu piedad.

Al decir esto, saca el puñal y levanta el brazo para herirse : Zoraida se arroja, y se le arrebata, ingrato ! le dice, ingrato ! crees que no soy ya bastante desdichada ! ¿ No he hecho todavía bastante en condenarme por tí al suplicio mas cruel ? El cuchillo del verdugo amenazaba tu cabeza, una mano infame iba á cortar tu vida, si Zoraida.....

¡ Oxalá ! exclama Abenhamet fuera de sí, ¡ oxalá que todos los tormentos que puede inventar Boabdil, hubiesen sacado gota á gota esta sangre que hierve en mis venas ! Yo hubiera bendecido mis dolores : mis martirios me hubieran sido deliciosos, pensando que tú eras fiel, di-

siéndome á cada tormento que llamaba al sepulcro tu amor. ¿ Y que esperabas tú de tu debilidad ? ¿ Pensabas que yo soportaría los días horribles, que no puedo vivir para tí ? ¿ Que la alegría de librarme de la muerte, ahogaría esta pasión violenta que desde los primeros días de mi vida llena y penetra mi corazón ? ¿ este amor eterno que me ha dado existencia y me hizo virtuoso ? No, Zoraida, te engañaste: tú no hiciste mas que dilatar mi muerte, haciéndola mas amarga. Yo he querido que seas testigo de ella, para expiar el crimen, que cometiste contra el amor : para perdonártele en mis postreros suspiros : para decirte , para jurarte por fin , que así que perdí el derecho de amarte no tuve fuerza para vivir.

Escucha, replicó Zoraida : y no temo la muerte : si yo hubiera podido verte, hablarte un solo instante.... yo misma te hubiera llevado este puñal, y te hubiera

dicho : muramos juntos, abre primero este corazón en donde están grabados nuestros eternos juramentos, y librate despues con él de la infamia que te preparan. ¡ Pero delante de Boabdil ! entre el tirano y tu cadalso !.... El bárbaro habia ya pronunciado la orden de ir á buscar tu cabeza : el esclavo estaba ya en camino.... O ! Abenhamet , lo que yo hice, tú lo hubieras hecho en mi lugar. Solo una palabra me queda que decirte. El honor me prohibe verte : el honor solo es lo que me queda, y no debo faltar á él. El honor me manda no amarte ; Dios me niega la fuerza de hacerlo; pero si tú renuncias á la vida, si te atreves á atentar á unos dias que me cuestan tan caros, juro por tí, por mi padre, que esta mano que te estaba prometida, castigará mi cobarde corazón por un sacrificio tan doloroso, que tu crueldad quiere inutilizar, y que no es mas que una perfidia, si no sirve para salvar á mi amante.

Zoraida le entrega entónces el puñal : Abenhamet , sin ánimo para tomarle , la mira , la contempla y arrojándose á sus pies le dice : Angel celeste ! Que poder tienes sobre mí ? una sola palabra de tu boca , una mirada , el sonido de tu voz , destruye todos mis intentos , y me hace mudar en un punto de pensamiento y de existencia. Vivré en fin pues que así lo quieres : te lo prometo : sufriré mis desdichas mientras tu voluntad suprema me<sup>a</sup> ordene el ser infeliz : Abenhamet no volverá á verte : ah ! te conozco bien , te amo demasiado para esperar ni desear el mirarte ; pero á lo ménos apiádate de mi dolor , por ser la última vez que te implora : dime , dime , Zoraida , dignate de decirme solamente que conservas todavía tu amor á Abenhamet ; que siempre habitará en tu corazón : que ni el tiempo ni la ausencia borrarán nunca aquel primero y dulce sentimiento que llenaba en otro tiempo

tu alma. Si quieres que yo lo oyga de tu boca, viviré : sí, te prometo cuidar de mi vida : entónces no la aborreceré, no la miraré con horror : la certidumbre de que tú me amas aplacará mi desesperación.

Abenhamet calla, toma con ardor, y suelta al mismo punto la mano de Zoraida. Ella infeliz vuelve el rostro para ocultarlo sus lágrimas : vete Abenhamet, le dice, vete de este sitio terrible : no olvides la palabra que me has dado : no pidas que mi corazon descubra inútilmente lo que mi deber me prohíbe : mira, reconoce este rosal... Aquí llora Zoraida todas las noches

Al decir estas palabras, cree oír ruido detras de los rosales, levántase pavorosa, y obliga á Abenhamet á alejarse, retirándose ella al mismo tiempo á su aposento, de donde asomada á un balcon descubre el Generalife, y trémula y sin aliento escucha con atencion, y examina

los jardines, ayudada de la claridad de la luna. El silencio que reyna en todas partes cubra su agitacion y su susto, y fixando los ojos en el rosal amado, que distingue á lo lejos se entrega á sus pensamientos melancólicos.

Pero el ruido que habia oido, anunciaba en efecto sus desdichas. Mientras que el imprudente Abencerrage olvidaba, á los pies de Zoraida, el peligro que le rodeaba, quatro Zegrles pasaban por detras de los rosales, y reconociendo la voz de Abenhamet, se paran, observan por entre las hojas, y ven el objeto de su odio, aquel que habian concertado perseguir, arrojado delante de la reyna, delante de la esposa de Boabdil. Sorprehendidos al verle, pero llenos de alegría meditan el mas atroz delito, y arrebatándolos el furor, van y buscan al monarca.

Rey de Granada, le dice Mofarix, perdona á tus leales vasallos, que vienen á affligir tu corazon, quando de ello de-

pende tu corona, tu vida y tu honor. Los Abencerrages conspiran contra tí : Abenhamet, llamado por ellos, ha hablado ya con sus compañeros : nosotros mismos le hemos visto en este instante, baxo un rosal del Generalife á los pies de tu criminal esposa, teniendo en sus manos el puñal que ha de abrir el corazon de su rey.

Boabdil queda suspenso y sin aliento; pero la cólera impetuosa ocupa luego el lugar de la sorpresa : morirán todos exclama, ninguno quedará de esta infame raza, y mi infiel esposa ha de recibir la muerte sobre sus cadáveres.

Véngate, señor, responde Mofatix; pero la prudencia debe asegurar la venganza. Si manifiestas tu resentimiento, Granada tomará las armas : los amigos de los Abencerrages los defenderán. Sigue el consejo que me dicta el zelo : que tus guardias prendan á Abenhamet en el Generalife : entre tanto una orden secreta llamará separadamente á cada uno de los

Abencerrages, y á medida que entren en la Alhambra, caygan al suelo sus cabezas.

Boabdil adopta el horrible consejo : las guardias corren á registrar los jardines, y los emisarios del rey van á llevar á los Abencerrages la órden de venir al palacio. Los Zegríes vienen armados, los soldados toman todas las salidas del Generalife, y los verdugos, puestos en el patio de los Leones, esperan con la cuchilla en la mano á Abenhamet y sus compañeros.

El desgraciado Abenhamet, pensando mas en Zoraida que en sí propio, huía lloroso por las enramadas sombrías, quando los satélites del rey le descubren y le prenden. En vano quiere defenderse, y cargado de cadenas le llevan ante el monarca.

Traidor, le dice Boabdil á quien la cólera apenas dexaba articular las palabras, ahora pagarás tu abominable fingimiento y tus detestables amores. La infame Zoraida te seguirá pronto : pronto se cumplirán

cumplirán vuestros deseos de veros ámbos reunidos, y allá podréis juzgar si sé castigar la perfidia.

Tirano, responde el Abencerrage, la muerte era el único beneficio que deseaba. Ven á beber de mi sangre, y sacia tus feroces ojos en un espectáculo digno de tí. Pero Zoraida está inocente: lo juro delante del cielo, delante de aquel Dios ante quien voy á verme: jamas la casta... No acabó, y su cabeza cae al suelo saltando tres veces sobre el mármol, repitiendo confusamente el nombre de Zoraida.

Gonzalo al oirla, lanza un espantoso gemido. Ah! replicó la Princesa, esta muerte solo fué el preludio de los furors de Boabdil. Apenas habia espirado Abenhamet, quando los Abencerrages llegan sin recelo por diversas partes, é introducidos uno á uno en el fatal patio de los Leones, al momento que se presentan, los asen, los arrastran á la pila de alabastro. Allí sin hablarles del

crimen de que les acusan, sin responder á sus preguntas, sin anunciarles la muerte, vuelan sus cabezas, yendo á manchar las aguas de aquella fuente tan célebre por esta horrible alevosia.

Mi lengua no puede acabar esta abominable historia: mis miembros se cubren de horror al acordarme de tantos delitos. Gran Dios! ;Hasta donde pueden precipitar á los reyes la cólera y los funestos consejos! Boabdil, señor, Boabdil, el hijo de mi virtuoso padre hizo asesinar delante de sus ojos treinta y seis heróycos jóvenes, la esperanza, la defensa de Granada, que venian de derramar su sangre por salvar la capital, sin mas delito que ser compañeros de Abenhamet.

En aquella desastrada noche pereciera toda esta ilustre familia, sin un tierno infante criado por el amor de Yezid, el qual no abandonaba nunca á su señor, y le siguió hasta el palacio. Aprovechándose de la obscuridad y de la turbacion,

compañera del delito, entra, y llega con Yezid hasta el patio de los Leones. Apenas había echado los ojos sobre la sangre de que está inundado, ve dar la muerte á su señor. El terror le sorprende y reprime sus voces: sale con precipitacion horrorizado, bañado en llanto, creyéndose perseguido de la muerte, y corre á refugiarse entre una tropa de Abencerrages, que venian á obedecer las órdenes del rey.

No os acerqueis, les dice, no os acerqueis, compañeros de Yezid. Yezid, mi señor, mi dulce amo, delante de mí le degalláron: esta que veis aquí es su sangre: el rey, los Zegifes, los verdugos, os esperan junto á la pila: mas de treinta están tendidos por el suelo: no os acerqueis, Abencerrages, mirad que han matado á mi amo Yezid.

Los Abencerrages se informan de este testigo fiel, y al traves de sus llantos y gemidos descubren la traicion. Al punto

caen en busca de sus compañeros, que iban llegando por todos lados, les dan parte del atentado, se juntan, toman las armas, y penetrados de dolor vuelven con ánimo de reducir á cenizas la Alhambra.

Rompen las primeras puertas, y las guardias caen bañadas en su sangre: corren como tigres furiosos, y llegan al patio fatal.... Que espectáculo! Treinta y seis de los suyos, tendidos sobre el mármol: el rey y los Zegríes en medio de los verdugos, pidiendo todavía mas víctimas; y las cabezas de sus infelices compañeros, amontonadas en la pila, en donde se agitan y nadan entre las ondas de espuma y de sangre.

El horror dexa inmóviles á los Abencerrages: se miran, y despidiendo gritos horribles, se arrojan sobre Boabdil. Los Zegríes, superiores en número, iguales en valor, se ponen delante del monarca. La noticia corre por la ciudad: los Gome-

les, amigos de los Zegríes, convocan al pueblo en defensa de su rey: treinta mil Moros armados llegan, y viendo á su monarca acometido por la terrible raza, ignorantes de su delito, se ponen en su defensa, reuniéndose á los Zegríes.

Los desgraciados Abencerrages no pueden defenderse contra tantos contrarios, y á pesar de sus hazañas y de su valor, despues de un largo combate, se ven precisados á dexar el palacio. Cubiertos de heridas, faltos de sangre, perseguidos por los vencedores, cuyo número se aumenta continuamente, los echan fuera de la ciudad, y detestando la ingrata patria, que así trata á sus defensores, se alejan de ella, y juran no volver á entrar.

De esta manera perdimos aquella tribu valiente, y esta noche desastrada deshonró para siempre á Granada, y quizá preparó su cautividad. Pero el implacable Boabdil solo pensaba en su venganza: su

esposa vivia todavía, y habia de experimentar su furor. Las fuerzas me faltan para continuar esta horrible historia: descansad las pocas horas que quedan del dia.

Calló Zulema, y no obstante los ruegos de Gonzalo, dexó para el dia siguiente la historia de las desventuras de la reyna, que empezó de esta manera.

FIN DEL LIBRO III.º



SUMARIO DEL LIBRO IV.º

---

*La reyna comparece delante del pueblo. Los quatro Zegries la acusan. Sale condenada á percer entre las llamas, si algun guerrero no toma su defensa. Estado deplorable de Zoraida. Consejo de Ines. Escribe á Gonzalo. Respuesta de Lara. La reyna va al suplicio, esperando á sus defensores. Llegan quatro Turcos. Combate de estos con los Zegries. La reyna queda justificada. Rehusa el volver con Boabdil, y dexa á Granada. Los Españoles se acercan á la ciudad. Muley-Hasem va á aplacar á los Abencerrages. Respuesta de esta tribu. Quien era Alamar amante de Zulema. Fuga de la princesa. Préndenla los Africanos y librala Gonzalo. Concluye Zulema su historia.*

---

---

## LIBRO CUARTO.

---

**D**ESGRACIADA de aquella que, víctima de un deber cruel, se vió precisada á sacrificar una pasión dulce, la esperanza y apoyo de su vida! Después de un sacrificio tan doloroso, pensó que el tiempo remediaría á su flaqueza y tal vez aliviaría sus males. Vana ilusión! El tiempo se detuvo en la época de su infelicidad. Si quiere con el tumulto del mundo distraerse un instante de su largo padecer, quanto ve le aumenta. Dos esposos felices arrancan sus lágrimas: una madre rodeada de sus hijos oprime su corazón. Si retirada en la soledad hace nuevos esfuerzos par sacar el dardo que la allige, aumenta inútilmente y ensancha la herida profunda, entregándola totalmente el silencio á sus tristes recuerdos. La virtud sola es su asilo, y ella es su enemiga: ella la obliga á amar el objeto adorado por quien sus-

pira, y la reprehende por haber saltado á su primer juramento.

Tales eran las tristes reflexiones de Zoraida en el instante en que los Zegries la acusaban á Boabdil. Ignorante de las amargas desdichas que le amenazaban, sola en el balcon de donde se descubria el Generalife, creia que Abenhamet habia tenido tiempo para ponerse en fuga, por lo que daba gracias al cielo; y sin poder apartar la vista de aquel rosal, testigo fiel de sus conversaciones inocentes, le dirigia estas palabras :

Rosal, Rosal ¿dó está el tiempo  
Que me oyó tu sombra amiga  
Jurar un amor eterno  
Al que el suyo me ofrecia ?

Quando en tí fixaba  
La risueña vista  
¡ Con que amor tus rosas  
Su prision cerrada abrian !

Hora, sin amparo  
Que harán ? afligidas

Del pagizo trono  
Para siempre caen marchitas

Quantas veces! ay! tu tronco  
Nos vió en amantes caricias  
Darle en cristalinas aguas  
Su frescor y hermosa vida!

Arbol infelice,  
Mi recreo un dia,  
Ya tu solo riego  
Seran las lágrimas mias.

Muerte son tus galas  
¡Fluguese á mi dicha  
Que, al caer, tus hojas  
Cubriesen mi tumba fria!

Al acabar estas palabras, oye á lo léjos ruido de gente; y ve llegar presurosa su esclava Ines, jóven cautiva Española, que la habia servido por mucho tiempo, confidente de sus penas, y la mas tierna amiga que tenia en su corte. La sangre corre por la Alhambra, le dice Ines con voz turbada: los Abencerrages acometen y reducen á cenizas el palacio: yo quise

llegar al parage en donde se da el combate , pero las guardias cercan vuestro aposento , y nadie puede entrar ni salir ¿ Que nuevas desdichas nos amenazan ? A lo ménos , perezca yo á vuestro lado.

El ruido crece , oyense las espadas de los guerreros , los gritos de los Abencerages y las voces de sus enemigos : la reyna pálida y yerta cae en los brazos de Ines , sin habla ni fuerzas , y solo puede llorar y estremecerse. Pasó la noche en este horror , y apenas los rayos del dia habian al parecer vuelto el sosiego , los satélites de Boabdil se presentan á Zoraida , con órden del rey para que se transfiriese al punto ante la asamblea del pueblo.

Turbada y llena de espanto , les pregunta la ocasion de aquel mensaje : pero los duros ministros guardan el silencio. La reyna obedece al punto , se apoya sobre su cara Ines , y escoltada por los soldados , marcha con trémulo paso hácia la plaza. Llega y pasa entre

el pueblo, enteruecido con su aspecto, busca al rey que al fin descubre entre los Zegries, alza el velo, y con voz tímida pregunta á su bárbaro esposo, qual es su delito.

Sabráslo, responde Boabdil con voz airada, y volviéndose al pueblo que atento le escucha: Musulmanes, les dice, en esta memorable noche, creísteis librar solo mi vida, quando habeis salvado el estado. Sabed los pérfidos designios de los alevosos Abencerrages, que acabais de echar fuera de vuestros muros. Un vil tratado con los Españoles les habia prometido mi cabeza. Vosotros mismos los habeis visto alacarme en el seno de mi palacio, y en habiéndome sacado el corazon, Granada debia ser pábulo de las llamas que ardian en sus manos.

La patria os debe su salud: vuestro rey os pide su honor. Abenhamet, el ingrato á quien mi bondad perdonó la vida, era el asesino escogido por sus  
compañeros.

compañeros. Mi esposa criminal era cómplice, y esta misma noche la encontraron con Abenhamet en el Generalife. El pudor no me dexa decir lo demas. Musulmanes, yo acuso á Zoraida delante de vosotros : vosotros vengaréis el ultrage cometido contra la religion, contra las leyes, contra vuestro monarca.

Zoraida emudece sorprendida y horrorizada. El confuso mormullo del pueblo indica que no la juzga culpada. Entónces se presentan Mofarix, Ali, Sahal, Moctader, quatro de los mas valientes Zegries, y declaran haber visto á la reyna entre los brazos de Abenhamet, baxo un rosal del Generalife : todos quatro lo juran, y desnudando los alfanges prometen mantenerlo. Zoraida los escucha, fixa en ellos la vista indignada, levanta los ojos al cielo, y cae sin conocimiento.

Llévanla al palacio, en donde su aposento le sirvió de cárcel. Nombráronse

al instante diez jueces , y el rey mando traer ante ellos la cabeza de Abenhamet, el puñal que le encontraron y el vestido de esclavo con que venia disfrazado , fuestos indicios , que , juntos con el ataque del palacio, la fuga de los Abencerrages , y el testimonio de los temibles Zegríes , persuaden ó intimidan. Ninguno se atreve á defender la causa de Zoraida, y la fugitiva piedad del pueblo se desvanece del mismo modo que nació. Las leyes, los testigos, las pruebas del crimen, fuerzan en fin á los jueces á pronunciar la horrible sentencia , desterrando para siempre de Granada la tribu de los Abencerrages , y condenando á la reyna á perecer entre las llamas, si dentro de tres dias no encuentra quienes triunfen de sus acusadores.

El palacio del Albayzin, que mi padre habitaba con su familia, está en la cima de una alta colina distante de la Alhambra. Nosotros fuimos los últimos que su-

pimos tantas desdichas. Almanzor , acusándose la muerte de Abenhamet , vuela al aposento de la reyna , y pide hablarle. Boabdil no se atrevió á negarlo á Almanzor. Muley-Hassem , Moraima y yo seguíamos á mi hermano , y llegamos al punto en que la disgraciada Zoraida oia la sentencia de los jueces y la muerte de Abenhamet.

No pretendo , señor , pintaros su lastimoso estado. Tendida sobre el mármol , los ojos desencaxados , los cabellos dispersos , el rostro desfigurado , lanzaba sordos gemidos , mal articuladas palabras , que nada tenían del humano acento : las manos y pies , todo el cuerpo , le agitaba un horrible temblor. La fiel Ines , anegada en llanto , sentada á su lado , sostenia sobre el seno su cabeza , regándola con sus lágrimas , procurando contener sus manos que las convulsiones le arrancaban continuamente. Corrimos á ella ; pero apenas nos reconoce. Sin responder

ni defenderse de nuestros halagos, se dexa llevar sobre una alfombra, en donde, cercándola todos, la sosteníamos en nuestros brazos. El venerable Muley pone sobre sus blancas canas el rostro de Zoraida, y Almanzor, juntas las manos, la contempla inmóvil y pensativo.

Pasó el dia sin que pudiese entender nuestras palabras, y su esclava nos pidió que la dexásemos reposar. Mi hermano, resuelto á cumplir el generoso intento que habia meditado, sale á buscar en el patio fatal de los Leones, los despojos sangrientos de Abenhamet, y en un valle distante de la ciudad les tributa sus últimos deberes, y oculta en un bosque espeso el sepulcro del desgraciado amante.

Miéntas que cumple estos oficios tristes, Muley-Hassem vuelve con Moraima á su palacio, y no obstante las instancias de Ines me quedé á asistir á Zoraida sin desemparrarla un punto. Ines entónces echándose á mis pies, manifestando en su

rostro el regocijo, me dice : vos que tomáis tanto interes en la desgraciada suerte de mi señora, vos que me ayudaríais sin dula, si pudiese salvar su vida, juradme, por todo lo que sea mas caro á vuestro corazon, que no descubriréis el secreto que voy á confiaros.

Levántola y prometo eterno silencio. Entónces toma mi mano, y juntándola con la de la reyna, las aprieta ámbas contra su corazon y nos dice : oidme, y oxalá aprobeis lo que el cielo me dicta ! Dos dias quedan á Zoraida para encontrar quatro guerreros que la defiendan. Sus detestables acusadores, siendo el terror de Granada y los privados del rey, ningun Moro se atreverá á oponérseles : los mas valientes temerán la cólera de Boabdil y el poder de sus adversarios : Zoraida perecerá, si esperamos su defensa de los Granadinos. Yo soy Española y christiana ; conozco los caballeros de mi nacion, y sobre todo conozco á Gonzalo,

á cuyo nombre tiemblan vuestros exércitos, en quien las virtudes y la humanidad exceden con mucho al valor. La reyna ha de escribir á Gonzalo, tomando al cielo por testigo de la justicia de su causa, y poniéndola entre sus manos. Gonzalo llegará al momento: solo ó acompañado de otros héroes le veréis triunfar, y dar á mi señora la vida y el honor que quieren arrebatarle.

Esto dixo la amable Ines: Zoraida la escucha apénas: Dexadme morir, responde, yo deseo y pido la muerte; yo soy la causa de la muerte del hombre mas tierno y virtuoso: Abenhamet feneció por mí; yo deseo, yo quiero seguirle, yo debo..... Debeis salvar vuestra gloria, responde la jóven cautiva, debeis baxar al sepulcro pura y honrada como habeis vivido. ¿ Quereis que vuestra memoria quede manchada de la sospecha de un delito? ¿ Quereis que acompañe la ignominia vuestros últimos momentos, y el

nombre horrible del adulterio empafie la lápida de vuestro sepulcro? Hija de Ibrahim, vuestra es la vida; pero el honor es de Dios, y debéis dar cuenta de él á los hombres. Reconozcan vuestra inocencia, públicamente, respetenla, y luego morid si quereis.

Admirada de estas palabras, pronunciadas con tono fuerte, la reyna abraza á su cautiva, y se entrega á sus consejos. El temor del deshonor le vuelve las fuerzas perdidas. Examinamos juntas el osado proyecto de Ines, y pesamos sus dificultades. La guerra estaba declarada: Isabel y Fernando se acercaban para sitiarnos: Gonzalo no podia llegar á nuestros muros, sin exponerse á sumo riesgo: su brazo terrible quiza no era suficiente contra quatro esforzados Zegríes: el temor de disgustar á sus reyes detendria á los Castellanos, sin poder encontrar otros tres compañeros que necesitaba. A pesar de estas tristes reflexiones y de la poca

esperanza del socorro, la reyna aprueba el intento, y aprovechando los instantes preciosos escribe á Gonzalo estas palabras :

« Vos sois enemigo de los Moros : yo  
 » soy su desgraciada reyna, y vengo á  
 » implorar vuestro amparo. Hállome con-  
 » denada á muerte, y pongo por testigo  
 » al Dios que adoro y el que vos ado-  
 » ráis, que jamas tuve culpa alguna. Den-  
 » tró de dos dias espiraré entre las Ha-  
 » mas Mi suerte no puede evitarse, sino  
 » venciendo quatro guerreros los má-  
 » valientes de los Zegües. Yo he esco-  
 » gido á Gonzalo por defensor mio. Si  
 » este héroe se niega, por la primera  
 » vez, á socorrer la inocencia, creeré  
 » que el cielo quiere mi muerte, y la  
 » sufriré sin quejarme. = Zoraida, rey-  
 » na de Granada ».

Cerrada la carta, busco un cautivo Español que el oto puso en libertad, pidiéndole solamente, en prueba de su

reconocimiento, el entregarla á Gonzalo, aumentando su zelo, confiándole la importancia del mensaje, é instruyéndole en lo que ha de decir para mover al Castellano. Aquella misma noche le llevé hasta las puertas de la ciudad, en donde ya le esperaba un caballo, sin dexarle hasta haberle visto tomar el camino del campo de los christianos.

Vuelvo entónces mas tranquila, aunque siempre con sobresalto, y doy cuenta á la reyna de lo que habia hecho. Llorosa me abraza, su esclava la consuela, prodigándole tiernas caricias, la anima, exâminando el tiempo que necesita el correo, el que gastará en venir Gonzalo, y segura de que no hay obstáculo que detenga á aquel héroe, nos anuncia, y nos afirma que le veremos en Granada al principio del tercer dia.

El cautivo, fiel á su palabra, llega al campo al despuntar la aurora, y pregunta en alta voz por Gonzalo; pero ¿ qual fué-

su dolor al oír que Gonzalo habia partido de allí? Gonzalo nombrado embaxador de Fez, surcaba los mares de Africa. El Español derrama copioso llanto, quejandose al cielo de su suerte. Un soldado movido de su dolor, le exhorta á ver al compañero del héroe, al valiente y generoso Lara. Al punto corre á su tienda, le habla en secreto, le confía lo que habia de decir á Gonzalo, y le entrega la carta que traia.

Lara la abre y al leerla, su rostro se anima, sus mejillas se encienden, se inflaman sus ojos : Amigo, dice al cautivo, vuelve al instante á la reyna ; dile que Gonzalo está ausente , pero que dexó aquí otro Gonzalo. Mañana me verá Granada con tres de mis compañeros. Gonzalo dexa siempre á mi cargo todo el bien que él no puede hacer, y si su corazón conociera la envidia, sola sería quando yo voy en su lugar á defender á los oprimidos.

Al oír esto, Gonzalo conmovido no puede reprimir su admiración. La amistad recoge las lágrimas que caen de sus mejillas: Gonzalo pide perdón á la princesa, y Zulema perdona fácilmente todo lo que prueba que el heroe es sensible.

El cautivo, prosigue diciendo, vino á traer la respuesta de Lara. Vuestros acusadores están vencidos, exclamó Ines: Lara, igual á Gonzalo, Lara sería su rival en la gloria, si no fuera su mas fino amigo. Mañana, mañana se descubrirá vuestra inocencia, y obtendrá justa venganza la sangre de los Abencerrages.

La alegría saca de sí á la cautiva: besa las manos de la reyna, nos cuenta todas las hazañas de Lara, y todos los hechos de armas, que ilustraron á los caballeros de su nacion. La esperanza, que arde en su corazón, se comunica á Zoraida: su llanto cesa, y su alma goza de un instante de reposo, brillando en sus ojos una alegría débil y fugitiva.

La mañana siguiente estaba señalada para el combate. La ciudad entera lloraba á Zoraida; pero ninguno se atrevia á defenderla. Desde la partida de los Abencerrages, no tenian apoyo los infelices. Almanzor vino ántes de rayar la aurora : reyna de Granada, dice, el dia fatal ha llegado. Ni mi diligencia, ni mi zelo, os ha encontrado defensores : me avergüenzo por mi patria, pero no por eso dexaré de hacer lo que debo. Yo solo pelearé contra los quatro Zegüies : yo solo basto para salvaros, si, como mi corazon lo cree, el Dios del cielo protege la inocencia. Venid, reyna, declarad que poneis en mis manos vuestra causa; y tú, hermana, si yo perezco, á tí te encargo á Moraima y á Muley-Hassem.

Al oír estas palabras, pronunciadas con el sosiego de un alma grande que cree cumplir un simple deber, Zoraida toma las manos de mi hermano, y con repetidos sollozos le dice : generoso Alman-

zor, siempre esperé de vos estas nobles demostraciones de heroísmo y de bondad ; pero sería digna de mi suerte , si por salvar mis tristes dias expusiera los del apoyo de Granada, del hijo único de Muley-Hassem, del tierno esposo de Moraima, del héroe cuyas virtudes desarmarían al Ser Eterno, pronto á castigar esta iniqua ciudad. No, señor, no, yo debía buscar unos defensores que, después de la victoria, pudieran despreciar la venganza de Boabdil. Estos los encontré, y pronto llegarán. Solo os pido, os conjuro por la suma sensibilidad, que habeis mostrado en mis males, por aquel amor de la justicia, norma eterna de vuestras acciones, que veáis con vuestros amigos, con los míos, si todavía me queda alguno, en la seguridad de mis defensores, para que no tengan que temer dolo alguno, y que la lealtad presida el combate. Perdonad, señor, estas sospechas: Zoraida puede justamente recelar de los Zegries.

Alanzor maravillado me mira, y respeta el secreto de la reyna : prométele guardar el palenque y ser él mismo el juez del campo, y va á prepararse al instante.

En tanto Zoraida ve acercarse la hora, se recoge algunos instantes, y puesta de rodillas ante el Ser Eterno, le dirige una fervorosa súplica, le implora en favor de sus defensores, disponiéndose á parecer en su presencia, si así es sus voluntad. Levántase con semblante tranquilo, me da gracias por el consuelo que de mí habia recibido, me habla de su reconocimiento, y pide al Todo-poderoso me haga mas feliz que ella ha vivido.

Mientras yo enxugaba mis lágrimas, ella vuelta á su cautiva, le presenta un cofrecillo en donde estaban sus joyas: cara mia, le dice, recibe, delante de Zulema, la libertad y estos tristes presentes, vestigios únicos de mi fatal grandeza: acéptalos, fiel Ines, como la última prueba

de mi ternura , y el único beneficio que puede hacerte tu reyna. Si el cielo ha resuelto mi muerte , ellos traerán á tu memoria Zoraida; en tu patria te facilitarán un retiro pacífico, en donde alguna vez pensarás en mí. Sobre todo modera el dolor. El único poder que conservo sobre tí, es para mandarte que vivas; para pedirte que te acuerdes que solo á tu tierno zelo , á tu fina amistad , debí los únicos momentos dulces que pasé.

Al acabar estas palabras la abraza: Ines se echa á sus pies, estrecha sus rodillas, e inunda en llanto á su señora. Yo reprimí mis sollozos y las separo , dando fin á una escena tan tierna, capaz de agotar las fuerzas que tanto necesitábamos. Zoraida penetra mi pensamiento, le aprueba con sus miradas, dexa los brazos de Ines que la sigue afligida, y entra á ponerse un vestido de luto. Un espeso velo oculta su rostro, y un manto negro la cubre hasta los pies. La cautiva y yo, resueltas á

acompañarla, nos ponemos igualmente el lúgubre vestido, y esperamos en silencio que vengan á buscarnos las guardias.

Llegan en fin, precedidas de los jueces. La reyna los recibe con respeto, sin afectar una tranquilidad que podia parecer orgullo, ni mostrar el abatimiento que solo conviene á los delinquentes. Síguelos y sube en el carro; yo me coloco á su lado. Ines se pone á sus pies. Seis caballos, cubiertos de fúnebres velos, nos conducen lentamente á la plaza, llena de un gentío inmenso. En ella estaba preparado un gran palenque circundado de barreras: cerca estaba el cadalso cubierto de negro: mas allá se veia una hoguera. A su vista, la reyna trémula cayera desfallecida en mis brazos; pero Ines la sostiene, y recogiendo todas sus fuerzas, llega en fin al cadalso, siéntase sobre los lúgubres asientos que estaban preparados, estrechando mis manos entre las suyas, suplicándome con voz baxa que

no la abandonase. Las lágrimas ahogaban mi voz, sin dexarme responderle.

Los jueces leen la sentencia, los gemidos del pueblo se escuchan al oírlos, y al son de las trompetas aparecen el terrible Ali, Mofarix, Sabal, Moctader, montados sobre soberbios caballos, vestidos de resplandecientes armas, atravesando la multitud, mirándola con ojos feroces, pero al llegar delante de la reyna, apartan ó baxan la vista. Zoraida los mira y se acerca mas á mi. Los Zegriés entran en el palenque, mi hermano sale entónces cubierto de una coraza brillante, acompañado de una tropa de Alabeces armados, cierra la barrera, y le proclaman guarda del campo.

Los ímanes, el pueblo, los jueces, conservan profundo silencio. Inmóviles todos en sus lugares, puestos los ojos en Zoraida, en los Zegriés, en la hoguera, esperan impacientes los defensores de la que excita la compasion universal,

y la dexan parecer. La reyna cuenta los instantes, vuelve la vista hácia la puerta de España, y no viendo venir á ninguno, mira á Ines y suspira. Ines pálida, atenta, acongojada, teme ya que algun desgraciado accidente haya detenido al valeroso Lara. El tiempo vuela, el relox suena, y cada vez que se oye, se levantan los jueces, van á los quatro lados de la plaza, preguntando, en voz alta, por los defensores de la reyna, volviendo á sentarse en medio del lúgubre silencio. Cinco veces repitieron su demanda, y cinco quedó sin respuesta. Almanzor me mira lleno de horror, va, vuelve, marcha, se inquieta, manda traer su caballo, pide su lanza: tres veces va abrirse la barrera á sí propio, tres veces se detiene, escucha, y me muestra con los ojos el sol cercano al horizonte.

Las cinco habian ya dado, quando al extremo de la plaza, opuesto á la puerta de España, se oye ruido de caballos

que excita los clamores del pueblo. Abre el paso la multitud, y entran quatro guerreros, puestos á la turca, con vestidos y armas de Asia, montados sobre ligeros caballos. El uno entraba apénas en la adolescencia, los otros dos estaban en la flor de su edad, y el último mostrando en su blanca barba sus largos años, sostenía un fuerte escudo, que manejaba sin pesarle. Páranse delante de Zoraída, saludánla respetuosamente, y aquel que parecia el xefe se echa con ligereza al suelo, y pide á los jueces, en lengua turca, licencia para hablar á la reyna. Almanzor le observa atentamente, y le dice se explique en arábigo. El guerrero lo executa, y mi hermano, de órden de los jueces, le conduce al cadalso, en donde el extranjero, arrodillado delante de Zoraída, alza la voz y dice :

Reyna, nosotros somos vasallos del invicto monarca que rige dentro de los muros de Stambol, que íbamos á Tu-

nez á llevar las órdenes de Su Alteza. Una tempestad nos arrojó sobre estas costas, en donde la fama nos ha instruido de que vas á padecer horrible muerte; víctima de la calumnia. Acepta el socorro que te envía el cielo: dignate de confiaros tu causa; que toda nuestra sangre, derramada por tí, hará ver tal vez á Granada, que los Asiáticos saben vencer ó morir por defender la virtud.

En diciendo esto, el aplauso general se escucha, y el guerrero de Oriente se inclina hasta la tierra, cruza los brazos sobre el pecho, y dexa caer á los pies de la reyna la carta que escribió á Gonzalo. Ines toma el papel, le reconoce al punto; y sin poder casi reprimir su alegría, dice con voz baxa: este es Lara, estos son nuestros amigos. Lara la oye, da una mirada, y acaba así de convencer á la reyna, la que disimulando el contento le dice: yo os acepto, y os miro como enviados del mismo Dios, y

pido á él que espere al instante , si vais á defender un delinquente.

El guerrero se alza , mi hermano le guia , y manda abrir la barrera. El turco , montado sobre su caballo , blandiendo la lanza terrible , y seguido de sus tres compañeros , entra en el palenque y vuélvele á cerrar Almanzor.

Los quatro valientes caballeros eran el invicto Lara , el jóven Fernan Cortes , digno discípulo de Gonzalo , el animoso Aguilar , pariente de este héroe , y el venerable Tellez , gran maestro de Calatrava. Lara los habia elegido para asociarlos á su noble empresa , y temerosos todos de que Fernando se opusiese á sus intentos , habian salido del ejército en secreto. El parecer de Tellez les hizo disfrazarse en Turcos , habiendo de ir á una ciudad enemiga , en que el derecho de la guerra podia hacerlos prisioneros. El tiempo necesario para estos preparativos , el rodeo que habian to-

mado para llegar por el lado de Murcia ,  
habian causado su retardo.

Los ocho guerreros están ya en el  
palenque, midiéndose con los ojos, exâ-  
minándose algunos instantes para elegir  
sus adversarios. Lara se pone delante de  
Alí , el mas formidable á su parecer ; el  
anciano Tellez delante de Mofarix , autor  
de la abominable calumnia ; Aguilar se  
encara con Sahal , y Cortes con Moc-  
tader. Dase la señal, los ocho comba-  
tientes se avanzan.

En el primer choque, ninguno cae por  
tierra ; pero el caballo de Cortes recibe  
una herida mortal, y conociendo su des-  
fallecimiento se echa prontamente al sue-  
lo, cubrese con el escudo, y espera con  
la espada en la mano á su enemigo, que  
aprovechándose del acaso, vuelve para  
atropellarle. Cortes se retira con ligereza,  
y envaina la espada en el vientre del  
caballo. Moctader cae, va á levantarse,  
y ya está herido, aumentando su furor

la sangre que derrama. El jóven español, ménos robusto que el moro, procura evitar los golpes, se retira, huye al parecer para que Moctader persiguiéndole se fatigue, pierda el vigor, y le entregue al fin la victoria.

En este tiempo, el valeroso Aguilar habio hendido la cabeza de Sahal. Con ánimo sereno, cerca de su víctima, tiende la vista hácia sus compañeros, y ve al venerable Tellez, debilitado con dos heridas profundas, acosado de Mofarix, que levanta el sable para herirle. Aguilar despide un grito terrible: Mofarix vuelve la cara, Tellez se aprovecha de este movimiento, hiere á Mofarix por debaxo del brazo. El Zegrí cae, el anciano se arroja sobre él, le vuelve á herir, le desarma, dexándole de proposito algunos instantes de vida. En este punto, Cortes perseguido se para delante de Moctader, le presenta el filo de la espada, y le pasa la punta por las entrañas, cerrando sus ojos eterno sueño.

Pero el formidable Ali sostenia un combate mas igual contra el magnánimo Lara. A los primeros golpes, habian volado por el ayre los cascos y los petos. Las heridas les inflaman la cólera, y no pudiendo desde sus ligeros caballos, descargar sus golpes tan cerca como quisieran, se echan al suelo á un mismo tiempo, y se atacan mas enfurecidos. La victoria estaba dudosa todavia, el pueblo guardaba profundo silencio, Zoraida, Ines y yo, los contemplábamox pavorosas, quando Ali, turbado á la vista de sus compañeros inmolados, sintió debilitarse su valor. Lara cobra nuevo ardor, é indignado de ser el último en triunfar, para con el sable los tajos que amenazan su cabeza, saca con la mano izquierda el puñal, se arroja á su enemigo, le aprieta entre sus fornidos brazos, le mete dos veces el acero en el pecho, y le arroja sobre el polvo.

El pueblo prorampe en alegres aclamaciones,

maciones, y la reyna se desvanece en nuestros brazos. Miétras nosotros procuramos volverla á la vida, Almanzor corre, abraza á los vencedores, y les ofrece su palacio para descansar. Principe, le dice el anciano Tellez, mostrándole á Mofarix cerca de espirar; haced llevar ese zegrí delante de los jueces, que quizas tocado del arrepentimiento confesará su delito, dando honor á la verdad. Mofarix lo oye, abre los ojos, los jueces se acercan, y dice: yo he merecido mi suerte; Zoraida estaba inocente, Abenhamet solo pretendia morir á sus pies. Su conversacion lanesta no fué criminal; el Dios del ciclo me perdone, y los Zegríes, aprovechándose de este exemplo terrible... No acabó, y la dura parca le archata. Los jueces publican su última confesion.

Los quatro vencedores se disponen para volverse, y sin embargo de sus leídas no obstante los ruegos de Al-

manzor, saludan á la reyna, cuyas lágrimas manifiestan su reconocimiento, y cubiertos de sangre y de gloria, admirados y bendecidos por el pueblo, se encaminan por donde viniéron, acompañándolos Almanzor y los Alabeces hasta las puertas. Allí los dexan los quatro españoles, y marchan á la espesa selva, en donde los esperaba la gente de su séquito.

Boabdil, sabedor del suceso y de la tarda confesion del zegí viene á la plaza, y sube al cadalso. Zoraida le descubre, se estremece, aparta la vista y cae en nuestros brazos. Boabdil arrodillado delante de ella, implora el perdón de tantos ultrages, jurando repararlos con eterno respeto, y le suplica que venga á la Alhambra á reynar sobre su pueblo y sobre él mismo.

Al oír esto, la indignacion vuelve á Zoraida las fuerzas. ¿ Que osas proponer ? le dice : Dios y este pueblo son

testigos de que me has entregado á la ignominia, de que me has condenado á muerte. El cielo descubrió mi inocencia; la ignominia ya no la temo, pero si he de vivir baxo tu poder, si he de volver á las manos de un verdugo, pronta estoy, que enciendan esa hoguera: yo renuncio el triste beneficio, debido á esos extranjeros. Granadinos, entregadme á las llamas, ó libradme de este tirano.

Dixo, y óyense en todas partes los clamores, gritando que la reyna está libre que los lazos del himeneo se rompieron. Los jueces y los ancianos se acercan, y declaran á Boabdil que Zoraida libertada del suplicio, murió para su esposo. El monstruo guarda el silencio, sin atreverse á irritar á sus vasallos, temiendo ofender las leyes que tantas veces habian ocultado sus delitos. Forzado por la primera vez á refrenar su cólera, va á ocultar en la Alhambra su

despecho, sin poder desvanecer los remordimientos.

Zoraida lo conoce y quiere al instante salir de Granada. Almanzor le ofrece su carro, y con los Alabeces la acompaña hasta Cártama, en cuya ciudad se habian refugiado los desgraciados compañeros de Abenhamet. En habiéndola puesto entre sus manos, vuelve Almanzor y nos avisa que, á dos millas de nuestras murallas, se hallaban los Españoles.

El comun peligro apagó los odios. Los Alabeces y Almoradíes, olvidando sus resentimientos, se reunen á los Zegries, y todas las tribus reconciliadas van á jurar á Boabdil de morir por la patria. Mi hermano, nombrado General, prepara la defensa mas terrible, el venerable Muley, pensando solo en salvar el imperio, abraza las rodillas de su hijo, y le suplica que repare la injusticia hecha á los Abenerrages, llamándolos á nuestros muros.

El temor obligó á Boabdil á consentirlo, nombrando los embaxadores que habian de llevar á la tribu valiente las disculpas y los presentes del rey, convidándoles á volver á tomar posesion de sus bienes, sus empleos y sus dignidades. Mi padre se encargó en persona de ser el xefe de los enviados. Parte, llega á Cártama, junta la noble familia que, á su vista, manifiesta la alegría y el amor. Muley se humilla por Boabdil hasta los ruegos mas sumisos, se lastima de la triste suerte de los reyes, rodeados de engañosos aduladores, disculpa la corta edad de su hijo, les habla del riesgo en que se ve la religion, las leyes, la patria, y emplea en favor de un ingrato aquella eloquencia del alma, único arte que sea licito á la virtud.

En acabando su discurso, Zeir, nuevo capitán de los Abencerrages, recoge los votos de sus compañeros, y se encarga de responder en nombre de todos. Rey

de Granada, le dice, pues nosotros solo á tí reconocemos por rey, en este punto acabas de recibir la prueba mas patente de respeto, la mas difícil á nuestros corazones; todos te hemos escuchado hasta el fin, óyenos ahora á nosotros. Todos estamos prontos á morir por la religion y por tí; pero si hubiera un Abencerrage tan indigno, tan vil, que perdese á Boabdil, le inmolaríamos al momento Boabdil... Gran Dios! su nombre solo excita nuestro furor. Muley no vuelvas á pronunciarle, y procura no recordarnos que tú fuiste tan desgraciado, que diste el ser á ese monstruo.

Pero los tiranos pasan, y la patria queda. La patria está en peligro, todos pereceremos por defenderla. Cártama es nuestra, nosotros sabremos conservar esta plaza inexpugnable; en ella viviremos independientes, y muchas veces saldremos para ir á pelear debaxo de vuestros muros y derramar nuestra sangre en

defensa de nuestros asesinos. No podáis mas, Muley; jamás los Abencerrages entrarán en Granada, mientras Boabdil infecte el ayre que allí se respira.

Así habló Zeir : sus compañeros le aplauden, apartando, llenos de horror, los presentes que les traían, y mandan á los embaxadores que salgan al punto de la ciudad. Muley resiste á las tiernas instancias con que quieren detenerle, y vuelve á dar al rey la respuesta de la soberbia tribu. Yo pregunto por Zoraida, pero ya no estaba en Cártama, y acompañada de Ines habia desaparecido. La inquietud fatigó mi corazon, y las lágrimas corriéron de mis ojos. Mas ay ! ¡ quan pronto debia yo llorar mis desdichas !

Boabdil habia enviado por toda el Africa á solicitar el socorro. Las tribus errantes de los Bereberes, pueblos pastores del pie del Atlas, enviáron seis mil hombres de á caballo, capitaneados

por el jóven Ismael y su esposa Zora, amantes felices y amables, cuyas costumbres dulces y puras, cuya union tierna debería servir de exemplo á todos los mortales. Acompañábalos el príncipe Alamar, famoso en Etiopia por su valor y fortaleza, el qual acudió con diez mil negros á defender nuestros muros. Boabdil le recibió como á su Dios tutelar, prodigándole caricias y promesas, y la conformidad de los genios los unió muy pronto con estrecha amistad.

Yo tuve la desgracia de agradar al feroz Alamar. Incapaz de aquel respeto tierno, de aquella tímida delicadeza, que hacen contagioso el amor, el temerario Africano osó declararme sus deseos. Alamar no nació para que le perdonasen tanta audacia: los ojos ardientes y feroces, su agigantada estatura, el negro rostro, solo podían inspirar el horror. Me estremezco al oírle, y su valor sanguinario despreciando el cielo y los hombres, habia

excitado en mi alma una aversion insuperable. Respondile con la fiereza que convenia á mi nacimiento, y sobre todo á mis sentimientos, procurando no ofender al aliado de mi patria, el temible amigo de Boabdil.

Por este tiempo la reyna Isabel, despues de haber reunido su exército al de Fernando, sentó su campo delante de nuestros muros, anunciándonos que habia resuelto percer ó tomar á Granada. La respuesta de Boabdil fué enviar el príncipe Africano á atacar el campo español. Alamar llevó el terror hasta la tienda de la reyna, venció quantos guerreros se le opusieron, hizo una matanza horrible de christianos, y volvió glorioso pidiendo á Boabdil mi mano en premio de su victoria. Boabdil se la concede gustoso, y trae él mismo al Africano al palacio de mi padre, declara al infeliz Muley que ha prometido su hija, diciéndome que al dia siguiente seré esposa de Alamar.

Mi padre no tenia autoridad para defenderme : Almanzor se hallaba en las Alpujarras juntando tropas. Sin mas apoyo ni mas auxilio que mis lágrimas , inútiles con mis tiranos , mi única esperanza era mi valor , y la desesperacion me dictó lo que habia de hacer.

Busco á la jóven Zora , aquella valiente amazona , venida con los Bereberes á defender nuestra patria. Desde los primeros dias , sentia al verla aquella inclinacion involuntaria que nos inspira la virtud. Zora conocia y se lastimaba de mis desdichas : ella aborrecia á Almanzor. Confiome á su zelo , pidiéndole su socorro , y la piadosa estrangera dispuso mi fuga , mandó que me acompañasen treinta de sus valerosos Numidas , les tomó juramento de defenderme , de morir ántes de abandonarme , y fiada en su fidelidad , me abrió , en el silencio y obscuridad , la puerta que custodiaba. Salgo de Granada , rodeada de mi escolta , sin

saber todavía à donde guiaría mis pasos. La ciudad de los Abencerrages era el asilo mas seguro; pero su xefe Zeir y dos de sus hermanos suspiraban por mí, y yo no queria confiar mi vida à mis amantes, aun siendo virtuosos. El palacio solitario de Málaga, que mi padre Muley-Hassem me habia dado en otro tiempo, me pareció que podría ocultar mis dias à las pesquisas de Alamar, y desde allí instruir à mi hermano de la violencia que se hacia à mi voluntad. Tomo<sup>4</sup> pues este camino, andando solo de noche, de miedo de ser sorprendida, rogando al cielo que me librase de caer en manos de mi enemigo.

Mis ruegos fuéron vanos; pues apenas habia llegado à las orillas del mar, quando me ví cercada del esquadron de Alamar. Los valerosos Bereberes se oponen y me defienden; pero el número los vence, los asesina ó los carga de cadenas. El capitán de los horribles negros

me lleva desmayada á una nave, que le esperaba no léjos de la orilla , y me anuncia que su señor, queriendo asegurar su esposa, mandaba me llevasen á sus estados.

Mis desdichas habian llegado al colmo, y solo la muerte podia librarme de la suerte infeliz que me aguardaba. Yo quise buscarla en las olas, durante la tempestad, pero los soldados me atáron al mastil de la nave. Lo demas ya lo sabeis: vuestro valor sobre humano me salvó de aquellos bárbaros, pero mi desgracia nos ha traído á los estados de Boabdil. Los peligros que me amenazan me estremecen; sin embargo no sé que secreto consuelo siento dentro de mí, quando pienso que vos me defendeis.

Así acabó la hermosa Zulema, y Gonzalo, gozoso de haberla oido, apenas puede contener su alegría. Agitado de pensamientos varios, entrega su alma á la esperanza, á la tristeza y al temor, y Zulema le dexa enagenado en sus sentimientos.

FIN DEL LIBRO IV.º

SUMARIO



SUMARIO DEL LIBRO V.º

---

**I**MPRESION que hace en Gonzalo la narracion de Zulema. Situacion de los dos amantes. Las heridas detienen á Gonzalo. Continúase el sitio de Granada. Preparativos de Fernando. Fiestas que da Isabel al ejército. Sueño y terror de Moraima. Vigilancia de Alamar. Almanzor parte con Alamar para sorprehender á los christianos durante la noche. Ataque é incendio del campo de Isabel. Hazañas de Alamar y Almanzor. Muerte del principe de Portugal, y desolacion de su esposa. Almanzor no quiere entrar en Granada, y planta su campo enfrente de los christianos. Pavor de los Españoles. Discurso religioso de Isabel para animar las tropas.

---

---

## LIBRO QUINTO.

---

**T**ERNOS corazones que sabeis amar, vosotros no habeis olvidado aquel dia, en que el objeto de vuestra ternura os hizo palpitar por la primera vez. El placer dulce, el sentimiento delicioso que os poseia, le turbaba el temor de que un rival mas dichoso se hubiese anticipado, y que otros lazos encadenasen á la que pretendiais agradar. Tan hermosa, tan llena de virtudes, os parecia que mortal ninguno la viera sin inflamarse su corazon. Antes de osar decirle lo que vuestra turbacion habia ya publicado, quantos eran vuestros esfuerzos para descubrir, llenos de susto, su interior! Una palabra os atemorizaba; una mirada os traia pensamientos; y luego que, con repetidos rodeos y discursos vagos, descubristeis que su alma libre y pacifica no conocia dueño ninguno, y que podiais aspirar á la dicha, á la felicidad suprema de gozar del primer amor... ah! tierno amante, recuerda lo

que entónces sentiste , y consagra los días que te quedan á gozar de tan dulce instante.

Gonzalo gozaba de esta felicidad. La princesa mora hablando de la aversion que tenia al feroz Alamar , refiriéndole la historia de su vida , le habia manifestado no haber conocido el amor. Gonzalo abre su pecho á la esperanza , y poseído continuamente de sus discursos , los tiene siempre en la memoria ; y en el silencio de la noche , ve y escucha á Zulema. La imágen del Africano , que osaba aspirar á su afecto , irritaba su furor , y le encendia en deseos de hallarse delante de Granada , de ver , de encontrar aquel famoso guerrero , de vencerle y castigar su audacia criminal. Su corazon se admiraba de conocer el odio ; y la cólera contra Alamar le movia á desear el dexar prontamente el objeto de su cariño.

Otros pensamientos mas dulces , aunque igualmente tiernos , agitaban á la jóven princesa. Cierta del amor de aquel extran-

gero, sin haber osado desearle, resuelta á consagrarle su vida, sin confesar que le amaba, forma el designio de volver con él á la casa de su padre, creyendo que á su lado nada tenia que temer. Muley, Almanzor, Boabdil, el mismo Alamar, todo el pueblo moro, respetaria ó temeria aquel héroe: su valor podia libertar á Granada, y la hija de Muley-Hassem era la única recompensa digna de tantas virtudes. Tales eran las chimeras que alimentaban á Zulema; pero como las heridas de Gonzalo le habian de detener mucho tiempo, la princesa envía secretamente un esclavo para advertir á Muley-Hassem del lugar que habita; y mientras vuelve el mensajero fiel, emplea todos sus momentos en cuidar de su libertador, atenta siempre á los progresos de la cura, siempre á su lado, llenando de dulzura, con sus discursos, la soledad grata á ámbos.

Mientras corre el tiempo necesario para recuperarse Gonzalo de sus perdidas fuerzas, el ejército español delante de Gra-

nada se queja de la ausencia de su héroe , y humillado con las hazañas de Alamar , arde por vengarse. Los jóvenes guerreros , Guzman , Cortes , el príncipe de Portugal , los soldados , los capitanes piden á voces el asalto ; pero Fernando no está todavía dispuesto , y se opone á sus deseos. Granada rodeada de mil torres , demasiado espaciosa para el bloqueo , comunica por la parte del Oriente con las Alpujarras , en cuyas montañas encuentra víveres y soldados. Cártama por el medio día , edificada sobre inaccesibles rocas , guardada por los Abencerrages , inquieta á los Españoles. El pueblo inmenso y belicoso , los aliados numerosos y valientes , defienden la ciudad , y el ánimo fogoso de Alamar , el tranquilo valor de Almanzor , preparan la resistencia de que solo el tiempo puede triunfar.

El rey de Aragon , instruido por su padre en sus largas guerras contra los Franceses , envía destacamentos á las Al-

pujarras para sorprehender ó interceptar los socorros, cortando toda comunicacion, para que el hambre pelee por él. Su penetracion se extiende mas allá de estos límites, é instruido en el arte terrible que pone el rayo en las manos del hombre, y hace inútiles la fortaleza y la astucia, Fernando abre estrechos subterráneos hasta los muros de Granada, en donde el salitre y azufre inflamados, hagan volar por el ayre las fuertes torres, abriendo á los sitiadores ancha y fácil entrada. Impléanse todos los preparativos, todas las máquinas que inventó la guerra; pero para asegurar el instante, es fuerza suspender la execucion. Aguilar alaba su prudencia, el anciano Tellez aprueba su lentitud, y el intrépido Lara da á entender, con su silencio, que no se puede vencer sin su amigo.

En esta larga inaccion, capaz de desalentar al ejército, Isabel procura, con juegos guerreros, distraer la ardiente juventud. La gran reyna conoce quanto aumenta el valor del Español la presencia

del objeto amado, y sabiendo que en su nacion, el amor, el ardiente amor, es el mas fuerte incentivo de la gloria, quiso que la siguiesen las damas de su corte, viéndose en su campo las mas hermosas castellanas. Blanca de Medina-Celi, Leonor de la Cerda, Serafina de Mendoza, Leocadia de Fernan-Nuñez, y otras muchas bellezas, ídolo cada una de un héroe, rodean á la reyna, compitiendo unas con otras en gracia y hermosura; pero entre todas sobresale la princesa de Portugal, hija de Isabel, gloriosa de su nombre, digna de él por sus amables prendas, y aun mas por sus virtudes. Adorada del dichoso Alfonso que acaba de recibir su fe, la tierna princesa solo piensa en reprimir el valor imprudente de su esposo. Zeloso de la fama de Almanzor, honor y columna de Granada, Alfonso manifiesta sus deseos de medirse con él. Su esposa atemorizada no osa disuadirle, pero un fatal presentimiento arranca en secreto sus lágrimas, causándole espanto el nombre solo de Almanzor.

En medio del campo hay un espacioso circo, rodeado de innumerables gradas, en donde la augusta reina, diestra en el arte dulce de ganar los corazones de su pueblo facilitándole sus placeres, convida á sus guerreros al espectáculo mas grato á los Españoles. Allí la juventud, deponiendo sus corazas, con un sencillo vestido de seda y una lanza en la mano, sobre veloces caballos, viene á atacar y vencer á los toros salvages. Otros á pie, en una mano un velo carmesí, en la otra una aguda flecha, esperan el feroz animal. Los reyes, rodeados de su corte, presiden á los juegos, y el ejército entero ocupa el anfiteatro, mostrando con alegres voces y aclamaciones repetidas, su amor excesivo á estos antiguos combates.

Las trompetas suenan, la barrera se abre, el toro sale precipitado, y al ruido de los instrumentos, á los gritos, á la vista de los espectadores, se para inquieto y turbado, mirando hácia todas partes, mostrando la sorpresa y el furor que le domi-

nan : acomete á un caballo, y el caballero le hiere, huyendo veloz al otro lado; el toro irritado le sigue, escarba la tierra con ámbas manos, y arremete al velo púrpuro que le presenta un luchador á pie, pero el diestro joven, huye el cuerpo, enreda entre sus astas el velo ligero, y lo clava una flecha aguda, corriendo de nuevo la sangre. Herido de tantas lanzas, y de tantas flechas, cuyas puntas corvas no las dexan caer, el animal salta sobre la arena, lanza rugidos horribles, corre agitado por el circo, sacude las numerosas flechas clavadas en el cuello; vuelan los pedazos sangrientos de púrpura, los rios de espuma enrojecida, y cae en fin cediendo á los esfuerzos, á la cólera y al dolor.

En uno de estos combates, el temerario Fernan Cortes se vió cerca de perder una vida, destinada á hazauías tan memorables. Deseoso de agradar á la hermosa Seralina de Mendoza, montado sobre un caballo cordobés, heria y huía de un toro furioso. El amante, sin hacer caso del

peligro en que está, miraba la belleza que adoraba, al tiempo que ve caer en la arena el ramo de azahar, que adornaba su seno. Cortes se arroja al suelo, corre, se baxa, vuela el toro y va á embestir al imprudente amante, un grito de Serafina le advierte del peligro, Cortes recoge la flor, dirige su lanza con pulso seguro á la espalda del animal, y le dexa espirando sobre la arena. Oyese el universal aplauso, é Isabel quiere coronar á Cortes, quien, rehusando la corona, enseña la flor preciosa, que pagara con la vida, la llega á su boca, la pone sobre su corazon, rompe la lanza y sale del circo.

De esta manera se pasaban los dias, y apenas la noche tendia su manto bordado de estrellas, las hachas encendidas reflexadas por el cristal, iluminaban las suntuosas tiendas de la Reyna. Las bellezas de la corte, cubiertas de oro y piedras preciosas, sin mas adorno en las cabezas que sus cabellos largos y esparcidos, dexan en medio un vasto espacio, en donde

los instrumentos llaman á la juventud guerrera. Vienen todos vestidos ricamente, cubiertos de una exquisita y corta capa, sostenida con gracia por un gancho de oro, el sombrero redondo coronado de plumas atadas con un lazo de diamantes, los cabellos enortijados caen sobre sus espaldas y el ligero vello de ébano, que dexan crecer encima de los labios aumenta la gracia de sus rostros dulces y guerreros.

Cada uno ofrece la mano á la que prefiere su corazón: los instrumentos suenan, y en una danza noble y mesurada, en que la gravedad no quita nada al placer, y la decencia aumenta la gracia, los dos amantes excitan la atención de todos sin mirar mas que á sí mismos. Luego otros nuevos sonos se oyen, y todos se mezclan, se juntan, se separan, vuelven con precipitación al lugar que habian dexado, huyen otra vez para volver de nuevo, pintando con sus movimientos la alegría, la tierna sorpresa y la dulce languidez del amor.

Luego que la severa Isabel daba fin á

estas diversiones, y las bellas jóvenes retiradas en sus asilos, consagraban á las tiernas memorias las horas destinadas al sueño, sus amantes, que igualmente velaban, vagan al rededor de la tienda feliz que encierra el objeto de sus amores. En una de estas noches, quando el silencio reynaba en todo el campo, convidando la obscuridad al reposo, sin oirse mas que las quejas de los pechos amorosos, Almanzor rendido á las fatigas continuas del dia, gozaba al lado de Moraima, de la dulzura del tranquilo sueño, sin conocer su alma intrépida otras pasiones que la gloria y su esposa. Despues de consumir el dia en reconocer las murallas, fortificar los puestos, animar con su exemplo á los soldados, volvía con las sombras de la noche á ver á la solitaria Moraima, á calmar sus inquietudes, y buscar entre sus brazos la recompensa pura que da el casto amor á la virtud.

Miéntas que en lo mas recóndito de su palacio, reposan ámbos en un lecho de púrpura.

pura, Mořaima lanza un grito horrible , despertándose bañada en sus lágrimas ; y turbada , falta de aliento , se arroja en los brazos de Almanzor , le estrecha contra su corazon , inundándole con su llanto.

Cara esposa , le dice el héroe , ¿ do donde viene este imprevisto terror ? ¿ Quo te espanta ? Aquí estoy yo , tierna Mořaima ; mio es este corazon contra quien palpita el tuyo ; tu Almanzor es quien te habla , quien te guarda , quien te defiende.

Ah ! esposo mio , responde , ¡ que horrible sueño , me llena de terror ! Yo ví..... me falta el aliento ; mis fuerzas me abandonan... Yo andaba por esa espaciosa llanura que nos separa de nuestros enemigos , quando ámbos exércitos estaban á la vista : los Moros circundaban nuestros muros..... Yo te ví , despidiendo luz resplandeciente del fuego del acero , adelantarte solo , desafiar y pelear con Gonzalo. Yo te ví vencedor , pero cubierto de un velo que te ocultaba en-

Ire sus negros dobleces. Nadie se atrevia á acercarse á tí : yo corro á encontrarte, voy á echarte mis débiles brazos, el velo se extiende sobre mi cabeza, y ámbos caemos en un lago de sangre..... Ah! esposo mio! amado mio! bien sé que no puedo intimidar tu alma grande, pero te pido, te suplico que te acuerdes que no hay mas que tú en el universo para Moraima. Mi familia toda ha perecido, mi padre y mis hermanos cediéron al poder de Boabdil, el dolor ahogó á mi madre, los Abencerrages que quedan están desterrados de Granada : todo lo he sufrido : el cielo me dexaba á Almanzor y he vivido. En tí he reunido todos los amores que habia perdido : tú has heredado de mi corazon todos los sentimientos que conoció. ¿ Querrás quitarme el único bien, que me dexó el destino? ¿ Querrás condenar tu Moraima?..... Moraima moriría al instante; espiraría del mayor, del mas horrible suplicio. Apiádate de mí, Almanzor valeroso, prométeme no salir de nuestros

muros, enseñándole á defender estas torres que no tienen mas apoyo que tu brazo; prométe no abandonar á tu esposa, tu Moraima, yendo á prodigar tus dias en esa fatal llanura, en defensa del pérfido rey, que detesta tus virtudes, y tal vez te entregará al verdugo así que hayas salvado su imperio.

Moraima, responde Almanzor sin poder detener las lágrimas: tú me eres mas cara que la vida; pero mi deber lo es todavía mas. Conozco bien á Boabdil, ni tú ignoras que tengo siempre un medio terrible de librarme de su furor, en el túmulo que encierra esta antija. Yo no peleo por ese monstruo, sino por mi religion, por mi patria, por dexar sobre mi sepulcro un nombre que sirva á mi esposa de respeto. ¡ O esposa digna y fiel! no intentes hacer titubear mi virtud; tú sola la criaste en mi alma, tú la alimentaste con santos exemplos, tu la hermosceas con tu puro atractivo. Para dexar de amarla, habia de dexar de adorarte.

Sosiógate, Moraima : yo no pretendo salir de nuestros muros, quando el interes de mi nacion me lo prohíbe : contigo quedo, con aquella que, con una mirada, con una palabra, me recompensa de todas mis fatigas. Enxuga tus lágrimas : el Dios de los combates dará fin pronto á nuestras miserias. Tal vez mis esfuerzos obtendrán una paz feliz. ; Que gloria, que felicidad mayor, si el pueblo, libre por mí, decia al verte pasar, esa es la esposa, el dueño de nuestro libertador !

En pronunciando estas palabras, la abraza, la sosiega, le promete no salir fuera de los muros, y Moraima le pide repita estas halagüeñas palabras. Moraima cree, Moraima creyó siempre quanto le decia Almanzor ; pero su pecho no se sosiega, ni se agota su llanto. Al mismo tiempo, óyese el sonido de las trompetas cerca del palacio : Almanzor se levanta confuso, pone el oido; el ruido de las armas se confunde con el de los caballos; toma su espada, pónese el ancho tur-

bante, viste su impenetrable coraza, y sin escuchar á Moraima, corre á informarse de la causa de este movimiento.

Apénas llega á la plaza, ve en medio de las hachas, al frente de los negros Africanos, á Alamar, al feroz Alamar, sobre un caballo de Suz, cubierto de una piel de serpiente, cuyas impenetrables escamas le defienden, revolviéndose en su verde turbante la cabeza horrible y sangrienta.

Príncipe de Granada, le dice el bárbaro, tú duermes y yo voy á pelear: tú reposas al lado de tu esposa, y yo voy á poner fuego á las tiendas de Fernando. Boabdil me ha dado sus órdenes, y solo con mis soldados atacaré esos fieros Españoles, quienes creyéndonos cobardes para sorprehenderles, esperan entre mil regocijos que el hambre nos haga cautivos. Yo turbaré sus fiestas magnificas; yo inundaré en sangre esas tiendas, en donde habitan los placeres. ¿Almanzor se atreve á seguirme?

Dixo, y el héroe le mira con risueña indignacion. Sosiégate, le responde, Almanzor irá delante de tí. Al punto manda juntar los Zegríes y Alabeces, pide un caballo, toma su pesada maza, vuela al lado de Alamar, semejante al Dios de las batallas, manda desfilar en silencio los tres esquadrones reunidos, y sale por la puerta de Elvira.

Ya van marchando por la espaciosa llanura, y ántes de llegar á las guardias avanzadas, consultan Almanzor y Alamar el orden que ha de observarse. Los Zegríes, mandados por Maaz, marcharán al centro del campo, en donde los guerreros de Castilla guardan á su reyna Isabel: Alamar con sus Africanos atacará por la izquierda, defendida por Téllez y los caballeros de Calatrava: Almanzor y sus leales Alabeces se dirigirán por la derecha, en donde está el rey Fernando en medio de sus Aragoneses.

Las órdenes dadas, se separan y marchan con paso igual, rápido y sin tumulto

Las tinieblas favorecen á los Moros, y el descuido de sus enemigos asegura el suceso. Inmolan las primeras guardias; las segundas tienen la misma suerte: llegan á los retincheramientos, y pásalos los caballos africanos: los soldados de Alamar alzan gritos espantosos, los de Almanzor les responden, y los Zegríes desde el centro repiten los clamores; los Moros inundan el campo por tres partes á un tiempo, y semejantes á los leones de Getulia, quando encuentran en el desierto un rebaño de tímidos corderillos, así se arrojan sobre los Españoles, los persiguen, deguellan á los que huyen ó resisten, amontonan los cuerpos moribundos, y temen que sus brazos cansados no basten á su furor.

Alamar sediento de sangre, solo y lejos de los suyos, en el tumulto y las tinieblas, discurre por el quartel de Téllez, deshaciendo, inmolando á su rabia quanto se le presenta. El anciano Téllez, al primer ruido, manda tocar la trompeta, y sin escudo ni casco, con la espada en la mano,

precedido de algunas hachas, corre, llama á su caballería. Alamar le oye, corre á él, tiende por el suelo los que le rodean, ase al anciano por sus blancas canas que respetaron mas de cien combates, y de un solo golpe, separa la venerable cabeza. El Africano, sin pararse, acomete al esquadron de Calatrava que entónces se juntaba desordenado, obedeciendo á la voz de Téllez; Alamar llega como un rayo: ahí teneis, les dice, vuestro xefe; y arrojándoles la cabeza sangrienta, se precipita entre el esquadron, le deshace, le pone en fuga, cubriendo la tierra de galáveres.

Al mismo tiempo, el valeroso Almanzor llenaba de terror el quartel del rey. Los Aragoneses atemorizados parecen ó se dispersan. En vano Aranda y Montalvan, sus xefes, quieren reunir los fugitivos: los Alabeces, guardando sus puestos, semejantes al mar quando colérico embiste las riberas, avanzan, destruyen, deshacen quanto los podria detener. Almanzor los dirige sin turbacion ni furor, y desde-

Hándose de dar muerte á los vencidos, piensa mas en el fruto de la victoria, que en la sangre que ha de comprarla. Dase la órden, enciéndense las hachas, arden las tiendas, los torrentes de espeso humo se levantan, vomitando largas llamaradas que crecen en sinuosas ondas. Alamar y sus Africanos lo descubren, y el fuego corre por el quartel de Téllez. Caen las tiendas, rebienta el incendio, y las dos llamas se elevan á un tiempo, amenazando su reunion dentro de pocos instantes.

Fernando casi desnudo, á las primeras voces, toma la espada y corre veloz á buscar á Isabel, encontrando á la reyna, rodeada del príncipe de Portugal, Lara, Cortes, Aguilar, de todos los héroes de Castilla. Tres veces habian sido rechazados los animosos Zegries; y su xefe Maaz, perseguido de Lara, cedia estremecido la victoria. La augusta Isabel iba en persona á socorrer al rey, quando el monarca llega en su busca, temiendo su

peligro. Su presencia sosiega á Fernando, y va á acabarse de armar para pelear con Almanzor.

Al oír este nombre , á la fama de sus hazañas, á la vista del vasto incendio que esparce una luz horrorosa , el príncipe de Portugal , el impetuoso Alfonso , vuela como el tierno ciervo que va á buscar la flecha mortal. Las voces del terror son su guía : corre por entre las llamas , llega , encuentra á Almanzor , dirige á él la lanza , rompiéndose en la coraza del Granadino. Almanzor se para , vuelve hácia el Portugués , los ojos ardiendo en ira , va á descargar su enorme maza ; pero viéndole á pie y casi solo , la generosidad vence á la cólera , salta del caballo , saca el alfange , y se va hácia Alfonso , que le espera con la espada en la mano.

Las espadas cruzadas centellean , y las armas resisten á los repetidos golpes , Almanzor recibe en el brazo una profunda herida : Alfonso grita alegre , pero Almanzor empuña con la otra mano el alfange ,

y alzando de mas cerca á su enemigo, de un revés abre el pecho del intrépido Portugués, y Alfonso cae, haciendo inútiles esfuerzos para amenazar al vencedor. La voz y la vida le faltan en un momento.

¡ Desgraciada Isabel, esposa, amante infeliz del héroe que acaba de espirar! en este instante te decian como el temerario Alfonso estaba peleando con Almanzor. Las voces de la reyna, ni los ruegos de Fernando detienen á la tierna Isabel que, pálida, desordenado el cabello, corre al través de las llamas, gritando Alfonso, Alfonso... Elega, ve á su esposo, ya despojado del casco, volviendo los ojos entre abie ctos hácia Almanzor que se alejaba. Alfonso mio! exclama, arrojándose sobre el cuerpo, Alfonso, espera á tu esposa: el dolor va á unirla contigo. ¿Es este el dulce himeneo que habia de asegurarnos una vida feliz? ¿Son estos los dichosos brazos que nos unian para siempre? Alfonso, amado Alfonso mio, ¿no te bastaba el amor de Isabel? Ay! yo

no merecia el ser tu esposa mas tiempo ; el destino bárbaro no lo quiere , pero á lo ménos él no podrá separarnos. Entónces se levanta llena de desesperacion , coge la espada de Alfonso para meterla en su seno , quando la reyna y Fernando llegan y la detienen. En vano quieren desviarla del sitio funesto , todos los esfuerzos son inútiles ; y desconociendo la voz maternal , desecha sus tiernas caricias , vuelve á arrojarse sobre el cuerpo de Alfonso , estrechándole entre sus débiles brazos.

Almanzor la ve desde léjos á la luz del fuego devorador , y sin poder reprimir las lágrimas , ; infeliz de mí , dice , ; que es lo que he hecho ! ; Mi brazo inmoló el esposo de aquella viuda desconsolada ! ; Yo fui la causa de la desgracia de aquel corazon amante y desesperado Ah ! Moraima , Moraima , tal vez muy pronto..... Al decir esto se aumenta su llanto , pero apartando tan melancólicos pensamientos , y pronounciando el nombre de su patria ,

sigue

sigue su rápida carrera, dilata, aumenta el incendio, y llega á Alamar, que, cubierto de sangre, causado del sangriento espectáculo, venia á encontrarle, caminando sobre montones de cadáveres.

Los dos héroes regocijados conciertan nuevos designios. A la claridad del fuego, ven un batallon erizado de lanzas, formado lejos de las ruinas del campo, de ancianos Castellanos, tres veces vencedor de los Zegríes, que Maaz llamaba á retirar. En medio, la reyna Isabel, sentada sobre un escudo, sostenida por Fernando, tiene en los brazos á su hija desmayada, la estrecha en su seno, la baña con su llanto, y procura recordar á la inconsolable viuda, que todavía le queda una madre.

Al rededor, están Aguilar, Cortes, Guzman y Lara, xefes, héroes del exercito, enternecidos á la vista de tal espectáculo, indignados contra la fortuna, derramando lágrimas de cólera y compasion, ardiendo por atacar al Moro,

pero sin poder alejarse de aquel recinto, último refugio de sus reyes, último asilo de sus banderas. La venganza y la rabia los hace estremecer, llevándolos mas allá de sus puestos, para ir en busca de Almanzor, pero el monarca los llama y vuelven pesarosos á su voz. No de otra suerte, el animal valiente, nacido en las rocas de los Pitiricos para defensa del rebaño, atado con fuertes cadenas al lado del redil, viendo á lo lejos al lobo devorador, se eriza, amenaza, llena el ayre de espantosos aullidos, muerde la cadena que sus fuerzas tienen tirante, oyéndose el rechinar de los dientes que afila unos con otros.

Tranquilo en el seno de la victoria, teniendo en poco el suceso mientras Granada no está libertada, Almanzor propone el reunirse para acometer a la invencible falange, y acabar la guerra destrozándola; pero las fuerzas del grande Almanzor no obedecen á su valor, y la sangre que corre abundantemente de su

herida, el dolor que disimula, aumentado con un instante de reposo, no permiten al valeroso príncipe volver al combate. Los Alabeces, temiendo se desgraciase su preciosa vida, se niegan en voz alta á seguirle; los Africanos, el mismo Alamar, satisfechos de las hazañas de la noche, claman por volver á Granada. El héroe lo escucha pensativo, meditando un nuevo medio de conservar la ventaja, y aumentar la consternacion de los vencidos. Conociendo quan importante es, en la guerra, inspirar el terror, y que á veces las ceremonias suntuosas imponen mas que la victoria, llama al fiero Alamar, junta al rededor de sí sus capitanes, y tomando aquel noble ascendiente que da á los hombres grandes su propia conciencia, al fin cede, les dice, Almanzor consiente en descansar; pero ninguno consentirá en perder el fruto de la victoria, ni volver fugitivos á entrar dentro de los muros todavía amenazados.

Amigos, juremos todos de no volver hasta haber cediado esos bárbaros, y exterminado nuestros enemigos : levantemos aquí nuestras tiendas, y campemos todo nuestro ejército : opongamos el campo de los vencedores al campo derrotado, y sitiado el Español, experimente ahora los males que tanto tiempo nos hizo padecer.

Los soldados aplauden, Alamar aprueba el grande intento, y parte en busca del rey Boabdil, para conducir las tropas y los auxilios necesarios. Llega á la Alhambra, esparce la nueva feliz, y el pueblo prorrumpe en aclamaciones alegres. Abrense las puertas de la ciudad, y Boabdil, seguido de Alamar, sale al frente de sus batallones. El campo se inunda de Moros, cargados de armas y víveres; el ejército rodea á Almanzor llamándole su Dios tutelar, su héroe, su libertador, y el rey mismo confirma estos gloriosos renombres. Elevánse millares de tiendas, en el espacio circunscrito, levantándose en el centro la suntuosa mansion destinada para Boabdil.

Almanzor y los Alabeces se retiran á la derecha, Alamar y los Africanos se colocan en la izquierda. En pocas horas se estableció el ejército, ocupando los puestos avanzados tropa fresca y numerosa; y seis mil lanzas, puestas en fila delante del campo, presentan las cabezas sangrientas, que los feroces Africanos traxéron del combate.

Los rayos del dia descubren este espectáculo, y ofrecen á los Castellanos la imágen horrible de tantas desgracias. Las tiendas consumidas, los almacenes humeando baxo montones de ceniza, millares de cadáveres esparcidos, nadando en arroyos de sangre; aquí algunos infelices palpitan todavla baxo las ruinas, allá los soldados desnudos recibieron la muerte durmiendo. Cada uno busca el hermano, el amigo que le falta, quedando engañado su dolor piadoso, al aspecto del cuerpo mutilado, y viendo á lo léjos, en la punta acerada de una lanza, la cabeza del que busca lloroso. La ve, aparta la vista, y se estremece de horror y de espanto.

Fernando, Lara, todos los xefes, se miran, sin osar resolver nada : la augusta Isabel palidece : los Castellanos intimidados guardan un silencio pavoroso : el terror se ve en sus rostros : el desórden marcha por el campo : todos tiemblan y se disponen á la fuga ; pero Isabel la sabe precaver. Isabel conoce las costumbres, el genio de sus Españoles, y llama á la Religion en socorro de su extinguido valor. Acompañada de dos santos pontífices, precedida de la cruz, sagrado estendarte del ejército, discurre por entre las filas, y con acento fervoroso que inspira la esperanza : amigos, les dice, adoremos la mano que nos humilla ; ella nos ensalzará. El Dios de los ejércitos está con nosotros. no creais que entregará la victoria, á los enemigos que le ultrajan. Él quiere probar sus soldados, quiere que os hagais dignos de la recompensa que os destina. Los que ahora florais, la poseen ya : sí, aquellos que cortó la segur en esta desastrada noche, nos contemplan desde lo alto del cielo que

habitan , mostrándonos la palma inmortal que los Angeles , han puesto entre sus manos. Dexad ya , Christianos , dexad de regar con llanto sus cenizas. Ellos no han menester vuestras lágrimas , y nosotros necesitamos su socorro. Invoquémosle : volvamos los ojos , con respeto y confianza , hácia esos despojos sangrientos , que ahora mirais con espanto. Esos son los despojos de los mártires , las reliquias sagradas á que deberémos la victoria. Ellas aseguran la perdicion infalible de los bárbaros Musulmanes , y atraen , sobre esos impios , la cólera del Todo Poderoso , que jamas dexa sin castigo el ultrage hecho á sus Santos.

Los religiosos Españoles responden con sollozos , jurando morir por su Dios á los pies de su amada reyna , invocando el Ser supremo , bendiciendo el nombre de Isabeli , y animados de nuevo valor , quieren marchar contra el enemigo.

Fernando modera su ardor , pero sabe aprovecharle. La mitad de la tropa queda sobre las armas , mientras la otra recoge

los heridos y da sepultura á los muertos. La reyna les prodiga sinobres honores, y entretanto Lara traza mas allá del campo destruido, un ancho y vasto recinto, cercándole de un foso profundo. El dia se pasa en estas tristes ocupaciones, mientras el ejército abatido, dexa las armas solo para trabajar; pero la firme constancia, la sumision, la frugalidad de los Castellanos, lo sufre todo sin murmurar. Retíranse á las trincheras, guardando la entrada soldados escogidos. Todos duermen sobre la tierra, la cabeza apoyada sobre el escudo, las lanzas en la mano, prontos á pelear en oyendo la señal. Los xefes reposan al lado de los soldados: pero los reyes, aun mas dignos de compasion que sus desgraciados vasallos, no osan entregarse al sueño.

F I N

DEL TOMO PRIMERO.

# GONZALO DE CÓRDOBA

ó

## LA CONQUISTA DE GRANADA,

ESCRITA

POR EL CABALLERO FLORIAN:

PUBLICADA EN ESPAÑOL

DON JUAN LOPEZ DE PEÑALVER.

TOMO II. •

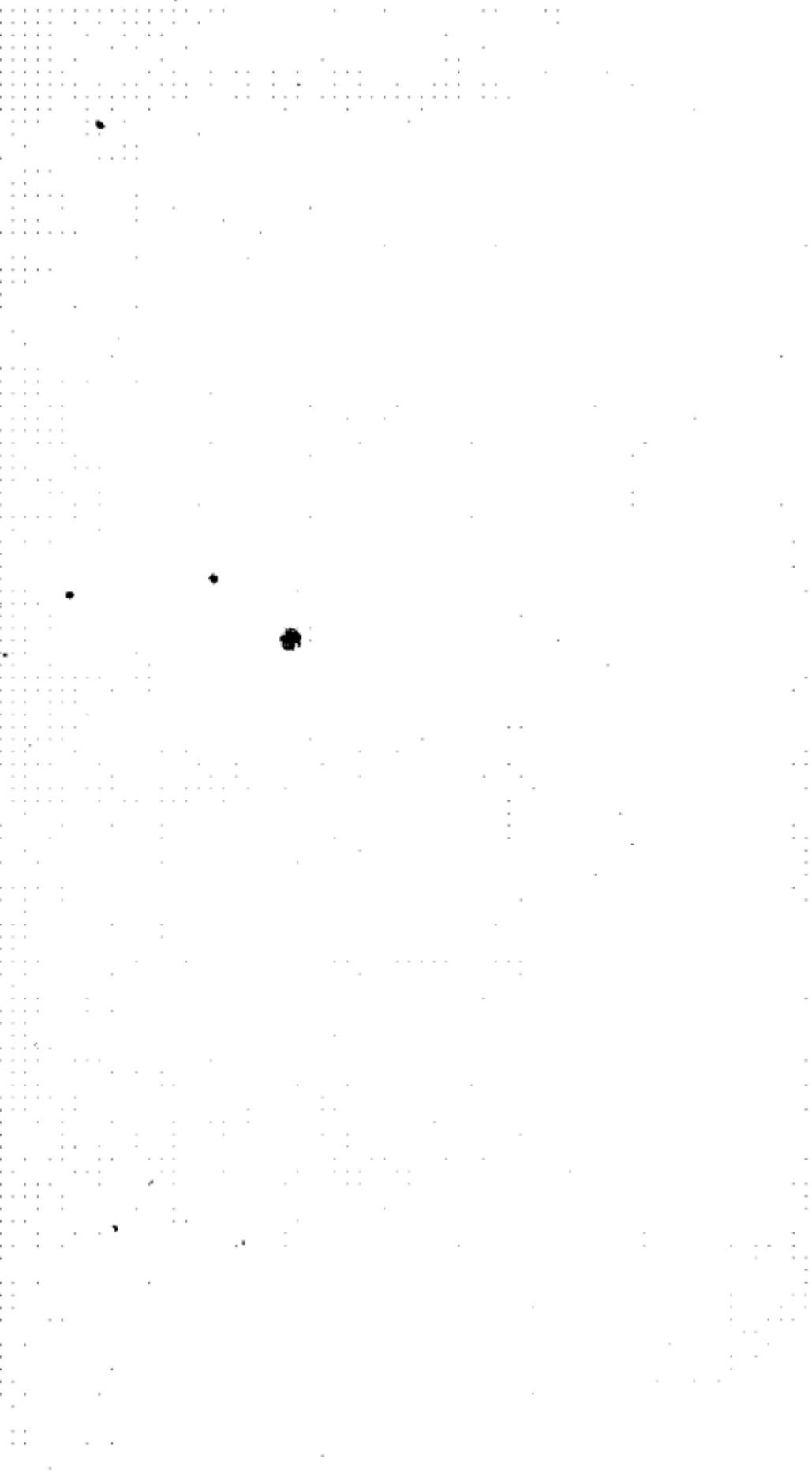
NUEVA EDICION.

---

PERPIÑAN,

En la Oficina de JUAN ALZINE.

Año 1811.





# GONZALO DE CÓRDOBA

ó

## LA CONQUISTA DE GRANADA.

---

### SUMARIO DEL LIBRO VI.º

*Isabel junta sus generales. Discurso y proyecto de la reyna. Executa sus vastos designios. Trabajos de los Españoles. Convalecencia de Gonzalo. Sus amores con Zulema. Llega Muley-Hassem con tres Abencerrages. Nueva que trae uno de ellos. Zulema es prometida al vencedor de Gonzalo. Hablan la princesa y Gonzalo, y se revelan sus secretos. Zulema da armas á Gonzalo. Parte*  
Tomo II. A

*con los Abencerrages y descúbrese.  
Combate el héroe con los tres Moros.  
Sale vencedor, y va á unirse á su  
ejército.*

---



## LIBRO SEXTO.

---

**R**ELIGION ! ; quan grande es tu poderio ! ; Quantas virtudes te deben los hombres ! ; Dichoso el mortal que, penetrado de tus sublimes verdades, halla en tu seno, asilo perpetuo contra el vicio, refugio contra la adversidad ! Mientras la inconstante fortuna sonrie á sus inocentes deseos, pasando dias tranquilos y serenos, tú aumentas su hermosura, y añades nuevo placer al bien que hace á sus semejantes, exáltando las delicias de una acción virtuosa. Tu severidad misma es un beneficio ; pues quitando de la felicidad lo que pudiera corromperla, no prohibes querer, sino lo que el rubor impide amar. Pero si la suerte contraria oprime á una alma obediente á tus leyes santas, entónces es quando le sirves de mas apoyo. Sin prescribir la insensibilidad, que la naturaleza

**H**ace imposible, tú nos enseñas á sopolar los males, permitiéndonos alligarnos, y baxas en los corazones angustiados á calmar sus penas mortales, presentándoles la esperanza última, sin ahogar nunca aquel sentimiento puro de donde nacen á un tiempo el padecer y el vivir.

La noble y piadosa Isabel solo encuentra en su religion, fuerza para sostener sus penas. Llena de dolor por la pérdida de un yerno, por la desesperacion de una hija, por la desgracia de sus armas, se refugia en el seno de su Dios, y este le manda pensar en su pueblo. La desgraciada madre encarga á Serafina y Leocadia, la viuda de Alfonso, haciéndolas retirar á Jaen, y libre ya de este cuidado, dando treguas al llanto, junta al rededor de sí su esposo y sus principales xefes, y les dirige estas palabras.

Compañeros, en otro tiempo de mi gloria, hoy de mis desdichas, vosotros á quienes debí tantos triunfos, á quienes la

fortuna no ha desamparado sino una sola vez, ya veis los tristes efectos del ataque imprevisto de los infieles. Los Españoles han perecido entre sus manos; los almacenes están abrazados, nuestras tiendas consumidas, el enemigo glorioso reposa delante de sus muros, y nosotros velamos con la espada en la mano, sobre las cenizas ensangrentadas de un campo destruido. Ya es preciso escoger, valerosos Castellanos, ó una paz vergonzosa, que cubra de oprobio el nombre christiano, ó una constancia heroica, que nos vuelva nuestro honor. ¿Y en que ocasion, justo cielo, iríamos á pensar en una paz vilipendiosa? Quando los tesoros acumulados en largo tiempo, me evitan el dolor de nuevos impuestos; quando mi himeneo con Fernando dobla mis soldados y mi poder; quando la discordia conduce á los Moros á su ruina. Un rey cruel y pusilánimo vacila sobre el trono usurpado, los Abencerrages han abandonado el tirano pérfido y feroz, la

Francia es mi aliada, el Africa tiembla á mi nombre, mis armadas cubren sus mares, Gonzalo en fin va á llegar. ¿ Que ocasion mas favorable se nos ofrecerá jamas para libertar la España, vengándola de ocho siglos de afrentas? Amigos, yo deseo mas que vosotros la dulzura de la paz; sé que el primer bien es el reposo de la nacion, necesario para las tareas de un buen rey; yo pretendo asegurarle á mis descendientes. Ellos tendrán, mejor que yo, los talentos y las virtudes grandes que hacen florecer los estados; pero no tendrán sin duda los dignos héroes, que yo tengo, que saben conquistarlos. Conozco toda nuestra pérdida, veo todas las desgracias que nos alligen; pero poco ha que los Musulmanes eran todavía mas dignos de lástima. La desesperacion los ha salvado. La vista de sus tiendas ha desanimado á nuestro ejército: una empresa grande ha de desanimarlos ahora. Si ellos han formado un campo, yo quiero edificar una ciudad, y

que nuestras murallas se opongan á las de Granada, anunciándoles una espaciosa plaza, que esta tierra es desde ahora nuestra patria.

Dixo, y los xefes admirados guardan el silencio. Fernando mismo suspenso no osa aplaudir sus intentos arrojados. Isabel, ayudada de la eloquencia y la razon, explica sus vastos designios. Las canteras abundantes, los bosques espesos que rodean á Granada, los rios que serpentean por los valles, suministrarán materiales para construir una ciudad: cien mil brazos, empleados en el trabajo, guardados de veinte mil guerreros, cercarán, en poco tiempo, de torres el recinto destinado á este fin; y al abrigo de ellas, acabarán los Españoles las habitaciones de los ciudadanos. Dueños de los caminos de Andalucia, se apoderarán fácilmente de Granada; y los Moros deshechos cerca de una plaza fuerte, poblada de soldados veteranos, perderán la esperanza de sacudir el yugo de los vencedores.

Fernando, Lara, todos se rinden á tales razones, y admirando á Isabel, todos quieren que la ciudad tenga el nombre de la augusta reyna. La modestia no le dexa aceptar esta ofrenda : yo agradezco, responde, vuestros deseos ; pero no he llegado á merecer este honor : todos peleamos por la fe ; por extender su imperio van á elevarse estos muros : llamémosla *Santa Fe*, y este nombre asegura su duracion.

Ya van todos á cumplir los deseos de Isabel. La reyna escoge el sitio, y á su vista se trazan los muros : los correos parten á Castilla, Valencia y Andalucía, pidiendo víveres, soldados y trabajadores : el rey de Aragon atrincherado, no teme nuevo ataque : el ejército se dispone para trabajar, y Lara se regocija interiormente, viendo que esta empresa dará tiempo á Gonzalo para llegar y vencer.

Gonzalo empezaba á recobrar la vida y las fuerzas. Las gracias de la juventud habian vuelto á su rostro, y la palidez le adornaba

á los ojos de la que no ignoraba la causa. Zulema siempre á su lado, venciendo su timidez, le preguntaba por su nacimiento, su patria y sus hazañas. El héroe baxa los ojos y calla. La princesa no quisiera insistir; pero este silencio y el del cautivo Pedro turbaban la felicidad de que se lisonjaba.

Pasáron algunos dias llevando cada mañana la amable Zulema á Gonzalo, apoyado sobre su brazo, á la sombra de los mirtos y los naranjos. Sentados á la orilla de un cristalino arroyuelo que atravesaba el bosque, ámbos gozosos de la dicha de verse juntos, alargaban estos dulces ratos, preciosos á los amantes, en que nada de lo que hablan es importuno, en donde el interrumpirse á sí propio no impide el ser entendido, en donde se afecta hablar de todos los objetos indiferentes, sin dexar de hablar del único objeto que interesa. Lo plácido del sitio, la calma del ayre, el perfume de las flores que coronaban sus cabezas, el mormullo del agua rápida

que corría por sus pies encima de las arenas de oto, el zumbido de las abejas volando sobre los iris sembrados por la orilla, todo aumentaba la suave languidez que los dominaba. Las pláticas empezadas, las cortaba á veces en profundo silencio. Los ojos mirando al suelo, se encontraban al levantarlos, apartándose de nuevo. A veces una lágrima, un suspiro de Zulema, animaban á Gonzalo á hacer alguna pregunta, que quedaba sin respuesta, y Gonzalo no se atrevía á quejarse sino con sus suspiros. Zulema que llevaba siempre consigo su laud, temerosa á veces de oír lo que no ignoraba, solía cantar al héroe aquel antiguo romance de los amores desgraciados de Fernando y Elzira.

Vencido en infausta guerra,  
De un príncipe moro esclavo,  
Al triste son de los grillos,  
Suspiros lanza Fernando.

No las delicias perdidas  
Lamenta de aquellos campos,

Donde por la vez primera,  
Le vieron del sol los rayos.

Ni le amarga la memoria  
De sus padres, que entre llantos  
Sin esperanza le llaman,  
Desde el oriente al ocaso.

Elzira, la hermosa Elzira,  
Hija del rey Africano,  
Es la que llorar ordena  
A su pecho enamorado.

¡ Amor, amor! ¿ quien resiste  
A tu omnipotente brazo?  
Desde el pastor al monarca  
Triunfante arrastra tu carro.

Digalo la tierna Elzira,  
Que en la llama de Fernando  
Ardió; y dixéron sus ojos  
Lo que callaban sus labios.

Yo te amaré eternamente,  
Dice en su mirar Fernando;  
Y el de Elzira le responde:  
Ama, que el premio te guardo.

Se entienden; y amor los guia  
A sus templos solitarios,

De donde terrible ahuyenta  
Al insensible profano.

Allí, do entre áridos montes  
En precipicios tajados,  
Se despeñan estruendosos  
Torrentes mil espumando.

El amor les da su copa,  
Y en deleytosos letargos;  
En la márgen del alismo  
Los va adormeciendo falso.

Ya la prudente cautela,  
Ya su opinion olvidáron;  
Amor dó quier los rodea;  
Y es ciego el Amor é incauto.

¡Ay! que sus tristes amores  
Resuenan ya en el palacio!  
¡Ay! que el iracundo oído  
Hieran del Rey Africano!

Del Rey, que el pecho de bronce  
Ni amante jamas, ni amado,  
En pos de los amadores  
Vuela respirando agravios.

Ministros de sus venganzas  
Le rodean sauguinarios

Cien inflexibles sayones  
De horrendas muertes armados.

Dispertad, salid, ó amantes,  
De ese funeral letargo,  
Antes que rotas las nubes  
Descienda mortal el rayo.

¿No escuchais la herrada planta  
De los fogosos caballos,  
Que hacen que temblado giman  
Los ecos allá lejanos?

Elzira asustada atiende,  
Vuela, registra, y: Fernando  
El Rey... exclama, y sus voces  
Muriéron en un desmayo.

Fernando, se alza, duda,  
Vaga con inciertos pasos,  
Arde en furor, y resuelve  
Arrojarse á sus contrarios.

Iba ya, quando de Elzira  
Se acuerda, y lleno de espanto  
Torna, y la ve desmayada,  
El rostro en sudor bañado.

Su palidez sostenia  
Sobre un abismo un peñasco

Que va á caer, y hondo espera  
Un torrente siempre opaco.

La ve, y palpita el amante ;  
Tres veces la nombra en vano,  
Recoge su aliento, y posa  
En su corazon la mano.

¿ No vuelves ? clama : y oyendo  
De un zéfiro el soplo manso  
Ver á su amada imagina  
Entre bárbaros soldados.

Lanza mil trémulos gritos,  
Y con el sinistro brazo  
Estrecha á Elzira, en la diestra  
Un corvo alfange empuñando.

Ella entretanto volviendo  
Lentamente va : sus labios  
Mueve, suspira ; entreabre  
La vista, y mira á Fernando.

La revuelve, y en el cielo  
La clava ; y luego posando  
En su amador la cabeza,  
Prorumpo en amargo llanto.

Llora, y : te perdí, le dice....  
¿ Nos perderán ?.... ah !.... muramos,

No hay mas partido.... la muerte  
Dulce me será á tu lado.

O Fernando!... única gloria  
De mi corazón! te amo,  
Y te amaré.... aquí llegaba  
Quando el monarca Africano  
Parece, grita, amenaza;  
Mas con valor desgraciado  
Su hija sobre la roca  
A su querido abrazando:  
Tened, tened, le responde,  
Os juro que á un solo paso  
Que adelanteis, al instante  
Nos veréis precipitados.  
En las sombras de la muerte  
Buscaremos el descanso,  
Y el amor que aquí nos niegan  
Vuestros pechos inhumanos.

Túrbase el Rey, y dudoso  
Para: mas, ay! que entretanto  
Ansioso del premio á Elzira  
Un sanguinoso soldado  
Corre.... Deten, infelice,  
Dó vos? gran dios! se lanzáron  
Los tristes: los vió el torrente,  
Y abrió sus ondas bramando.

Dió allí á sus amores tumba,  
 Y de entónces solitario,  
 Sin cesar oye á la roca  
 Clamar : ELZIRA Y FERNANDO.

Gonzalo oia llorando la triste y lamenteable historia, que oprimia su corazon con las reflexiones que originaba. Suspenso, clavados los ojos en la Princesa, la contemplaba en silencio; pero sus lágrimas y sus miradas explicaban sus sentimientos. Zulema igualmente pensativa, apartaba la vista poco á poco, volviéndola otra vez á él. Ya habia acabado de cantar, pero el héroe la escuchaba todavía. Turbada y regocijada por la emociion que habia ocasionado, ocultaba con una mano el rubor que salia á sus mejillas, y con la otra, corriéndola por el laud, hacia sonar alguna cuerda, cuyos sonidos aumentaban la tierna melancolia y el suave placer que bañaba sus sentidos. ¡ Feliz situacion de los amantes en que el encanto, el atractivo, la delicia del silencio reciproco, del re-

ogimiento del alma, dexa á ámbos en libertad de conocer, de gozar de sus sentimientos mutuos, comunicándolos sin decirlos!

De este modo corrian los dias de Gonzalo y Zulema, entre placeres puros y suaves dichas, culpándose ámbos de no haberse confiado sus secretos. Gonzalo ocultaba que era Gonzalo: Zulema no osaba revelar un misterio no ménos importante; temiendo cada uno caer en desgracia de su amante, y atraer su aborrecimiento. Este temor era el mayor suplicio, y al fin ámbos resolvieron á un tiempo declararse.

Princesa, dice el héroe, en viéndoso solo con ella: sin duda voy á perder hoy la dulce amistad, que vuestro corazon se dignó concederme; pero mas quiero perder vuestra gracia que engañaros; sabed en fin lo que mil veces he querido descubrir, faltándome el ánimo para ello; y aun ahora mismo me veo indeciso, quando

pienso que dentro de un instante, tal vez aborreceréis y echaréis de vuestra presencia al que no puede vivir sin vos, al que desde el primer día en que os vió, sintió encenderse en su alma....

Señor, responde Zulema, temiendo la declaracion del amor, que quiere sentir, pero no oír: honor y vida os debo, y creo que muy pronto Granada os deberá su libertad. Tantos títulos os han asegurado el reconocimiento mas vivo, que prescribe la virtud, y que es inseparable de ella. Mi padre llegará pronto, y sabrá que vuestro valor salvó su hija: su amistad y la de Almanzor, serán premio de este beneficio, y; oxalá que los lazos mas tiernos nos unan á los tres para siempre! Este es el deseo mas grato á mi corazón, el único que puede manifestaros. Pero ya es tiempo de declararos el secreto, que mi padre ignora, ni Almanzor mismo supo nunca. Solo á vos he de confiarle, y en habiéndole oído quizá no tendréis nada que decirme.

Gonzalo suspenso, el rostro pálido, no duda que la hermosa Mora haya entregado su corazón á algun rival. Temblando, espera en silencio la sentencia, y la Princesa iba á continuar, quando un esclavo llega á avisarla que su padre Muley-Hassem venia acompañado de dos Guerreros.

Zulema dexa á Gonzalo para ir á recibirle. El anciano la abraza, con las lágrimas en los ojos : ¡ al fin te vuelvo á ver ! exclama : ¡ al fin , al fin tengo en mis brazos á la que tanto he llorado ! Mi muerte era cierta, Zulema, si tu ausencia hubiera durado mas. Sabedor por tu esclavo, de que el impío Alamar habia enviado sus soldados para encontrarte, salia todos los dias con el animoso Zeir, Xefe de los Abencerrages, y el valiente Omar que ves aquí, y el generoso Velid que ha de venir dentro de poco. Estos leales amigos, los únicos que nos quedan, han recorrido nuestros montes y playas, siguiéndome hasta aquí en donde veo á mi hija amada,

en donde encuentro el consuelo de todas mis desdichas.

Zulema le abraza , le cuenta el motivo de su fuga precipitada , y como los satélites de Alamar , habiéndola conducido á una nave , un Príncipe Africano que el cielo le envió , en medio de la tempestad , solo contra tantos enemigos , la habia librado de su furor.

¿ En donde está ? pregunta Muley : ¿ en donde el que salvó mi hija , el que salvó mi vida ? Al decir esto , la dexa , se aparta , busca fuera de sí , y la Princesa viendo , llena de alegría , tan vivos y tiernos sentimientos , llama á Gonzalo , y apenas se presenta , Muley se arroja en sus brazos. O mi bienhechor ! le dice , inundándole con su llanto : vos me habeis vuelto mi Zulema : ¿ que podré yo hacer por vos ? Ah ! en otro tiempo era rey , poseia una corona , con que tal vez hubiera podido pagaros ; pero ya la perdí , y solo me queda un corazón sensible.

El héroe recibe sus caricias con afable modestia, llenándole de rubor los elogios á que se ha hecho digno, se ofrece respetuoso al padre de su amada, y mirando inquieto á los jóvenes Abencerrages, cree ver en ellos sus rivales. Omar y Zen la miran, y la historia de lo que ha hecho llena sus corazones de una secreta envidia. El mirarle al lado de Zulema los turba; pero su generosidad no niega los justos elogios que se le deben. El héroe los oye con disgusto; Zulema los escucha, clavados los ojos en tierra, y el rubor y la turbación confirman á los Abencerrages y á Gonzalo, lo que sus pechos temían.

Mientras que tristes é inquietos se entrega cada uno á sus melancólicos pensamientos, la princesa que habia visto de una mirada el corazón del héroe, conduce al palacio á Muley y los Abencerrages, esperando hablar á Gonzalo, y terminar con una palabra el suplicio que le ve padecer; pero Muley no quiere dexarla,

teniéndola la mano puesta sobre su corazón; é ignorando las últimas hazañas de Almanzor, habla á Gonzalo del peligro de Granada, de la esperanza que concibe de su valor. Gonzalo, puestos los ojos en Zulema y en los Abencerrages, responde apenas á sus preguntas; y los dos Moros, guardando el silencio, se miran y suspiran.

La noche habia ya cubierto la tierra, quando Zulema, su padre y los demas, sentados sobre tapices de Persia, junto á un estanque de agua cristalina, en medio de un salon de mármol, tomaban juntos la última comida del día. En este instante, Velid, compañero de Zeir y Omar, llega de Málaga, y presentándose, dice: Rey de Granada, la novedad que te traygo es grande, pues vengo á anunciarte un enemigo mas formidable que Alamar. Tu hija está libre, Muley, pero la patria va á perderse: Gonzalo ha vuelto de Fez, y está en nuestras playas.

Al oír el nombre de Gonzalo , se ve el terror en el rostro de Muley : Omar y Zeir se levantan : la Princesa se acerca involuntariamente á su libertador.

Oídme , prosigue Velid : una embarcacion Africana acaba de llegar al puerto , la qual iba al alance de Gonzalo , que se escapó , por la noche , de los lazos que le preparaba Seid. El Capitan de la embarcacion nos ha dicho que la barca frágil , que traia á ese Guerrero , ha llegado sin duda á esta playa , pues la familia del Castellano , que han dexado salir de Fez , le espera en vano , dias ha , en las playas de Algeciras. Compañeros , llegó el dia de vengar y salvar la patria. Busquemos ese Español formidable , llamémosle cada uno al combate , y la lanza de un Abencerrago libre á Granada de su azote.

Dixo : Omar , y Zeir aplauden , Zulema tiembla , Gonzalo se sonrie. Amigos , interrumpe Muley , esta ocasion importante ha de extinguir para siempre vuestras

discordias. Los tres ardeis tiempo ha por mi amada Zulema , los tres sois dignos de ella ; pero hasta ahora su corazon no ha mostrado á quien da la preferencia. La gloria decidirá hoy lo que no ha decidido el amor. Id en busca de Gonzalo , atacadlo cada uno de por sí , como conviene á los Abencerrages , y sea el vencedor el esposo feliz de Zulema.

Los tres se echan á los pies de Muley , quien volviéndose á su hija le pide su consentimiento. Zulema calla , da una mirada á Gonzalo , que tenia los ojos clavados en tierra , duda , titubea , en fin llena de rubor , con voz turbada , dice : Padre , no ignoro que dependo de vos , y mi sumision á vuestra voluntad será siempre igual á mi ternura. Estimo , y amo á los Abencerrages , á quienes su fidelidad á mi padre les asegura mi corazon ; pero aunque siempre me acuerde de lo que vos les debéis , ¿ podré olvidar lo que yo debo á ese generoso extranjero ? No temo confesar que

me ama, pues sus virtudes y su valor le hacen digno de ser rival de los nobles Abencerrages. Como ellos pretende mi mano, como ellos puede vencer á Gonzalo; y yo consiento en ser el premio de esta difícil empresa, si mi padre y estos guerreros le permiten el acometerla.

Así habló Zulema, que temia haber dicho mas de lo que debía. El anciano aprueba el designio de su hija, y Gonzalo inmóvil espera que Zeir hable para responder.

Vuestro reconocimiento es justo, dico el xefe de los Abencerrages, y el amor de este valiente extranjero no debe ofendernos ni admirarnos. Nosotros lo aceptamos por compañero, y si volviese vencedor, lo veríamos con dolor, pero sin envidia; esta pasión, tan baxa para nuestras almas, no entra en los corazones en donde vos reynais. Pero ha mucho tiempo que Gonzalo es nuestro enemigo mortal, y nunca ofendió á ese guerrero: el combate

con el Español nos pertenece ántes , y como xefe de mi tribu , pido ser el primero que p.lee con el Castellano.

Zeir , respondió Gonzalo sin ser dueño de moderar su acento , sosiégate : yo te prometo que tú seras el primero. Mañana al nacer el día nos pondremos en camino. Yo os juro de presentaros á Gonzalo , y sin disputaros el lugar , me atrevo á prometer que los tres quedaréis satisfechos.

Los orgullosos Abencerrages manifiestan su admiracion al oír aquellas palabras ; pero el prudente Muley corta el discurso , y confirma su promesa. Los quatro Guerreros , despues de haberse dado palabra de estar prontos al despuntar la aurora , se separan , y van á entregarse al sueño.

Gonzalo inquieto no pudiera gustar de su dulzura. El amor de los tres Abencerrages , el temor de que alguno de ellos fuese amado , el secreto que la Princesa iba á revelarle quando Muley vino á interrumpirles , todas las especies de terror

que inventa el amor, ocupaban su corazón. Agitado de mil pensamientos, quería ver un instante á Zulema, para despedirse, para encontrar en ella ó perder todas sus esperanzas: levántase, sale del palacio, y á la claridad de la luna, se dirige á un bosquecillo espeso de mirtos.

Zulema igualmente inquieta asustada por el grave peligro en que ella misma ha puesto á su libertador, temiendo el brazo de Gonzalo que mira como invencible, piensa en que al ménos las armas impenetrables ayuden al valor del que envía á pelear. Va y pide á su padre la antigua y soberbia armadura, que Muley habia quitado en otro tiempo al valiente Conde de Simancas, colgada como monumento de su gloria, en la Mezquita de Milaga: quatro esclavos reciben órden de traer el mejor caballo de los venidos de Africa, que pacían en la primavera en las orillas del mar: todo hubo de estar pronto para la aurora.

Zulema inquieta busca la soledad , y la casualidad , ó mas bien el amor , la conduce al mismo bosque adonde Gonzalo se habia dirigido.

A la vuelta de una arboleda sombría , se encuentran ámbos , y ámbos se quedan admirados : sois vos , le dice el enamorado Gonzalo con voz turbada ; aun puedo veros , y decirs á dios por la última vez : aun puedo juraros por fin que vuestra imágen adorada no saldrá de mi corazon ; que hasta mi muerte , sera mi único pensamiento , la memoria grata y dulce de los momentos pasados al lado de Zulema.

Que oygo ! interrumpe la princesa ; ¿ y vos me hablais de verme por la última vez ? ¿ Vos creeis ir á morir yendo á pelear con Gonzalo ? ¡ El héroe que ví yo solo hacer horrible carnicería de un tropel de enemigos , el que yo ví triunfar de una multitud de bárbaros , se cree ya vencido por ese Español ! Ah ! culpa es mia de haberos exagerado su gloria ! ¿ Qué lu-

**hiera yo dicho si os hubiera pintado en aquella embarcacion , acometida de los vientos , rodeada de los rayos , derribando con vuestro alfange aquellos formidables Africanos ? Jamas una hazaña semejante ilustró al famoso Gonzalo. Si él la hubiera visto , él temblaria en vuestra presencia. Príncipe , á pelear vais por la misma causa , y la recompensa será mas dulce ; pensad que os espera mi mano ; pensad que el himeneo ha de unirnos para siempre. Nada oculto yo en este instante ; por vos solo me intereso ; con vos va mi corazon , mi esperanza , mi felicidad. Si la victoria os abandona , Zulema no quiere vivir ; mi vida vais á defender. El honor tal vez me mandaba dilatar estos acentos ; pero es menester vencer á Gonzalo ; y el odio á ese Español , y el reconocimiento que os debo , no me dexan disimular. Acometed á ese Guerrero , que solo la opinion hace invencible , librad á mi patria de su mayor enemigo , y acordaos de que si el triunfo**

pertenece al amante correspondido, vos solo debéis vencerle.

Calló, admirada al ver que el héroe la escuchaba reposado. El silencio reyna en ámbos, y Gonzalo, inclinada la cabeza, fluctuando entre el temor y la alegría, no se atreve á aventurar su felicidad á una sola palabra. Pero engañar á la que adora, disimular á la que reyna en su corazón, es mayor tormento que el temor: arrójase á los pies de Zulema, y presentándole su espada, le dice: pues aborrecéis á Gonzalo, y deseáis que acabe su vida, creedme, no confiéis á otras manos lo que las vuestras pueden hacer: abrid vos misma el pecho de ese enemigo aborrecido: el desgraciado Gonzalo está á vuestros pies. Él es quien salvó vuestra vida, él es quien os adora desde el punto en que vencedor de Granada, os vió cerca de la Alhambra; él es quien hasta ahora, gloriándose de un nombre que la victoria quizá ha ilustrado, no osaba pronunciarle á vuestro

oído , deseando mil veces ser el mas obscuro de los mortales , por no ser objeto de vuestro odio.

La Princesa duda si los sueños la engañan Gonzalo dexó ya de hablar , pero ella no responde , mira , contempla á la luz de la luna , aquel Guerrero tan grande y famoso , que cree ver por la primera vez : fixa los ojos en el acero que le presenta humilde , admirada de oír el nombre de Gonzalo sin horror. Al fin dudando si es él quien habla con tanta dulzura , se informa , y el héroe le cuenta el modo como salió de Africa , y como el leal Pedro creyó necesario el ocultar su nombre. Este es , añade , el secreto importante que queria hoy comunicaros , quando vino vuestro padre á ofreceros por premio de mi cabeza. Dispensad á esos tres guerreros los esfuerzos que os son mas fáciles , librad vuestra patria , y castigad á un infeliz por haberse atrevido á amaros.

Gonzalo , responde la princesa despues

de un largo y triste silencio, mi corazón me enseñó siempre mi deber ; y nunca me ha engañado ; él será mi única guía en el peligro que corre mi virtud ; pero ántes le de merecer vuestra noble confianza , declarándoos lo que iba á descubrir os al llegar mi padre. Conoced en fin á Zulema : yo soy christiana , Gonzalo vos solo lo sabeis. Criada por mi digna madre , mi alma adoptó su fe. En sus últimos instantes , le prometí morir fiel á su culto , y nada hay que pueda hacerme faltar á un voto tan santo. Vos venis á hacérmele mas amable , conociendo por la segunda vez de mi vida quan dulce es adorar al Dios que adora el objeto amado. Pero no creais que ni mi religion , ni mi amor , me hagan olvidar un solo instante ni mi patria , ni mi padre. No , Gonzalo : todo os lo debo ; yo os amo , y este amor no se apagará jamas : jamas otro mortal será esposo de Zulema : yo os lo juro por el Dios del cielo ; pero tambien

os prometo que nunca mi mano se entregará al enemigo de Granada. Zulema pensará siempre en vos, llorará sin vos, padecerá quanto hay que padecer por conservaros su fe; pero mientras dure esta guerra fatal, no esperéis obtener de mi señal ninguna de mi amor. Id, Gonzalo, id á cumplir vuestro deber, como yo quiero cumplir los míos; id á socorrer á vuestros compañeros: el honor lo manda, y Zulema no os expondrá á fluctuar entre ella y el honor. Solo una gracia exijo, y pido á vuestro amor, que no puedo negármela sin ser criminal: bien sabeis quanto respeto, quanto estimo á Almanzor; mi hermano lo es ya vuestro: huid siempre, huid de un combate impío que me hará espirar de horror, que nos haria á ámbos enemigos implacables. ¡ Nosotros enemigos !... Ay Gonzalo ! un frio mortal cubre mi cuerpo al pronunciarlo. A dios, á dios, libertador mio, esposo mio, único amigo mio, emplead con vuestros Reyes la recomendacion

que deben dar tantas virtudes y tantos servicios, para restablecer la paz de que yo seré recompensa. Hasta este momento deseado, tened confianza en mí, sed fiel, acordaos alguna vez de Zulema... Zulema llorará los ojos de vos.

Al decir esto, quiere irse, y el héroe echado á sus pies, la detiene, le promete mil veces vivir y morir por ella, y mirar á Almanzor como á su hermano querido. Zulema lo acepta, le repite, á dios, entre sollozos, le echa el velo de púrpura que ceñia sus hermosos cabellos, y angustiado el corazón, bañado en lágrimas el rostro, marcha á ocultar su dolor.

Gonzalo fluctuando entre el pesar de dexar lo que ama y la dicha de verse amado, aprieta contra su pecho el velo de Zulema, forma de él su banda querida que no ha de desamparar jamas, y entregándose á la lisonjera esperanza de ver restablecida la paz entre ámbas naciones, querría ya estar en el campo para trabajar en este intento,

para persuadir á Isabel, para proteger los prisioneros Moros y enviarlos á Zulema.

Mientras esto, ve colorearse el oriente, y piensa en los Abencerrages; despierta al leal Pedro y le manda prepararse para partir. En esto, dos esclavos llegan á poner á sus pies el magnífico presente de la princesa. La armadura de resplandeciente acero le defiende todo el cuerpo : el casco, coronado de plumas encarnadas, cubre su cabeza sin quitarle nada de su gracia : el escudo redondo y ligero, armado con una aguija la punta, lleva por emblema un fenix con estas palabras : *no tiene igual*. Gonzalo cuelga la tejante espada del velo de Zulema, sujeto al hombro por una presilla de oro, descansado así sobre su corazón : toma la pesada lanza, y conducido por el anciano va á buscar el caballo que le espera. El animal, al verle, relincha y alza la cabeza : la céntrica ondulosa baja hasta las rodillas, los ojos llenos de fuego consideran á su señor, las narices despiden un humo espeso,

se abren, y se cierran con precipitacion. Gonzalo salta sobre el caballo, y el animal obedeciendo al héroe, reprime el ardor que le transporta, mordiéndolo el freno cubierto de blanca espuma.

Zeir, Omar y Velid, vienen sobre caballos andaluces, cubiertas de preciosas piedras las largas colas. En los escudos se distingue la divisa de los Abencerrages: un anillo, atado á la cintura por una cadena de oro, cae sobre los pliegues innumerables de la tela rica y brillante que baxa hasta sus pies, un ancho turbante defiende sus cabezas, teniendo en la mano derecha la lanza teñida muchas veces en la sangre de los christianos. Los tres llegan á Gonzalo, se admiran al verle vestido a la christiana, pero sin preguntar la causa, parten al momento.

Los quatro guerreros caminan en profundo silencio. Creyendo á Gonzalo preferido de Zulema, los Abencerrages no se atreven á hablar de la pasion que domina

en sus almas , y Gonzalo , pensando en la que adora , olvida á sus compañeros. Pasadas dos horas , llegan á un espeso bosque , en donde el camino se divide en dos diferentes. Páranse , y Zeir toma la palabra y dice : extranjero , tú nos has prometido llevarnos á donde encontrásemos á Gonzalo : dinos si tu promesa es cierta : ¿ sabes donde está ese Español ? ¿ habrémos de ir siempre juntos ¿ ó será menester separarnos ?

Será menester que te prepares para el combate , responde el Español con voz terrible. Yo he prometido entregarte á Gonzalo , ya he cumplido mi palabra : aquí le tienes.

Los Abencerrages quedan atónitos al oírle. Si , continúa el héroe , yo soy , yo soy vuestro enemigo , yo soy además vuestro rival. Yo adoro á Zulema , ninguno de vosotros , ninguno en el mundo puede esperar su mano , sin atrancarme ántes la vida. Vosotros mismos le habeis puesto ese precio ; venid pues á merecerla , venid jun-

tos, ó separados, á probar vuestras fuerzas con este Gonzalo, que buscabais con tanta impaciencia, y que habeis ya encontrado por vuestra desgracia.

Christiano, respondió Zeir, en tu orgullo reconozco el soberbio Gonzalo y tu arrogante nacion; pero mal conoces la nuestra, si crees que se reunirán tres Abencerrages contra un Castellano. Mi brazo quizá bastará para librar á Zulema del amor de un infiel, enemigo de su padre y de nuestra patria.

Los dos Guerreros baxan las lanzas y se acometen. El valiente Zeir apenas mueve al héroe: la lanza de Gonzalo hiere al moro, y le derriba en tierra. Gonzalo se para, y con voz sossegada dice: valeroso Omar, aqui te espero.

Omar furioso, arroja la lanza, saca su ancho alfanje, y manejando con destreza un caballo mas ligero que el viento, ataca al Español, le rodea velocemente, y descarga sobre sus armas repetidos golpes.

Gonzalo solo puede pirarlos ; siéndolo inútil la lanza contra un enemigo que lo acomete tan de cerca : hace vanos esfuerzos ; pero Omar evita sus golpes. Indignada de tardar tanto en vencer , arroja la lanza , corre sobre el Moro con los brazos abiertos , le ase , le saca de la silla , se arroja al suelo con él , poniéndole la espada en el descubierta que dexa la coraza. Mia es tu vida , le dice ; pero solo quiero la victoria. Tampoco exijo que dexes de amar á Zulema pues sé que ese olvido seria mas horrible que la muerte.

El jóven Velid se acercaba entónces á pie con el alfange en la mano. Gonzalo aseca la espada , y cubiertos ámbos de sus escudos se acometen , descargan , paran , y redoblan los golpes. La astucia guia á la fortaleza , la ligereza engaña al valor. El acero de Velid amenaza siempre la cabeza de Gonzalo , el del Castellano vuela al rededor del pecho de Velid : al fin el héroe , dando un fuerte revés al sable de

su enemigo , le hace saltar de la mano , corre , le toma , y presentándole á Velid , lo dice : creeme , y no me fuerces á derramar la sangre de un Abencerrage : sabe que siempre fué preciosa para mi Id , compañeros valientes , volved á Muley-Hassem , decidle quanto me duele el error en que le dexè , que mis intenciones eran puras , que voy á solicitar de mis reyes una paz dichosa : asegúradle que en este Gonzalo , que mira como enemigo , Muley hallará siempre el respeto y el tierno afecto , que todos deben á sus virtudes.

En habiendo dicho estas palabras , el héroe monta á caballo , saluda á los Abencerrages , y toma el camino del campo Español.

FIN DEL LIBRO VI.º

---

## SUMARIO DEL LIBRO VII.º

---

**S**ITUACION de Gonzalo. Continúa su camino por sendas ocultas. Los Españoles continúan edificando la nueva ciudad. Almanzor herido no puede oponerse al trabajo. Lara vela durante la noche, para asegurar el reposo al ejército. Encuentra á Ismael, y le hace prisionero. Su humanidad con el cautivo. El Numida le cuenta su historia, las costumbres de los Arabes pastores, sus amores, su himeneo con Zora, su venida á Granada, su separacion, y los celos que le atermentan. Lara le lleva al campo, y va á pedir su libertad. Zora viene á desafiar á Lara. Combate y muerte de los dos Esposos.

---

LIBRO SEPTIMO.

---

**II** ¿HABRA quien no haya probado las virtudes que al soplo del amor brotan en los corazones sensibles? ¿quien al primer acento de su voz no haya sentido la elevacion de su alma? El hombre insensible, en la triste paz de una perpetua indiferencia, puede respirar dias pacos, al abrigo de los vicios y lejos de los malvados; pero si halla el dulce objeto que ha de ser el dueño de su vida, si arde en fin en la llama pura que consume y da la existencia, desde este dia dexó de ser el que fué, la esfera de sus deberes se engrandece, su ser se eleva, la perfeccion á que aspiraba no basta ya á sus votos, y el que ántes se contentó con imitar, ahora nada ménos desea que sobrepujar á quanto admira: sus esfuerzos son placeres, sus penas motivos de esperanza: las leyes santas de la natu-

raza, el sagrado amor de la patria, los oficios compasivos de la humanidad, le dominarán constantemente; y quanto mas fiel se preste á sus voces, tanto mas agradecerá al idolo, por cuya estimacion anhela. Si tierno y sumiso, se inmola á los autores de su vida, si animoso arrostra la muerte por salvar un hermano, si sus riquezas le abandonan para acudir á los ayes de la indigencia, su amante lo sabrá, y todo se lo facilita esta idea. Una voz secreta le dice continuamente: ella te mira, ella te oye, ella es testigo de tus acciones y de tus mas secretos pensamientos. Al punto huyen de su corazon los sentimientos que le corrompieran: al punto se unen en el todas las virtudes, al rededor de la imagen que le llena y le purifica.

Gonzalo, al separarse de la Princesa, sintió aumentado su ardor por la gloria; pero ya no le bastaba la de los combates.

Cierto de ser amado, su corazon mas amoroso experimenta la necesidad de

aquella gloria dulce y pacífica , que tal vez desconoce la fama , y que , hermana inseparable de las buenas acciones , no siempre es compañera de las ruidosas hazafias. Forzado á vivir lejos de Zulema , no puede engañar el dolor de la ausencia , sino empleándole en ser el mas generoso , el mayor de los mortales. En habiendo dedicado su brazo , sus dias , su valor , su ser entero , al objeto mas virtuoso que adorna al universo , no quiere ya contar los instantes sino por hechos virtuosos. El amante querido de Zulema debe ser superior á todos los mortales : habrá de ser mas que un héroe para igualarse con su suerte.

Lleno de estas nobles ideas , Gonzalo , en compañía del leal Pedro , se encamina á Granada por las montañas de las Alpujarras. El prudente anciano le obliga á buscar sendas extraviadas , que los escuden contra unos enemigos , que el impetuoso Gonzalo desprecia. En aquella rústica region , el espectáculo de un

anciano respetable , de un desgraciado menesteroso, de un oprimido á quien puede defender , detiene la planta del héroe. Reparte entre los indigentes el oro de que la princesa cobró al cautivo, pelea y triunfa para favorecer á los débiles , retardan su carrera los beneficios, disculpiándose con el anciano, que le reprehende con ternura y llova de admiración.

Mientras se internan en los montes de Alhama , el esposo de Isabel lo había todo preparado para cumplir los intentos de la reina. Los pinos de los montes cercanos , los álamos erguños , los inmemoriales robles , las soberbias encinas , han doblado su cerviz al hierro de los Castellanos: transportase al medio del recinto , conducente las rocas , la cal bierre en los lagos cubiertos de espeso humo, y mil manos forman una cadena para despojar al Darro de sus arenas de oro.

Al mismo tiempo , llegan de Valencia

y Andalucía, víveres, armas y tropas: la abundancia reina en el campo, e Isabel prodiga las riquezas. Una parte del ejército, puesta sobre las armas, protege el trabajo de la otra. La reina preside á las obras, excita, anima sus guerreros, y, anunciando á todos una segura victoria, persuade á cada uno que la espera de su valor.

Los capitanes valientes cuadyuvan á su zelo. Lara no dexa un instante las armas. Durante el dia, al frente de los Castellanos, ordena sus batallones, y se admira de que los Granadinos permanezcan ocultos en sus tiendas, ignorando que las heridas de Almanzor no le dexan pelear, y los Moros temen la derrota, guiados por otro General: por la noche, acompañado de otros guerreros, se pasea al rededor del recinto: sus velaciones el descanso del ejército; y siempre en Gonzalo su memoria, tal vez lleva sus pasos hácia el mar.

En una de estas noches, en que Lara,

fixa la mente en su amigo, iba acompañado de cien ginetes, se aparta de los retincheramientos, y soltando las riendas á su caballo, marcha entre el silencio de las sombras. La luna de lo alto de su carro lanzaba trémulamente su luz plateada, en tanto que confusos los ecos prolongaban el lento gemido con que turbaba los ayres el ave de la noche. El sosiego reynaba en el solitario campo: y mientras que las obscuras tinieblas cubrian el horizonte de fantásticas sombras, tal vez á lo lejos brillaba de repente el desmayado resplandor de algunos fuegos errantes. En esto, el héroe sorprendido, oye los acentos de una voz melodiosa, que cantaba estas palabras:

Al fin, yo vuelvo con la noche fria  
 A ser feliz en la que el alma mia  
 Qual Deidad señora.  
 A verla tornaré, y en tiernos lazos  
 Estrecharán mis brazos  
 Aquel cándido seno palpitante,  
 Dó mora la virtud casta y hermosa.

Sus dulces labios de azucena y rosa  
 Los míos libarán, y oiré anhelante  
 Su voz enamorada  
 Por el amor tal vez interrumpida.  
 Entónces, ay! con lánguida mirada  
 Me inflamarán sus ojos eloquentes...  
 O, quanto amor le o! quantas inocentes  
 Caricias guardará! Tal vez ahora  
 Al rayo de la luna silencioso  
 Espera, de su esposo  
 Las memorias queridas repasando.  
 Tal vez cuenta llorando  
 Los instantes que tardó á sus amores:  
 Y en los dias mejores  
 Piensa quando la via  
 El Atlas entiscado,  
 Gozar siempre á mi lado  
 Amor inalterable y alegría.

Sombra fugaz, voláron  
 Tan florecientes dias,  
 Y en pos de sí leváron  
 Mi paz y mi placer  
 ¿Dó estás pasada gloria?  
 Dó estás? ay triste! yaces  
 En la infeliz memoria  
 Que siempre clama: fué.  
 Fué mi fatal ventura,

Y para siempre fué. Discordia impura  
 De la guerra infeliz soplando el fuego,  
 Sin esperanza me robó el sosiego.  
 De las tranquilas chozas paternas  
 Nos traxo á los horrores, á la muerte.  
 Y... ó! peor que el morir son los fatales  
 Vicios que esta region brota dó quiera.  
 Osman, pérfido Osman!... ah! teme, teme  
 Mi venganza rabiosa....

¿Osátes á mi esposa  
 Declarar tu pasión? En vano, en vano  
 Tu pecho rebentó la impura llama:  
 Mi esposa es la virtud, Zora me ama....  
 Mas ¿quien sabe, gran Dios, si en este  
 instante

Jura el pérfido ser su eterno amante?.....

Huye su vista, Zora,  
 Huye, y de mí te acuerda:  
 Por siempre fiel me adora,  
 Seré dichosa en tí.

O! si por dicha mía  
 No tan hermosa fueras!  
 Mi amor igual sería,  
 Empero mas feliz.

Lara atiende, examina atento, y á la  
 claridad de la luna, descubre un jóven ca-

ballero, cuya cabeza rodeaba un turbante negro. Apenas cubre su cuerpo una corta túnica, ceñida con una cadena de plata, de la qual pende un ancho alfange. Adornada con brazaletes de oro la desnudez de sus piernas y brazos, en su izquierda abraza un escudo, mientras su diestra empuña tres flechas. Su caballo, blanco como la nieve, no lleva ni silla, ni freno: libre y rápido como el viento, no dexa de obedecer á su dueño, y á su voz modera ó precipita sus pasos. Lara le reconoce por uno de aquellos Berberes, venidos de los desiertos del Africa en socorro de Boabdil, y manda á doce de su compañía que se apoderen de él, mientras los demas forman un cordon, cortándole la retirada.

El Numida para, espera á pie firme á los Españoles, y al acercarse, arroja en un instante las tres flechas, derribando cada una un caballero. El Africano parte como un relampago, huye, y separa los que le persiguen; pero no hallando salida, vuelve

al lugar del combate, se baxa hasta el suelo, toma una flecha que atravesaba el pecho de un Español, y arrojándola otra vez inmola otra víctima.

Lara se adelanta solo, detiene su gente que ya iba á echarse sobre el Moro, les manda guardar sus puestos, y dirigiéndose al Africano, le dice: basta, valeroso extranjero, entrégame tus armas sin hacer una inútil resistencia; y ya que apenas puedo contener á mis soldados, dexame siquiera el gusto de salvar tu vida.

Mi mucha infelicidad me prohíbe amarla, responde fieramente el Numida, y ántes que ser cautivo prefiero morir á tus manos. Dice, y desnuda el alfanje; Lara, arrojando la lanza, saca la espada y marcha hácia él. Ya se acercan, y se tiran mil golpes sin herir ninguno á su contrario. El Moro, aunque sin coraza, opone su escudo á la tajante espada del Castellano. El veloz caballo, atento á los movimientos de Lara, se desvia, salta, prevé los golpes

que amenazan á su dueño , y le libra repetidas veces de la muerte. Pero las fuerzas de los dos guerreros son desiguales : la espada del Español corta el escudo del Moro, le hiere en el pecho , y le derriba bañado en sangre. El caballo Numida relincha de dolor , procurando defender al que no pudo sacar vencedor , le rodea , le escuda con su cuerpo , levanta al ayre los pies , amenazando al triunfador , y viendo venir á los Castellanos, huye por el campo y desaparece.

Lara se llega á su prisionero, le da la mano para levantarlo, examina la herida, poco profunda, manda darle un caballo, y tributándole todo el respeto debido al valor desgraciado, marcha con él á las trincheras. El Moro le sigue, caida la frente sin que sus labios se abran á una palabra ni á un quejido : solo se abren á los profundísimos suspiros, que, mientras corren las lágrimas de sus ojos, exhala entrañablemente su corazón. Lara que lo observa, conoce fácilmente que algun pesar violento

le oprime ; pero no quisiera aumentar sus dolores con preguntas indiscretas. Al fin , no pudiendo resistir á la sensacion tierna que produce en su alma la vista del infortunio , le dice : valeroso Numida , el acaso y las tinieblas me han favorecido sin duda : mi victoria no iguala las hazañas que te he visto hacer : perdona á la suerte de las armas , que yo no queria probar , y sufre con serenidad una desgracia comun á todos los guerreros : harto dolorosamente me culpan tus lágrimas el favor que me dispensó la fortuna ; pero creo que no soy yo la única causa de tu llanto. ¿ La desdicha acaso arrancó á tus brazos algun amigo ? Ah ! ninguno mejor que yo podria compadecerte , ninguno mas bien que yo deberia esforzarse á calmar tu pesadumbre. Si acaso puede confiarse , yo merezco saberla. Y porque no creas que estás en poder de algun bárbaro , mañana al nacer el dia , Lara te dará libertad , si Fernando lo permite.

El Numida, al oír pronunciar el nombre de Lara, alza la cabeza, y lleno de admiración y alegría dice: ; soy prisionero de Lara! ; El héroe grande, á quien nuestros Moros no ménos estiman que temen, es el que hoy me hace el mas infeliz de los mortales! Ah! mi triunfo te seria amargo, si supieras lo que me cuesta tu victoria.

El virtuoso Lara le insta á que le confie sus pesares. El interés tierno que le manifiesta, la sensibilidad que reyna en sus discursos, el atractivo recíproco que experimentan las almas virtuosas, determinan al jóven Africano, esperando que su historia acelerará el instante de su libertad, ó que á lo ménos, su confianza agradecerá al generoso vencedor. Ambos se adelantan un trecho de la tropa, y el Numida habló de esta manera:

¡ Dichoso el mortal obscuro que, sin grandeza, sin bienes ni nacimiento, no conoce mas deberes que los de la naturaleza, mas placeres que amar, mas gloria

que ser amado ! Insensible al vano orgullo de que hemos hecho nuestra primera necesidad, no dexa su patria por buscar, en climas lejanos, los peligros ó los tormentos que no le estaban destinados: no vive lejos del objeto de su ternura, ni añade, á las penas inseparables del amor, la mas cruel de todas, la ausencia, de que la naturaleza le habia preservado: pasa tranquilos sus dias, en los lugares donde comenzaron: descansa al lado de su esposa, baxo el árbol donde jugó niño, y donde dormirá anciano. La choza que le vió nacer, ve nacer á sus hijos. Nada se muda, nada se mudará para él: el mismo sol le alumbraba, los mismos frutos le alimentaban, el mismo verdor regocija su vista, y la misma compañera, cada dia mas amada, le procura los beneficios de la naturaleza, las delicias del amor, y el placer de la paz.

Tal debia ser mi suerte, y tal era ántes de la guerra de Granada. Yo naqué entre los pueblos pastores, que sin ciudades,

ni habitaciones fijas, viven en tiendas con sus ganados, trasladan su campo de prado en prado, vagando por los desiertos, desde el pie del Atlas hasta las fronteras de la antigua Egipto. Los primeros Arabes, salidos del país de Yemen, acaudillados por Yafrik, vinieron á someter estas vastas regiones, y les diéron el nombre de su jefe. Los vencidos fuéron desterrados á las ciudades: los vencedores, respetando y amando siempre la vida pastoral, guardáron para sí los campos, y esparciéron sus tribus por el inmenso país de las Palmas.

En él hemos conservado las costumbres de nuestros mayores. Cada tribu separada encierra sus ganados y riquezas en un recinto rodeado de tiendas, labradas del pelo de los camellos. Libres, pero sometidos á un Cheik, el campo forma una república, que se fija ó se muda, decide la guerra ó la paz, por el parecer de las cabezas de las familias. Nuestro Cheik nos hace justicia,

reduciéndose el código de nuestras leyes á estas solas máximas : *ser feliz sin hacer daño á nadie.*

Nuestros bienes consisten en camellos , cuya celeridad infatigable puede transportarnos , en un dia , á doscientas millas de nuestros enemigos : en caballos , apreciables por la bravura , la inteligencia , la fidelidad á su dueño , de quien son leales compañeros : en ovejas , cuyas lanas finas son nuestro único vestido , y su deliciosa leche nuestra única bebida. Contentos con estos dones del cielo , despreciamos el oro y plata que nos darían nuestros montes , si nuestras manos , tan codiciosas como las europeas , se baxasen á cavar nuestras minas. Los verdes prados , las llanadas de cebada y arroz , nos parecen preferibles á esos metales peligrosos , origen de las desgracias mundanas , y que vosotros mismos , á lo que he oído decir , hacéis arrancar de la tierra por los brazos de vuestros delinquentes , sin duda para que os anuncien los crímenes que han de producir.

La paz , la amistad , la concordia , reynan en el seno de cada familia. Fieles á la religion que nos dexáron nuestros padres , adoramos un solo Dios , y tributamos honor á su profeta. Sin fatigar nuestro débil espíritu en comentar su libro divino , sin ostentar el delinquente orgullo de interpretar sus máximas santas , estamos ciertos de seguirlo exerciendo las dulces virtudes que grabó la naturaleza en nuestras almas , ántes que las prescribiese el sublime Coran. Nosotros creemos que una accion buena vale mas que muchas oraciones : que la justicia y la limosna son mas sagradas que el Rhamadan ; y precisados en nuestros desiertos arenosos á no executar algunas oblaciones , procuramos suplirlas con la caridad , la beneficencia , y sobre todo con la hospitalidad. Fieles , quarrenta siglos ha , á este deber fácil á nuestros corazones , le reverenciamos como el primero , le amamos como el mas dulce. El extranjero que halla el umbral

de nuestras tiendas, aun quando sea enemigo, es para nosotros un objeto sagrado: su vida, sus bienes, su reposo, nos parecen un depósito precioso, que nos confia el Ser Eterno. Cada dia le pedimos que nos conceda este favor, y los xefes de nuestras familias lo ambicionan. Ninguno de ellos come nunca en su tienda: la mesa está siempre á la entrada, los asientos dispuestos, y el dueño no se sienta hasta haber dicho ántes tres veces en voz alta:

« En nombre de Dios, padre de los huma-  
 nos, si hay aquí algun viagero, algun  
 » indigente, algun infeliz, que venga,  
 » que venga á comer mi pan y á contarme  
 » sus penas. »

Entre estos hombres sencillos, que han conservado las mismas costumbres desde el nacimiento del hijo de Agar, en medio del desierto de Zab, vine yo al mundo para amar á Zora, la mas casta, la mas hermosa de mi tribu. Zora, encargada á mi padre desde su infancia, criada conmigo,

no se separó de mí un instante , amándome desde el punto que yo la amé , sin que pueda decir qual fué el momento en que empezó nuestro tierno amor. Mi padre , Cheik de mi tribu , vió nacer y alimentó nuestro inocente cariño . Él nos estrechaba en sus brazos , nos llamaba sus hijos , y nos acariciaba igualmente. Antes de saber lo que era ser esposo , Zora me daba este nombre , yo la llamaba también mi esposa ; y mi padre , juntando nuestras manos , me decía : Ismael , hijo mío , ama siempre , ama toda tu vida á la hija de mi amigo : creced juntos , amándoos como las dos palmas , que una á par de otra se levantan delante de mi tienda : vosotros consolaréis mi vejez , y sostendréis mis pasos trémulos en la baxada rápida , que ya me arrastra al sepulcro : el himeneo os unirá pronto ; y algun dia repetiréis á vuestros hijos , lo que ahora yo os digo con tanto gozo.

Antes de cumplir doce años , mi padre

me habia enseñado á manejar el arco , á regir un caballo sin freno , á correr sobre él por la arena. Zora , por no dexarme , habia aprendido los mismos ejercicios creyendo amarlos porque me amaba. Vestida de una túnica corta , atada con presillas de oro , el arco en la mano , la aljaba sobre sus espaldas , seguia siempre mis pasos. Ya dexábamos nuestros ganados para perseguir el rápido avestruz , el peligroso chacal , ó los gatos monteses , atravesándoles Zora con sus flechas , celebrando yo sus victorias ; ya montados sobre veloces caballos , armados de dardos , y al frente de un esquadron de guerreros de nuestra edad , íbamos á buscar en su cueva al temible Leon , le hacíamos salir al campo con nuestras jabalinas , y al son de nuestras trompetas se descubrian los ocultos ecos. El animal furioso , rugiendo , turbado con el belicoso ruido , se arrojaba á los caballos , acometia , derribaba los cazadores , pero yo cuidaba de

Zora, y puesto entre ella y el Leon, hubiera sido despedazado ántes que Zora fuese herida, mil veces hubiera perdido la vida ántes que la suya estuviera en peligro. El monstruo, atravesado por todas partes, espiraba bañado en su sangre; y la jabalina de Zora llevaba sus sangrientos despojos.

¡ Dichosas y amargas memorias de aquellos venturosos tiempos! ¡ Quanto placer siento, al contar las costumbres de mi querida patria! La memoria de los bienes perdidos, es el último bien de los desgraciados. Todas las mañanas al nacer la aurora, Zora y mis hermanos, íbamos delante de la tienda del amado autor de nuestros días, á esperar en silencio el instante en que despertaba. Así como ninguno de nosotros se entregaba al sueño, sin haber recibido su bendicion, del mismo modo la deseaba para volver al trabajo. Puestos de rodillas al rededor del venerable anciano, despues de haberle escuchado orar, é invo-

car por nosotros al Soberano del cielo , le rodeábamos tiernamente con nuestros brazos . A veces se dignaba venir con nosotros , á conducir á los frescos pastos , los camellos , los carneros baladores , los caballos y los tiernos corderos que llamaban á sus madres , Mientras resueñan por el campo las flautas de los pastorcillos y los cantares de los amantes dichosos , nuestras mujeres en las tiendas practican los oficios confiados á su sexo , hilan la lana de nuestros ganados , preparan nuestro alimento , ponen en órden nuestra habitacion , educan é instruyen á nuestros hijos en bendecir y respetar á su padre , como la imágen augusta de Dios ; y al volver nosotros al anochecer , sus brazos nos descansan , sus deseadas caricias nos parecen mas dulces , con la corta ausencia que las dilató . Nuestro amor siempre vivo , aunque siempre satisfecho , procura expresarse con nuevas y repetidas pruebas : el jóven esposo , el jóven amante , cuenta

á la que ama lo que ha hecho durante el día, y le canta la canción en que celebra su belleza. Tomamos juntos la cena; y son nuestros manjares, arroz cocido al humo, el cabrito sobre las ascuas, los dátiles frescos, bastando esto á nuestra salud robusta y á nuestros deseos moderados. Después de esta comida frugal, los ancianos, sentados en medio del corro, cuentan las historias de los tiempos pasados, las hazañas del valiente Kaled; la bondad del sabio Almamon, ó las desgracias de dos amantes, que la fortuna quiso probar. Tribútanse lágrimas á su suerte, dándose con una mirada el parabien de no padecer las mismas adversidades. Una oración hecha en comun, anuncia la hora del reposo: dánse gracias al cielo por la felicidad del día que acaba de espirar, y se goza de un sueño tranquilo, á que ha de seguirse un día feliz.

Mi himeneo con Zora colmó mi felicidad. Zora sobre un camello, en una pira-

mide de gaza , fué paseada por todo el campo , al son de los timbales y flautas. Al traves del velo que la ocultaba , se distinguia la hermosa Zora vestida de una túnica blanca , las orejas , las piernas y los brazos , llenos de anillos y brazaletes de oro. Conduxéronla á mi tienda , mi padre la puso en mis brazos , y nuestros amigos y hermanos , delante de mi pabellon , celebráron hasta el otro dia , el amor del feliz esposo , la virtud de la tímida doncella.

Pero el sonido de la trompeta sucedió á tan dulces cantares. Concluido apénas mi himno , los embaxadores del rey Boabdil llegaron pidiéndonos , en nombre del profeta , que tomásemos las armas por la causa de Dios.

Hijos de Agar , nos dicen : vuestros hermanos de Granada os imploran : aquella soberbia capital , único resto de vuestras conquistas , va á caer en poder de los Christianos. De los extremos de España ,

los enemigos de nuestra fe se se han reunido debaxo de sus muros. Dueños de nuestro ciudad, pasarán al Africa, vendrán á incendiar vuestras ciudades poderosas, reducirán á cenizas vuestras mezquitas, matarán vuestros sacerdotes, ultrajarán vuestras mugeres, y penetrando hasta vuestros desiertos, llevarán á sangre y fuego vuestros campos pacíficos. Quando intentéis rechazarlos, sus victorias los habrán hecho invencibles. Entónces invocareis el Ser Eterno; pero él os castigará por haber abandonado á vuestros hermanos, por haber olvidado tanto tiempo, que solo os puso sobre la tierra para prodigar vuestra sangre en defensa de su ley.

Estas palabras inflamaron la juventud, y persuadieron á los ancianos. Mi padre, junto con los demas, decide que la flor de nuestros guerreros marche á socorrer á Granada. Al punto se oye resonar por todo el campo: ¡ al arma, Musulmanes, al arma! ¡ á caballo, hijos de los desiertos! El zelo

de Dios os guie ! La victoria siga vuestras lanzas !

A esta voz, diez mil guerreros saltan sobre sus veloces caballos; de los cuales escogió mi padre seis mil, y me confió el mando. Zora, temblando y fuera de sí, viene á echarse á sus pies, pidiéndole la dexé acompañarme. Diestra en el ejercicio de las armas, era digna de acompañarnos y de mandarnos. Mi padre titubea, pero las voces de mis compañeros, las lágrimas que ve sobre mi rostro, los ruegos de todo el ejército, deciden en fin su ternura á que Zora venga conmigo.

No contaré la triste despedida de mi padre, ni el dolor que le asligia por esta cruel separacion. Mis lágrimas corren todavía al recordar aquel anciano venerable, apartándose de mí para abrazar á Zora contra su seno, dexándola para volverme á abrazar, encargándonos á ámbos que nos mostrásemos dignos de él, dignos de nuestra patria, pero sin buscar peligros

superiores á nuestras fuerzas. Zora entonces, me de la mano, sin fuerzas para seguirle, no obstante te seguirá. Tú serias causa de su perdicion, y tu no sobrevivirias, y tu imprudencia llevaria al sepulcro tu esposa con tu padre. Respeta tus dias, como Ismael, piensa que mis ojos paternales te seguirán en las batallas, que no te apartarás un instante de mi alma, y que la lanza que amenace tu corazon, atravesará al mismo tiempo el mio.

Mientras decia estas palabras, quando ya mis guerreros á caballo, solo me esperaban á mi para partir, un negro cuervo desde lo alto de una palma hacia resonar el ayre con sus fúnebres acentos. Mi padre que lo vió, quiso suspender mi partida, pero haciendo poco caso de estos vanos presagios, respetados de mi nacion, disipé su temor, suplicándole no diese oido á su sensibilidad, y abrazándole por la última vez, monté á caballo siguiéndome la hermosa Zora.

Llegamos en poco tiempo á la ciudad de la Victoria, en donde los baxeles de Boabdil recibiéron mis seis mil guerreros. Desembarcados en el puerto de Almería, nos encaminamos á la famosa ciudad, en cuyo socorro veníamos. Boabdil nos colmó de caricias, alojó á los Bereberes en las casas mas ricas; y quiso que su palacio mismo sirviese para habitacion de mi esposa.

Pero en poco tiempo vino á serme odiosa la mansion en Granada. El espectáculo de un déspota feroz, rodeado de cortesanos corrompidos, el desprecio público de las costumbres, de aquellas costumbres tan reverenciadas, tan santas en nuestra nacion, repugnaban y horrorizaban á Zora, cuya alma tímida y casta, acostumbrada á no ver al rededor de sí sino la inocencia y la dulce paz, temblaba á la vista del vicio, como la gazela delante de la serpiente, y suspirando por el Africa, me rogaba cada dia que la sacase de aquella corte impia, &

que á lo ménos la alejase de un rey, que ya no conocia ni freno ni remordimiento.

Al fin se presentó la ocasion. Almanzor nuestro general, el único digno de mi estimacion, supo que los Castellanos intentaban atacar á Cártama, ciudad en donde se habia refugiado una célebre tribu. Cártama aunque inexpugnable, necesitaba socorros. Los Abencerrages que la defendian, irritados tiempo habia contra los Granadinos, no querian recibir en sus muros sino tropas extranjeras. Almanzor me pidió que mi esposa partiese con mil Bereberes. Estremecíme al pensar en separar me de Zora: ni podía abandonar el resto de mis tropas, ni vivir lejos de mi esposa; pero el deseo que mostraba de alejarse de Boabdil y su corte, lo mucho que elogiaba Almanzor las virtudes de los Abencerrages, la fidelidad de sus compañeros que todos morian por Zora, me determináron al fin. Conduxe pues mi esposa á Cártama, y Osman, el péfido

Osman , gobernador de aquella ciudad , le mostro el mayor respeto , convidándome á venir amenudo á ver el objeto de mi amor. Yo vivia tranquilo vuelto ya al lado de Almanzor , y casi todas las noches salia de Granada sobre mi infatigable caballo , para irme á pasar algunos instantes con mi esposa querida , y darle cuenta de mis pensamientos, oir y repetir nuestras promesas.

De esta manera se suavizaban un poco las penas de la ausencia , y se calmaban los dolorosos tormentos de existir léjos de Zora. Pero otro tormento todavia mas horrible vino á aumentar mis males. En este mismo dia , he sabido que el gobernador de Cirtama , que uno de estos Abencorrages que Almanzor me habia pintado como héroes , que Osman en fin , el infame Osman , se atrevia á amar á mi esposa y le habia declarado su amor.

No , Señor , vos no sabeis , ni podeis concebir el funesto , el terrible imperio que ofrece sobre nosotros la passion de los

zelos , la mas viva , la mas violenta , que se conoce en nuestros climas ardientes. Ningun crimen , ningun atentado , igual , á nuestros ojos , al de mirar á nuestras esposas , á nuestras amadas ; ningun género de venganza se prohíbe para castigar esta horrible afrenta. Liberales de nuestros bienes , pacíficos , afables , hospitalarios , somos mas bárbaros , mas feroces mas sanguinarios , que los leones de nuestros desiertos , luego que alguno intenta aspirar al objeto de nuestra ternura.

Apénas supe el crimen de Osman resolví ir á Cártama para estar al lado de Zora , para buscar la ocasion de pasar mil veces esta espada por el corazon del insolente Osman. Ya estaba en camino... ah ! y pensaba que nuestra última victoria , el incendio del campo español , me aseguraban hoy mi marcha mas que nunca. La idea de ver á Zora , de no volverme á separar de ella , la esperanza de vengarme de un traidor , llenaban mi alma de ale-  
gria

gela quando vuestros guerreros me asaltaron de repente por todas partes. Tal vez sin vos hubiera escapado de sus manos ; pero vuestro invicto brazo triunfó de mis esfuerzos , y vuestra victoria me cuesta los momentos mas caros de mi vida.

Esta es la causa de mis lágrimas : Zora me espera , y yo estoy cautivo : Osman está cerca de Zora : Ismael está entre las cadenas de los Españoles... ¿ Admiraréis ya mi llanto ?

Exigíidle , responde Lara , que yo repararé el mal que hice. Yo pediré á mi rey que os vuelva la libertad de que yo solo no soy dueño : mi propio caballo os llevará á Cártama , y al amanecer veréis á Zora , y si en premio de mi zelo queréis honrarme con vuestra amistad , ella me será mas grata que todos los laureles de la gloria.

En esto llegan á las trincheras. Lara conduce su prisionero á su tienda , emplea todo género de socorros , y mientras cui-

dan del Numida y sus heridas, Lara marcha en busca de Fernando para darle cuenta de su excursion nocturna.

El rey de Aragon y su augusta esposa estaban á la sazón en el consejo. Un extranjero, un incógnito, protegido solo por Isabel, cuya penetracion habia descubierto, en aquel hombre obscuro, un hombre grande, exponia á los dos reyes sus grandes designios. Colon proponia el descubrimiento y conquista de un nuevo mundo, pidiendo solo un navío. El consejo entero dudaba en concedérsele; pero Isabel no dudó.

Lara llega y toma asiento; pero los grandes intereses que se agitan no le dexan hablar al rey. El tiempo corre, se adelanta la noche, y el impaciente Ismael desea ansioso la vuelta de Lara.

Pero el caballo del Berber, huido del sitio del combate, tomó el camino que tantas veces habia corrido, y aguijado del terror, vuela hácia Cártama, en donde

Zora suspira inquieta , y espera á su esposo , viendo pasar las horas , y contando los tristes instantes. Figúrate los peligros que pueden amenazar al que ama , y aumentalos su imaginacion , fatigándola las mas funestas ideas. Un espanto mortal se apodera de su espíritu : un horrible presentimiento la hace llorar y estremecerse. No pudiendo soportar el horrible tormento que siente , quiere ir en busca de su caro Ismael , pareciéndola que padecerá ménos , buscando el objeto que su corazon desea ; que su temor será menor , exponiéndose á los peligros que él corre.

Para no ser detenida por las guardias , Zora toma un vestido guerrero , semejante al de los Abencerrages , atraviesa la ciudad á caballo , finge ser mensagero de una orden de Osman , sale y marcha hácia Granada , preguntando con sus ojos , por su esposo , á quanto descubria.

En esto oye correr un caballo , párase atenta , pone el oido , reprime el aliento

óyense las pisadas , acércase el caballo hiriendo igualmente la tierra , haciendo repetir al eco el ruido sordo de sus pies ; inmóvil , palpitando , descubre Zora el caballo : el color blanco , las largas crines , estremecen á la tierna Zora ; vuela , llama á Ismael... A este nombre , el caballo alza la cabeza , relincha y se llega á Zora. Zora le examina : él es , él es el caballo de su esposo : solo , teñido en sangre , su dueño pereció sin duda , su dueño espiró entre las manos de algun bárbaro Español.

El dolor , el temor y el amor , la sacan de sí , arrojase sobre el caballo sangriento , abandonándose á él , acusando al cielo , implorándole , jurando de vengar á Ismael. El inteligente animal vuelve atrás , aumenta su celeridad , y llevando á Zora al sitio mismo en que cayó su amante ; se para Zora mira , y ve los quatro Españoles que inmoló el Beteber. Ya no duda de su desdicha : busca el cuerpo de Ismael , reconoce su roto escudo , ve la tierra ha-

medecida con la sangre. Entónces despióde lamentables gritos, cae desmayada sobre aquellos despojos, y la desesperacion horrible la revuelca sobre la arena.

En medio de estas tristes quejas, oye gemir uno de los quatro Españoles, y levántase, corre: el infeliz respira todavía: Zora le socorre, procura volverle en sí, y luego que ha recobrado el habla, le pregunta acerca de su combate, de sus heridas; por aquel escudo que había quedado por tierra, por aquella sangre de que está cubierto Zora le pide, le conjura que no le oculte nada, y aumente ó disipe el tormento horrible que la aflige.

El soldado, agradecido á su socorro, pronuncia algunas palabras para explicarse, y mostrándole sus compañeros, le dice, que un Bereber, solo, acometido en el camino, los ha dexado por el suelo: pronuncia el nombre de Lara, repite que Lara los ha vengado, que hizo pedazos aquel escudo, que aquella sangre es la

del Bereber derramada por la mano de Lara

Zora sin responder , tiende la vista airada al rededor , pensando en dar fin á sus dias en aquel instante en el sitio en donde pereció Ismael. Pero el deseo de vengarle detiene su brazo : toma , aprieta la mano del soldado Español , y con voz interrumpida le dice : amigo , enseñame el camino del campo , del campo en que respira Lara , ese Lara... No temas , amigo , yo te enviaré tus compañeros ; yo volveré á socorrerte , si el cielo quiere que vuelva.

El soldado admirado le indica el camino que ha de seguir. Zora toma su caballo , se entrega á su celeridad , le excita , vuela , llega á las trincheras , las guardias quieren detenerla , pero Zora no oye sus voces. Id , les dice , id á comunicar al cruel Lara , que el gobernador de Cántama le desafía y le espera aqui : decidle que nada tema , que vengo solo , y si lo quiere ,

yo pelearé cercado de vosotros : que no tarde un instante , sino es el mas cobardo de los hombres.

Las guardias se pasman de tanta osadía, y dudan si deben obedecer ; pero el respeto de los Españoles á un guerrero que pide la lid , es para ellos una ley sagrada. Uno va á dar aviso á Lara, y entre tanto la jóven africana , sin olvidar , en medio de su furor , los deberes de la santa humanidad , envía dos soldados en busca del compañero herido.

Lara no había todavía vuelto , é Ismael le esperaba impaciente. El mensajero , sabedor de que está en el consejo , no se atreve á turbarle , y entre tanto habla con el Numida , contándole que ha venido á desafiar á Lara el gobernador de Cártama.

A este nombre , se levanta Ismael , encendidos en furor los ojos. ¡ Dios justo! exclamó , tú le traes á mis manos : el perverso viene á perseguirme , viene á pedir mi cabeza á mi vencedor generoso. Chris-

tiano, ¿permitirás tú que tu valiente general, fatigado del combate y de la excursion de la noche, vaya á exponerse contra ese traidor? No! si amas á Lara, si te dignas de escuchar la voz de un cautivo, á quien él honra con su estimacion, si quieres merecer de mí los beneficios que excedan á tu esperanza, préstame tus armas, ponme delante de ese Abencerrage que viene aquí con siniestros designios, y te deberé la suprema dicha de exponer mi vida por un héroe amado de mi corazón, amado de vuestro ejército.

El soldado titubea: Ismael le conjura, le insta, le entrega los brazaletes de oro que adornan sus brazos y piernas, promete por el Dios del cielo de disculparle con Lara, responde de todo con su cabeza, y el soldado en fin se despoja de sus armas, é Ismael se las viste con precipitacion. La herida le atormenta baxo la pesada coraza; pero el odio contra Osman, los zelos ardientes; la necesidad de vengarse, le

hacen olvidar el dolor : monta sobre el caballo de Lara , baxa la visera de su casco , y guiado por el soldado , el acero en la mano , lleno el corazón de rabia , corre al sitio en donde su esposa tirada con la tardanza , se indigna , amenaza , se agita , arde por bañarse en sangre

Apénas se descubren , enzarzados por la noche , ciegos de furor , llenos del implacable odio nacido de su propio amor , se arrojan uno contra otro Ninguno pronuncia una sola palabra ; ámbos temen igualmente ser conocidos ; ámbos tienen igual interes en ocultarse. Las espadas , cubiertas de sangre , no paran los golpes contrarios , solo buscan el paso al pecho del enemigo : morir no es nada , si matan. La astucia exercitada tantas veces , se olvida en este instante : el valor no es mas que rabia feroz Descríbrense para herirse mejor , acércanse para que sus heridas sean mas profundas , se abrazan en fin , se levantan de los caballos , caen

juntos , se vuelven á levantar , vuelven á abrazarse , temerosos de que su acero yerre el camino del corazón.

¡ Desgraciado Imael ! ¡ Desventurada Zora ! ¡ Que funesta error os domina ! ¡ Que horrible delirio os transporta ! Ay ! vuestras manos furiosas se tocan , vuestro aliento se confunde , ámbos os estrechais entre vuestros brazos , y nada os advierte , nada os anuncia que tenéis delante el objeto de vuestra adoracion ! ¡ Vuestros tiernos corazones palpitan uno junto á otro , y no se reconocen ! ¡ Vosotros que entendiais una sola mirada , un solo suspiro , vosotros que no podiais existir sino reunidos , ahora lo estais , ahora os abrazais , y es para daros la muerte ! ¡ Deteneos crueles , deteneos : calmad ese atroz furor , suspended esos golpes impíos , hablad una palabra , una sola palabra , y os postraréis ámbos de rodillas , lavaréis con vuestras lágrimas las heridas que habeis hecho , fixaréis vuestros labios mo-

ribundos sobre el seno que despedazais!

¡ Deseos inútiles ! Vanos lamentos ! El furor en su colmo , nada ve , nada escucha . Ina decididos en su venganza rabando de celos y dolor , Ismael hiere dos veces á Zora , y quiere volverla á herir : Zora abre dos veces con su espada el pecho de Ismael , y busca por donde envaynarla mas profundamente . Al fin falto de sangre , debilitado ya por su primer combate , Ismael empieza á ceder , y Zora se arroja , redobla sus esfuerzos , le acosa , le hiere , le derriba , y metiéndole la espada hasta el puño , muere , le dice , bárbaro : pero ántes de espirar , sabe que mueres á manos de una muger : Zora te da la muerte , Zora , la esposa de Ismael , que venga al esposo que adoraba .

Al oír estas palabras , al sonido de la voz , levanta Ismael la cabeza , recoge sus espíritus fugitivos , y juntando sus fuerzas desfallecidas , Zora ! dice , Zora ! .. ¡ y tú eres quien me quitas la vida ! y contra tí mi mano ! ..

No acabó : Zora se arroja , desata el casco , mira ..... Los primeros rayos del día le muestran el rostro pálido de Ismael.

Pálida como él , muda , inmóvil , tras-pasada de dolor , le considera atentamente. Querria , pero no puede dudar de su delito. Sin pronunciar una palabra , sin poder hacer ningun movimiento , permanece absorta y yerta , los cabellos erizados sobre la frente , los labios blancos entreabiertos , los ojos asombrados fijos sobre los ojos de Ismael , quien , con mano trémula , busca y toma la mano de Zora.

¡ O dulce amiga mia ! le dice : ó amada esposa , calma tu horrible desesperacion , perdónate tu error , como Ismael te le perdona. Tú querias vengar mi muerte , y yo creia castigar al pérfido Osman : tus manos sangrientas están puras ; el golpe mortal que me has dado , me prueba tu amor. Yo espiro mirándote , estrechando tu mano querida , apoyándola sobre mi corazon :

orazon : mi muerte ya no es dolorosa. En nombre de nuestro amor , ó tierna Zora mia , en nombre de nuestro digno padre , que no tendrá mas hijos que tú , prométeme vivir para consolarle : prométemelo al instante : la implacable muerte me cerca , ya llega ;... yo la siento... A Dios , Zora , bien mio... A Dios , único amor mio .. Ismael te perdona su muerte ; concédele á lo ménos tu vida.

Su voz desfallece , sus ojos se cierran , inclina la cabeza , y la mano fria suelta la de Zora. Ella inmóvil le mira aun algunos instantes. De improviso , tiemblante las rodillas , los brazos caidos , rechinan sus dientes , se inclina , se acerca al rostro de Ismael , busca sus labios , apriétalos con fuertes convulsiones , se abraza al cuerpo helado , y exhala el último aliento.

FIN DEL LIBRO VII.º



SUMARIO DEL LIBRO VIII.º

---

*D*otor de Lara , quien tributa los últimos oficios á Ismael y á su esposa. Llega Gonzalo Alegria del ejército y de los dos amigos. Terror de los Moros, que quieren huir á la ciudad. Almanzor los detiene. Llama á Gonzalo á la lid. Isabel acepta el duelo. Tormentos del héroe. Viene á buscarle un Trovador. Malla á Zuléma en un bosque. Su virtud vence al amor , y vuelve al ejército. Asáltanle los Bereberes. Combate y muerte de Almanzor. Batalla general. Hazauñas y generosidad de Gonzalo. Victoria de los Españoles.

---

## LIBRO OCTAVO.

**O** Muerte ! ; Muerte , terror de todos los hombres y su único reposo ! Ninguno te miraría como una desdicha , si descargas tus golpes , á un tiempo , sobre los amigos fieles y sobre los tiernos amantes. Dexar de existir no es doloroso ; separarse es el mayor de los males. No es desdichado el que á los últimos ó á los primeros días de una gloriosa carrera , satisfecho de si mismo , descende con su gloria al descanso del eterno sueño ; pero la amante , el amigo , que recogen sus cenizas , no conservando otra cosa de la vida sino la facultad de padecer , esos son verdaderamente desdichados , esos merecen nuestras lágrimas. Inútil , extranjero en el mundo , semejante al triste viajero perdido en la regiones lejanas , el que sobre-

vive al objeto amado , se cree en medio de un pueblo salvaje . Habla , y nadie le entiende : le hablan , y no puede responder . Su corazón ignora el lenguaje de la indiferencia : los hombres que ve , no son sus hermanos , pues no lloran con él . Inaccesible aun á las dulces emociones de la virtud , la mira como una obligación , sin acordarse de que es un placer . Solo , desamparado en el universo , vaga por un desierto inmenso , donde nada interesa á su vista , y donde sus ojos fatigados nada buscan sino un sepulcro . Él es el objeto á que se dirigen sus pasos ; él es el suspirado término de sus deseos , de los cuales huye alejándose continuamente . ¡ O Zora ! O tierno Ismael ! á lo ménos perecisteis juntos ! ¡ Vuestras almas siempre reunidas , irán á amarse en los altos cielos ! Ay ! vuestra suerte , aunque tan llena de horror , la envidia el corazón solitario , que ya solo vive en sus amargas memorias .

Los dos desgraciados esposos habian terminado su vida, y la guardia española los rodeaba, inclinadas las cabezas, cruzados las manos, en el silencio que inspira la piedad, quando Lara salia del consejo despues de haber obtenido del rey la libertad de su cautivo, y venia reclamando el combate que le usurpó Ismael; que espectáculo se presenta á su vista! Los dos amantes, tendidos sobre la yerba teñida en su misma sangre, las manos frias enlazadas, los rostros pálidos vueltos uno á otro, y los labios entreabiertos, como si buscasen su postrimer suspiro.

Lara despide en profundo gemido, y los Castellanos le cuentan el error fatal de los esposos. El héroe se estremece, derramando copioso llanto, y atribuyéndose con amargo dolor la causa de su muerte, quiere á lo ménos, honrando su cenizas, tributarles la última ofrenda de su triste amistad. Un mismo sepulcro encerró aquellos despojos, sobre los cuales

plantó la mano de Lara dos mirtos entrelazados: « creced, les dixo, árboles del amor, creced en la tierra, en donde reposan dos desdichados á quienes el amor dió la muerte. El viagero, el guerrero sensible, que pose á vuestra sombra sentirá latir su corazón, y correr á pesar suyo, sus lágrimas: los esposos de esta comarca pronunciarán, baxo vuestras ramas, sus tiernos juramentos; y los perjuros, si los hay, se apartarán llenos de rubor, sin atreverse á hollar la yerba que cubra este sepulcro sagrado. »

En habiendo cumplido estos tristes obsequios, Lara vuelve al trabajo de la nueva ciudad. Ya los profundos fosos están revestidos de fuertes murallas; los terraplenos dominan los llanos, las puertas giran en los goznes, las obras avanzadas son ya defensas, las barracas hechas á la ligera muestran solamente el lugar en donde se levantarán los edificios, sir-

viendo de asilo á los soldados , á los capitanes , á los reyes mismos , quienes no quieren otro palacio que el de la Alhambra , contentos con vivir en las sencillas habitaciones que ocupan sus guerreros.

Los Moros , admirados al ver una ciudad en lugar de un campamento derrotado , pierden la esperanza y la audacia , que les había inspirado la victoria. Boabdil , privado de Almanzor , á quien sus heridas no permiten pelear , no pudo oponerse á la empresa de Isabel , ni osa fiar á la suerte de las armas , el destino de su imperio. Los Alabeces y Almorañes rodeaban continuamente al héroe , contemplando en su augusto semblante , para saber si estará pronto en estado de guiarlos á nuevas victorias : todos los soldados , penetrados de respeto y ternura , cercan de rodillas su tienda , pidiendo al Ser Eterno que les vuelva su amparo , su padre , el objeto de su reconocimiento y veneracion.

Solo Alamar , envidioso de la gloria de

Almanzor, de quien por lo ménos se juzga igual, indignado de que el ejército se crea sin general mientras Almanzor no puede pelear, Alamar medita, en el retiro de su pavellon, nuevos crímenes. Ardiendo siempre en un amor feroz, por la hija de Muley-Hassen, sabía que la princesa estaba de vuelta en Granada, y que Almanzor y Muley han prometido protegerla y defenderla de su furor. Contando poco con la palabra del instantáneo Babbil, el Africano dió cante en su interior entrar por la noche en Granada, a rebatar á Zulema de su palacio, y banitar su presa en los estados que obedecen á su poder.

El sol estaba en medio de su carrera, quando de improvise se oye en la ciudad española un gran tumulto, y las voces y alegres aclamaciones anuncian algun feliz acontecimiento. Las centinelas de las murallas quieren dexar sus puestos: las guardias avanzadas, instruidas por emisarios, participan de la pública alegría, vense

sobre los muros los capitanes , los soldados abrazarse unos á otros , darse el parabien , rendir gracias al cielo , y amenazar , con los ademanes y las palabras , las torres soberbias de Granada.

Gonzalo acababa de llegar . Gonzalo , entre mil peligros , habia atravesado las Alpujarras y veia en fin la nueva ciudad . Muéstrase , y en siendo reconocido , millares de voces resuenan por los ayres , repitiendo su nombre glorioso . Nuestro héroe ! el gran Capitan ! El cielo nos vuelve nuestro salvador ! Españoles , corred todos , venid á ver el invencible Gonzalo .

Los soldados salen precipitados , amontonándose al rededor del héroe , le cercan , le estrechan , y el tropel detiene su caballo . Este quiere tocar y besar sus armas , aquel aliviarle de su peso , todos le piden , le obligan á baxar , le levantan entre sus brazos , y disputándose este honor , le llevan en triunfo , á los generales , á los capitanes , que venian á encontrarle .

Dichoso Lara ! Tú los precedias á todos : á ti buscaba Gonzalo. Apenas se ven , ámbos corren , se abrazan , juntan sus corazones por largo tiempo , lloran sin poder explicarse : luego se miran , y sus ojos no se sacian del placer de verse : sus lenguas balbucientes articulan algunas palabras , que ahogan los sollozos ; pero ámbos se entienden , ámbos se responden , y abrazándose otra vez parece que temen el volverse á ver separados. Valeroso Gonzalo ! animoso Lara ! ¿ que laureles , que victoria igualó jamas la felicidad de este momento ?

En habiendo satisfecho el primer movimiento de sus almas , Gonzalo , sin soltar la mano de su amigo , responde á las muestras de afecto que le manifiestan los demas guerreros Aguilar , Cortes , Medina , Guzman , le dan el parabien. El héroe , rodeado de insignes capitanes , va hacia donde está la reyna , siguiéndole todo el exército , que llenaba el ayre de alegres cantos.

Isabel sale á recibirle con Fernando. Gonzalo dobla la rodilla, la reyna al punto le levanta, le manda sentarse á su lado, recibe de su mano el tratado que el pérfido rey de Fez quiso sellar con un crimen, y se estremece al contemplar los peligros que amenazáron á su embaxador. El rey de Aragon habla de venganza : Isabel solo habla del héroe. Pensemos, dice, en lo que debemos á Gonzalo : nuestro poder no alcanza á satisfacerle ; pero la estimacion de su patria, la veneracion del exercito en sus señales de alegría y amor que habrán llenado su corazon, esta es su digna recompensa. Gran capitan, tú estabas ausente ; el Moro nos venció, muéstrate, y Granada cae. Tus reyes, tus soldados, tus iguales, todos confiesan con orgullo que tu brazo manda á la victoria.

Dixo, y dexa á Gozzalo con el hel Lara. Los dos héroes, robándose á la multitud que les rodea, se retiran á un mismo asilo, y entregándose en libertad al sentimiento

que ocupa sus corazones , multiplican las preguntas , quieren responder á un tiempo , y cada uno hablando de sí , se interrumpe á sí propio para hablar de su amigo. Empiezan repetidas veces la historia de lo que ha padecido uno sin otro : lloran de alegría al acordarse de sus propios peligros ; de ternura al saber los riesgos que ha corrido su amigo. Lara quiere ver y abrazar al fiel Pedro que libertó en Fez á Gonzalo , le llama , va á buscarle , le apellida su bienhechor , le estrecha entre sus brazos , le pide que le cuente las hazañas de Gonzalo en la embarcacion , colma al anciano de caricias , y disputa á su generoso amigo el derecho de la recompensa.

Luego escucha en silencio los sucesos que interesan á Zulema. Instruido , tiempo habia , de la pasion de Gonzalo , oye sin admiracion que le ama. Los beneficios de la hermosa Mora , su tierno reconocimiento con su libertador , excitan la gra-  
titud

titud de Lara; pero ménos ciego que un amante, no se atreve á esperar que el dulce himeneo sea el premio de una paz que mira como imposible. Lara sabe los designios de Isabel, el voto que ha hecho de perecer ó apoderarse de Granada: oculta sí á su amigo este voto, finge, por no afligirlo, que toma parte en su falsa esperanza, y respetando su amistad delicada una ilusion que ha de durar poco, prepara el consuelo para los pesares que prevee.

Entre tanto, la fama veloz había llevado, hasta el campo de los Moros, la noticia tan temida de la llegada de Gonzalo. Un súbito terror se apodeta de los Granadinos: los unos recuerdan pálidos la victoria que ganó Abenhamet: los otros, su entrada en Granada. Todos tiemblan, amedrentados, corren al pavelon del rey, rodean á Boabdil, pidiendo á voces el volverse detras de sus muros, amenazándole de abandonar el campo, si el monarca quiere detenerlos.

Boabdit, Muley-Hassem, los xefes de las tribus, Almanar mismo, no son bastantes á aplacar el pavor: nadie escucha sus discursos, ninguno reconoce su autoridad: el temor fomenta la sedición entre los soldados, les hace perder el respeto á su rey, vuelven en tumulto á sus tiendas, cargan sobre sus hombros lo que cada uno tiene de mas valor, y creyéndose ya perseguidos por Gonzalo, huyen hácia la ciudad. El campo quedara desierto, si el grande Almanzor no se hubiera presentado.

Almanzor, advertido por su padre, sale medio desnudo del lecho en que le tenia el dolor de las heridas, toma una lanza que ayuda á sus tardos pasos, y sin turbante, sin alfange, cubierta la frente de palidez, cargado de la gloria del heroismo, viene á presentarse delante de los fugitivos, ¿Dónde correis, hijos de Ismael? les dice con voz terrible: ¿que funesto delirio os domina, y que pensais evitar? La muerte?

vosotros mismos la vais á buscar , y la llamais sobre vosotros. El Español de lo alto de sus muros , baxará en un momento , se arrojará sobre vosotros , degollándoos como un vil rebaño. No os hablo del honor ; que nada puede en vuestros viles ánimos : no os hablo de vuestra patria , del Dios á quien faltais , de vuestras mugeres , de vuestros hijos que sin duda habeis vendido : solo os imploro por vosotros mismos , por esa vida que tanto amais y que vais á entregar al enemigo : deteneos , ó pereceréis. Esperad al ménos que la noche pueda no ocultar vuestra ignominia , sino asegurar vuestra fuga : esperad que la obscuridad retarde algunos instantes esa muerte que mirais con tanto terror , y que un guerrero asegura desde el punto en que empieza á temerla. Dudais ? ¿ Teméis todavía que ántes que acabe el dia venga Gonzalo á acometeros ? Sosegaos : yo solo pelearé , yo solo baxaré al sepulcro , ó libraré al ejército del enemigo

que le atemoriza. Rey de Granada, manda que vaya un heraldo á desafiar en mi nombre á Gonzalo, anunciándole que mañana al amanecer, en presencia de los dos exércitos, le llama á duelo de muerte. Y vosotros, cobardes Granadinos, que en otro tiempo no me abandonabais, ¿querréis ántes de huir, verme morir ó triunfar?

A estas palabras, se detienen los Moros, los soldados llenos de rubor consienten en permanecer en el campo: Boabdil envía el heraldo: Muley-Hassem, bañado en llanto, guarda un profundo silencio, estrecha á su hijo en sus trémulos brazos. Alamar encubre su rabia debaxo de vanas lisonjas; y los xefes, inclinada la cabeza, no se atreven á entregarse á la alegría.

El heraldo marcha, precedido de dos trompetas; llega á las puertas de Santa Fe, los puentes se baxan, véndante los ojos, y le conducen á la presencia de los reyes. Gonzalo entónces, con todos los generales

estaba al lado de Isabel, persuadiendo á la reyna las ventajas de una dichosa paz. Anuncian el heraldo de los moros : entra, y doblando la rodilla, dice : reyes de Castilla y Aragon, yo vengo, en nombre de Almanzor, á llamar á desafio á Gonzalo de Córdoba. Mañana al amanecer, delante de nuestro ejército, el príncipe de Granada, le esperará en la llanura, y solo la muerte de uno de los dos podrá separarlos.

Gonzalo lanza un doloroso suspiro, que la reyna cree efecto de su gozo, y sin darle tiempo para hablar : heraldo, dice al enviado, Gonzalo acepta el desafio : Fernando le conducirá en persona, nosotros damos nuestra real palabra : ve á llevar mi respuesta.

Entonces vuelta á Gonzalo, que procura ocultar á sus ojos la turbacion que le agita : columna de mi trono, le dice, mis votos fueron al fin oídos. Quando ese bárbaro dió la muerte á mi yerno, le

único que pedi al Señor fué que le entregara á tus brazos : el Todo Poderoso me oyó. O hija mia ! alégrate : la muerte de Alfonso quedará vengada.

Fernando la escucha regocijado, despojase de su terrible espada, la misma que en las manos del Cid, vengó á su patria y su padre, conquistó á Nimena y Valencia, y guardaban los soberanos de Aragon, como un tesoro precioso. O tú, dice á Gonzalo, tú que tanto semejas á Rodrigo, recibe esta su espada. A mí me pertenece por mi corona ; á tí te toca mas por tu valor. Castigue este acero al matador de Alfonso, haga triunfar á la España, y qued. para siempre en las manos mas dignas de traerle.

Todos los generales aplauden, todos rodean al héroe, celebran su victoria, anuncian la pérdida de Granada en faltándole su defensor, y entregándose á la alegría de ver triunfar á un rival en la gloria, manifiestan que los corazones generosos saben admirar sin envidia.

Gonzalo turbado, abatido, apenas puede responder á la reyna , á Fernando, á sus compañeros : va á hablar para decir que Zulenta salvó su vida , que los lazos mas dulces y mas estrechos le unen á la princesa , que su hermano es sagrado para él ; pero el honor , el severo honor , el ídolo de las almas grandes , el honor que en nada estima las penas de los corazones sensibles, impone silencio al héroe. ¿ Como ha de negarse á un duelo ? ¿ Como pudiera enganar la voluntad de sus reyes , la esperanza de todo el ejército , y sacrificar al amor su deber , su patria y su gloria ? Combatido de estos encontrados pensamientos , se aparta del tropel que le cerca, retirándose en compañía de Lara.

Entonces arrojándose entre los brazos de su fiel amigo , baña su rostro con sus lágrimas , y le repite mil veces el juramento que hizo á su amada de respetar siempre á Almanzor : le hace presente el obstáculo insuperable que su victoria opondrá á su

hizo con la princesa; el dolor, la rabia de Muley-Hassem, la amenaza de Zulema de ahogar para siempre su amor si derramaba la sangre de su hermano: ella dexará de amarme, dice con desesperacion: amigo, no, tú no puedes comprender, no puedes concebir la desdicha, la horrible desdicha de no ser amado de Zulema. Yo sufrivé su ausencia, padeceré todo género de penas, todos los tormentos de los zelos, arrastraré mi triste vida, esperando un siglo entero la felicidad de verla un momento, pero faltar á la fe jurada! hacer correr sus lágrimas! atraerme su odio! gran Dios! el odio de Zulema!... No, amigo: morirá primero, perderé mi estéril gloria; quitame tú mismo la vida, ántes que yo cometa tan horrible delito.

Lara le escucha en silencio: Lara no necesita recordarle lo que debe á su patria: las lágrimas de Gonzalo manifiestan que no le ha olvidado. Lara le abraza,

le estrecha sobre su corazón, y temiendo que se lo niegue, propone, con voz tímida, el pelear por su amigo: El héroe desecha esta oferta, que humilla su valor, y atemoriza su amistad. El peligro es grande con Almanzor: Gonzalo no puede cederle...; Gonzalo exponer la vida del mortal que mas quiere! esta idea le estrecha: manda á Lara, que no vuelva á instarle, se arrepiente de haberse explicado demasiado, y resuelto á cumplir su deber, piensa en desplegar toda su fuerza, toda su astucia, para preservar su vida sin atacar á su enemigo.

Mientras concibe esta chimerica esperanza, la noche que se adelanta con las estrellas, obliga á los dos amigos á tomar un sueño ligero, quando de improviso los despierta uno de los soldados que guardaban las puertas. Gran Capitan, lo dice, venid á oír un trovador de estos que vagan por España, cantando las hazañas de los héroes y las penas de los

amantes fieles , que solo , del otro lado de las trincheras , pide el hablaros.

El enamorado Gonzalo , que cree que todo el universo ha de hablarle de Zulema , se levanta con precipitacion , pide á su amigo que no le acompañe , y va á las puertas con el soldado. Apénas está en lo alto del muro , descubre á lo lejos el trovador envuelto en una ancha capa , junto al foso , cantando con dulce melodia , escuchando atentas las centinelas.

El sonido de la voz que Gonzalo quiere reconocer , y el misterio que muestra el extranjero , excitan la curiosidad del héroe : manda abrir las puertas , y va á hablarle : mírale á la claridad de la luna , y reconoce baxo este traje á Amina , la fiel Amina esclava de Zulema. Su alegría le hace despedir un grito , é inquieto le pregunta , en donde respira la que adora. En este bosque está , le responde la esclava mostrándole una colina que se distinguía desde el pie de la muralla : por veros y

hablaros ha salido de Granada : por órden suya vengo así disfrazada, para llegar hasta aquí, para buscaros y llevaros á su presencia.

El héroe marcha, dexa atrás la esclava que le había de guiar, corre, llega al bosque, ve á la princesa y se arroja á sus pies; quiere hablar, y las lágrimas interrumpen sus palabras: aprieta la mano querida llegándola á su boca; pero Zulema la retira dulcemente, y afirmando le voz que su emoción había alterado, le dice: que he oído? ¿que horrible voz me ha obligado á dexar á Granada, á buscaros, sola, de noche, en medio de este bosque desierto, á faltar por vos á mis deberes, á mi padre, á mi patria y á mí misma? ¿Es cierto que mañana habéis de perecer, ó matar á mi hermano? ¿Es cierto que la espada de que yo os armé, ha de atreverse el pecho de Almanzor?

Zulema, le responde Gonzalo, no aflijas á un desdichado: Almanzor me llamo á la

lid, mis reyes recibíeron su cartel, mis reyes y todo nuestro ejército, han puesto su causa en mis manos. ¿ Podía yo negarme á sus deseos ? ¿ Debía yo declarar nuestros secretos , ó dar que sospechar de mi valor ? No , tú no lo hubieras permitido : tú misma me hubieras estorbado envilecerme á los ojos de mi patria, y merecer su desprecio. Pero calma , sosiega tu corazón : mi lanza y mi espada solo servirán mañana para mi defensa : mañana espiraré áules que amenazar la vida de Almanzor : espiraré dichoso , moriré por lo que mas amo por el honor y por Zulema.

Escucha , dice la princesa , yo no soy mas que una muger débil , poco instruida en las bárbaras leyes que guardan los héroes en sus lides. Tal vez me sería licito recordarte tus juramentos , y preguntarte si el honor , el honor sagrado de las almas puras , que no siempre es el de los guerreros no te prohíbe volver tu espada contra el hermano de tu amante , faltar á

las mas santas promesas , dar la muerte á mi virtuoso padre entre las lágrimas y la desesperacion; pero vo te adopto, Gonzalo , y todo lo que contribuye á tu gloria, es respetable á mis ojos. No temas que yo venga aquí á darte consejos indignos de tu valor , á abusar del dominio que sobre tí tengo , para pedirte una vileza : no , Gonzalo, no lo temas : yo vengo á jurarte otra vez, que tú eres el único que he querido : que hasta el último instante, no querré sino á tí solo : vengo, cierta de mi muerte, á decirte por la última vez...

Cielos!... interrumpe el héroe, queréis?... Quiero que me oygas, que conozcas mis desdichas, y que tú mismo juzgues si puedo soportar la vida. Yo debo darte cuenta de los motivos que tengo para acabar unos días que te pertenecian á tí solo. Sabe lo que ha pasado : sabe que desde la cuna de la felicidad, me veo repentinamente sumida en el abismo del infortunio. Yo habia hablado á mi

padre , le había contado todo , y había movido su corazón sensible. Advertidos secretamente que el impío Alamar osaba amenazarme todavía , íbamos á salir de Granada , y huir para siempre de Boabdil. Una nave cargada con nuestras riquezas , debía llevarnos á Sicilia. Allí tú hubieras venido , luego que la paz ó una tregua te hubiera permitido separarte de tus reyes : allí tranquila entre los Christianos , profesando tu religión santa , tanto tiempo ha la mía , te hubiera dado mi fe delante de tus altares : mi padre amado lo consentia : allí , pacíficos , incógnitos , olvidados del resto del mundo , ocupados solamente en agradarnos , en hacer feliz ese digno anciano , en gozar continuamente de aquellos placeres suaves de que solo juntas disfrutaban dos almas puras , hubiéramos visto correr nuestros rápidos días , los pocos días que el cielo concede á los humanos para la ternura y la felicidad. En este instante en que yo contemplaba

las dulzuras que este esperanza, vienen á comunicarme que mañana tú matarás á mi hermano, ó recibirás de él la muerte. Porque no te alucines, Gonzalo, no creas que podrás, con Almanzor, evitar la muerte sin dársela: mi hermano tan valiente como tú, tan exercitado en vuestro terrible arte, ha prometido perecer ó inmolarle. Mi hermano cumple sus palabras: su causa es mejor que la tuya: él quiere libertar á su patria, tu quieres sujetarla: él pelea por salvar á su esposa, tú peleas para perder á tu amante, para imposibilitar para siempre el himeneo, aquel tierno himeneo, tan difícil ya por tantos obstáculos, cuya ilusion me consolaba, y mantenía mi existencia. Si la fortuna es igual, si el cielo es justo, tú serás vencido. ¿Y piensas que yo podré vivir despues? Si tú triunfas, debo aborrecerte, y la muerte me es mas fácil. A Dios pues, desdichado amigo; á Dios, pues que puedo todavía darte el dulce

nombre de amigo, hablarte, mirarte, apretar sin delito esta mano querida que yo esperaba unir á la mía; esta mano que dentro de una hora... A Dios, Gonzalo, á Dios para siempre.

En pronunciando estas palabras, un temblor se apodera de ella, suelta con violencia la mano de Gonzalo, pronuncia á Dios sollozando, quiere alejarse, y cae privada de sentido. El héroe la levanta, la esclava acude á socorrerla; pero nada la vuelve en sí; y ya los primeros fuegos de la aurora empezaban á brillar en el horizonte.

Gonzalo, fuera de sí, le enagena el amor, le oprimen los sollozos, descubre el día sin poder dexar á su amante, la ve pálida, sin vida, caída la cabeza, esparcidos los cabellos; sostiene en sus brazos, siente correr por sus manos trémulas las lágrimas, que salen aun de los párpados de Zulema. Su razón le abandona, y ya no piensa en el combate aplazado; solo piensa

en su amante, solo ve á Zulema en el universo. El tiempo corre, la hora se acerca, olvida... y de repente su vista se dirige á su espada, á la espada del Cid que le acababa de dar su rey. Entónces queda inmóvil: el nombre, el nombre grande que le viene á la memoria, el uso para que le fué dada, la sangre del padre de Ximena que derramó Rodrigo á pesar de su amor, todo en un instante recuerda Gonzalo los deberes á que iba á faltar. El rubor colora su rostro, y un frío sudor discurre por sus miembros: la imágen de Lara se ofrece á su vista, Lara que le espera, que responde al ejército por el honor, por la gloria de su amigo... ; y la aurora ha salido ya !... y quizá se duda!... Gonzalo lanza un horrible grito, pasa á los brazos de Amiga el cuerpo amado que sostenia, toma la mano de Zulema estampando en ella sus labios, parte, vuelve veloz, encarga su cuidado á la esclava, toma otra vez la cara mano que baña con

sus lágrimas, llama todas sus fuerzas, se arranca en fin del lado de su amada, y temeroso de volver los ojos, apresura la marcha hácia Santa Fe.

Aun no habia salido del bosque, quando oye voces y gemidos, y ve una tropa de gente de á caballo, dispersa por el monte, llenando el ayre de sus fúnebres acentos. Los tristes Bereberes, que dexó en Cartama Zora, inquietos sin saber la suerte de la jóven esposa, la buscaban desde el dia anterior, y acababan de saber que habia perecido junto á los muros de la ciudad Christiana. Penetrados de dolor, ardiendo en deseos de venganza, apenas divisan á Gonzalo, sedientos de la española sangre, se reunen para acometerle. El héroe saca la espada, y poniéndose al abrigo de los árboles para defenderse de tantos, mantiene á pie, sin coraza, el peligroso combate. Caen muchos á sus golpes; pero precisado á huir de árbol en árbol, ve con desesperacion, que otro nuevo

enemigo sucede al que acaba de vencer. Corre el tiempo, aparece el sol, ya brilla en los cielos: Gonzalo dobla sus esfuerzos, procura apoderarse de un caballo; pero ellos huyen, y no conocen mas que á sus dueños: quiere abrirse paso al traves de las lanzas; pero los Berberes, ligeros como el ayre, le cercan y le estrechan por todas partes.

En este tiempo el valeroso Almanzor, al despuntar los primeros rayos del dia, habia pedido sus armas. Débil por sus heridas, pero sostenido por su virtud, por el amor á su patria; se cree con todas sus fuerzas, y jamas se sintió con mas ardor. Vístese la reluciente coraza, cubriéndola con una cota de malla, impenetrable al mas agudo acero: ciñe su cabeza con el turbante, forrado con tres hojas de acero, sujetándole y asegurándole con una cadena de metal: un manto purpúreo descendiendo hasta la cintura, en donde está pendiente de anchos anillos de oro, un alfange tem-

plado en Damasco : toma la lanza y el escudo , y ántes de salir de su tienda , hince la rodilla ante el Ser Eterno , y alzando la voz dice : Dios de la victoria y la justicia , Dios que miras en lo mas profundo del corazon de los hombres , tú sabes la intencion que me anima ; tú sabes que tu ley santa , tu culto que intentan destruir , mi patria que quieren esclavizar , es lo que hoy me lleva á pelear con el mas formidable guerrero. Haz que mi fuerza iguale á mis ánimos , haz , á este tu soldado , digno de tu causa , y sostenme con tu brazo poderoso. Si mi hora ha llegado , si mi destino se cumplió , Dios de bondad , cuida de mi cara esposa ; guárdala desde lo alto de tu trono , estorba que la postre el dolor. O Alah ! yo no sentiré morir , si Moraima vive.

Despues de pronunciadas estas palabras , acompañadas de algunas lágrimas , levántase el héroe con augusto continente , marcha con planta veloz , monta sobre el

caballo que tenían quatro esclavos, y se endereza tranquilamente al lugar señalado para el combate.

El ejército de los Moros, mandado por Boabdil, Muley-Hassem y Alamar, le sigue formando sus esquadrones por aquellas llanuras. El anciano Muley, montado sobre un fogoso caballo, viene á abrazar al generoso hijo; y sin poder hablar, sus corazones se comprehenden. El venerable anciano se aparta para ocultar sus lágrimas, y el grande Almanzor en medio del pánico que espera, con semblante indignado, á su enemigo.

Los Españoles salían al mismo tiempo de la ciudad, y Fernando en persona, mandando los batallones, forma un frente igual al de los Moros, reparte la caballería en las dos alas al mando de Aguilar y de Medina, y confiando el centro á Fernan-Núñez, se coloca con los caballeros de Calatrava en frente de Boabdil. Isabel, de lo alto de los muros, anima á los sol-

dados con su presencia , y solo esperan á Gonzalo para dar la última señal.

Lara inquieto le busca , sin atreverse á preguntar por él ; discurre por la muralla , mira los dos ejércitos , divisa á Almanzor solo , esperando y buscando con los ojos al enemigo , oye que llaman á Gonzalo , y ninguno responde. Los Moros prorumpen en injuriosas voces , los españoles se admiran , los reyes , los xefes , los soldados , se quejan en voz alta , y ámbos pueblos de concierto acusan á Gonzalo.

Lara desconsolado , arde en cólera , y en oyendo ultrajar á su amigo , nadie puede detenerle : corre á la tienda en donde el héroe habia dexado sus armas , se las viste con precipitacion , toma el escudo famoso en donde se distingue el inmortal fenix , monta el caballo de Gonzalo , y calada la visera sale á carrera abierta , y se pone delante de Almanzor.

Los Castellanos muestran su alegría , los Moros guardan el silencio : Almanzor

se apresta, las trompetas se oyen. Al modo que dos águilas furiosas parten del norte y del mediodia, hienden el ayre con las veloces alas, y caen al encontrarse; así los dos héroes se arremeten, se juntan en el medio de su carrera, y al golpe caen los caballos. Levántanse al punto, la espada en la mano, acércanse, y descargan sus brazos: el acero corta el hierro, y sus corazas despiden vivo fuego. El Moro, mas corpulento y mas astuto, menudea los golpes terribles: el Español, mas fuerte y mejor armado, se cubre y no prodiga los suyos: ámbos, sin perder terreno, agitándose en el mismo sitio, buscan los parages indefensos, amenazan al pecho, tiran al casco, paran, atacan, avanzan, se retiran en un instante, siempre se oponen los escudos, siempre penetran sus mutuos intentos, los eluden, los previenen, y ninguno puede aprovecharse del movimiento que habia previsto. La vista no puede seguir las espadas que, ora levan-

tadas, ora baxas, se revuelven, se cruzan en lugar de descargar. Aun no corre la sangre, la victoria está incierta, y solo la fatiga podrá declararla.

El impaciente Almanzor, que consiente en morir en triunfando, arroja el escudo, da hácia atrás tres pasos, empuña con ámbas manos el formidable alfange, y volviendo como un rayo, descarga sobre su enemigo, partiendo el escudo de Lara, corta la coraza, y la punta abre en el pecho una ancha herida, de donde mana la sangre. Lara cae con una rodilla en tierra: el Moro, lleno de esperanza, quiere asegurarse, y el español observa el instante en que el movimiento de los brazos levanta la cota de malla, le dirige un golpe certero, dexando su espada en las entrañas del héroe.

Almanzor le hiere de nuevo, y Lara palpitante cae sobre la arca. El príncipe de Granada vencedor, queda en pie algunos momentos, vacila, cede, y va á medir

la tierra al lado de Lara, bañado en su propia sangre. Ambos procuran levantarse, ámbos con débil mano buscan en vano sobre el polvo la espada que perdieron; quando un guerrero Christiano se muestra en el campo, despidiendo gritos y sollozos, y llega volando, abriendo los hijares del polvoroso caballo, invocando el honor, la justicia y la amistad.

Los Castellanos piensan reconocer en el escudo, en campo de gules, al animoso Lara: los Moros creen ser un traidor, que viene á inmolarse á Almanzor. Avanzan pues hácia él, los españoles le siguen, los dos exércitos se acercan, se alacan con furor, se mezclan, cruxen las armas, la sangre corre en arroyos, los guerreros caen, el campo se cubre de muertos.

Gonzalo era quien, libre en fin de los Bereberes, no habia encontrado otras armas que las de su amigo: ve á Lara, se arroja al suelo, le levanta, siente palpitar aun su corazón, y le confia á los

Castellanos para llevarle á Santa Fe. Luego corre hácia Almanzor, á quien los Alabees socorrian. En vano lanza gemidos dolorosos al verle privado de vida. Detiene los Aragoneses que iban á arrojarse sobre él, defiende de los suyos el cuerpo del héroe que causa sus lágrimas, protege, asegura la retirada de los Alabees, que le llevan sobre sus escudos, y en viéndolos distantes toma el primer caballo, saca la espada del Cid, se arroja entre el tropel, desesperado y fuera de sí, lleno de amor y de cólera, busca el peligro con ojos codiciosos, con ansia de perecer, acomete, desune, derrota los espesos batallones, vuelve al medio de las lanzas, inunda de sangre la tierra, pide la muerte, la provoca, la implora y la desprecia á un tiempo.

Fernando, Cortes, Aguilar, se exceden en esta memorable jornada; pero sus hazañas desaparecen al lado de las de Gonzalo. Ligero y temido como el rayo, discurre

por el ejército enemigo , sembrando la muerte y terror : inmola , disipa , desbarata quanto intenta oponérsele , ábrese un ancho camino en donde sus víctimas caen amontonadas , y aguija el fatigado caballo , que apenas puede pasar sobre las armas y los cadáveres.

En medio de la horrenda carnicería , del tumulto , de los gritos de los fugitivos , el héroe descubre á Muley , á quien acometian quatro Españoles , defendiendo su cansada vida , pronunciando entre sollozos el nombre del hijo que habia perdido. Esta vista lastimosa aumenta los males de Gonzalo , y volando á su socorro , dispersa aquellos enemigos , da su caballo al anciano , se pone á su lado cubriéndole con su cuerpo , le guia por entre el tropel , le muestra á lo lejos Granada , y le abre el camino.

Entretanto Alamar , el terrible Aalmar , que venia de dar muerte á Velasco , á Zuñiga , á Manresa , á Giron ; Alamar , cubierto de sangre , se presenta delante

de Gonzalo. Ambos se paran , ámbos se miran , jamas se viéron y se reconocen en su odio. Gonzalo está á pie , y el feroz africano , guía sobre él su caballo : el español le evita al paso , y de un revés desgarrata al impetuoso animal. Alamar cae , Gonzalo descarga el brazo sobre él , y la piel de serpiente resiste á sus golpes : el héroe ase á Alamar , le aprieta , le estrecha con todos sus miembros , lucha , rueda con él por la arena , y oprimiéndole con todo el peso de su cuerpo , va ahogarle , quando los Zegries y los Africanos llegan por todas partes , y se reunen contra Gonzalo : Gonzalo suelta la víctima , y resiste solo á la multitud. Apoyado sobre un monton de cadáveres , cubierto con su escudo acribillado , puesto un pie sobre quatro Africanos que mueren mordiendo la tierra : enhiesta la cabeza , el brazo levantado , mostrando su reluciente espada , los insulta , los amenaza , dando tiempo á Fernando para llegar con la caballería ,

Los Moros se ponen en fuga , llevándose á Alamar entre sus esquadrones , corren , se precipitan , se atropellan , pasando al traves de su campamento , sin esperanza de defenderle ; y dexando á sus enemigos las tiendas , las riquezas , y los víveres , van á refugiarse á sus mulos .

FIN DEL LIBRO VIII.



SUMARIO DEL LIBRO IX.º

---

*A*NGUSTIAS de Gonzalo. Tregua concedida à ruego suyo. Tristeza del pueblo de Granada. Dolor de Muley-Hassem y de Zulema. Estado deplorable de Moraima. Muerte de esta princesa. Funerales de Almanzor y de su esposa. Gonzalo va à buscar à Zulema. Préndenle, y échanle en una mazmorra. Baxa Zulema à la mazmorra, para llevarle un tósigo. Justifícase Gonzalo. Alamar viene à sacar al héroe para llevarle al suplicio. Los Españoles dan el asalto. Hazuñas de Alamar. Socorro inesperado que reciben los Moros. Derrota de los Españoles.

---

LIBRO NONO.

---

**E**L hombre virtuoso ultrajado, el inocente oprimido, encuentra, en el fondo de su alma, consuelo en sus penas contra la adversidad. La conciencia, aquel juez supremo é infalible, cuya severidad no perdona cosa alguna, cuyo descontento es un castigo, los pone al abrigo de los remordimientos, único suplicio que temen sus corazones. Pero el verdadero amante, en el seno de la victoria, en medio de los triunfos, es el mortal mas digno de compasion, si teme alguna queja de la que ama. Poco le importan las lisonjas vanas, las ofrendas, las muestras de respeto de todo el mundo: el voto de su amada, su aprobacion solo necesita. Si ella no le da su estimacion, él no está cierto de merecer la suya propia. Su alma toda en el ídolo adorado, ve y juzga por agenos ojos; y su

virtud, siera é independiente en presencia de todo el universo, tiembla y no osa creerse inocente, si puede sospecharla el dueño querido.

Gonzalo, cubierto de gloria, sufría este doloroso tormento. La hermana de Almanzor creía á Gonzalo matador de su hermano : Lara talvez va á espirar, y Gonzalo ha causado su muerte. Estos tristes pensamientos le ocupaban en la batalla, y le lleváron á buscar con tanto ardor el peligro y la muerte. Indignado contra sí propio, despechado contra su fortuna, en viéndose sin enemigos, dexa á sus compañeros, y sin hablar á Fernando, sin descubrirse al ejército, va á buscar á Lara.

Isabel estaba con él. Al oír que sus heridas no son mortales, Gonzalo no puede contener su alegría. Infórmase repetidas veces, estrecha entre sus brazos á su amigo inundándole en sus lágrimas, y mezclando entre sus tiernas caricias las doloridas re-

prehensiones. Puesto de rodillas al lado del lecho, apellidándole su Dios tutelar, cuenta y publica en voz alta, lo que le habia hecho emprender la amistad, y declara deberle el honor.

Luego el héroe se retira con Isabel para instruirla de su violenta pasión, de sus promesas, de su secreto; cuenta á la augusta reyna, como los beneficios y el reconocimiento han unido para siempre á Gonzalo con la hija de Muley-Hassem, y como habiendo sido llamado por ella la noche anterior, fué asaltado por los Berberes, y se retardó su vuelta. No habla de sus hazañas contra los innumerables enemigos, exágerando su falta para aumentar la gloria de su amigo.

Isabel le escucha admirada y enternecida, le consuela, y promete emplear sus esfuerzos para justificarle con su amada, para extinguir el odio injusto que animará al anciano muley. Desde este instante, la sensible reyna siente inclinarse á Zulema,

á aquella que salvó la vida de Gonzalo , á aquella que adora al Dios de los Christianos ; y dándole el nombre de hija , desca ya unirla al héroe.

En tanto , el rey de Aragon. despues de haber entregado al saque el campo de los Moros , conduce sus tropas á Santa Fe. Boabdil envía embaxadores , pidiendo la paz y sometiéndose á pagar el tributo. Los reyes la niegan : Gonzalo implora á Isabel : la reyna á sus ruegos concede una tregua de algunos dias.

Mas la pérdida de Almanzor aseguraba la ruina de los Moros ; y esta sola infelicidad los dexaba insensibles á todas las demas. Hombres y mugeres , ancianos y niños , cubierta la frente de ceniza , desgarran sus vestiduras , llenan las plazas públicas , se acercan gimiendo , se miran lanzando doloridos ayes , y se abrazan y confunden sus lágrimas : el soldado , pálido y trémulo , huye del ciudadano que le ultraja por haber dexado perecer á su ge-

neral : estos quieren abandonar á Granada falta ya de su mas fuerte muro ; aquellos insultan al cielo , acusan á su falso profeta, unen las blasfemias á las quejas , todos anuncian á Boabdil el fin de su reynado impio , mirando la muerte de Almanzor como castigo de sus iniquidades.

Zulema , mas digna de compasion, Zulema que no duda que su amante dió la muerte á su hermano, quisiera espirar de dolor ; pero la memoria de Mulcy la encadena á la vida, no pudiendo abandonar sin ser criminal, un anciano de quien es el único apoyo. Encerrada con él en el Albayzin , devorando la mitad de sus lágrimas, oye al desgraciado padre pedir mil veces al cielo el hijo , objeto de su ternura , aquel hijo que era el único consuelo en todos los males que habia padecido. Perdida su Leonor , usurpada la corona , vió perecer sus amigos ; pero al ménos le quedaba Almanzor : le llama , y no puede creer que no exista. En medio

de su delirio, le ve, le oye, va á abrazarle, abrazando á su desconsolada hija, y luego que advierte su error, la aparta, se arranca las blancas canas, y arrojándolas con mil imprecaciones, pide sus armas para ir á pelear y arrancar el corazón al bárbaro Gonzalo, á cuyas manos feneció el hijo amado. El nombre de Gonzalo le horroriza, y sus sentidos debilitados no pueden soportarle, y cae sin aliento en los brazos de su hija, ya sin fuerzas para resistir á tanto dolor.

¿Mas, quien podrá decir el fatal golpe que descargó sobre la tierna Moraima? ¿Quien podrá explicar lo que sintió, al informarle sus propios ojos de su horrible desdicha? Durante la noche que precedió al funesto combate, postrada al pie de los altares, Moraima invocaba á su profeta, pidiéndole que protegiese al héroe defensor de su ley, que con tantas sublimes virtudes honraba su religion santa, rogando al Todo - poderoso que conservase su mar-

diga

digna obra, y dexase por largo tiempo á la tierra un exemplo de justicia y de honor. Inútiles ruegos! Moraima salia de la mezquita, y baxaba lentamente, quando ve... Eterno Dios! ¿pruebas tú así la virtud? Ve á su esposo sangriento traído por los Alabeces. El rayo no obra con mas prontitud, que la vista de este horrendo espectáculo. Sin poder arrojar un solo ay, ni hacer movimiento alguno, cae, rueda por el mármol, su cabeza toca tres veces las gradas, la sangre corre por tres heridas, y el cuerpo inanimado va á detenerse en los pies de los Alabeces.

Levántanla y le suministran inútiles socorros; llévanla con Almanzor, pálida, sangrienta y desfigurada, semejante al héroe que ya no existe. Sus lívidos rostros se tocan, sus cabellos mezclados arrastran sobre la arena, la sangre confundida colora sus vestidos, y parecia que un mismo golpe acababa de inmolarlos á ámbos.

Al cabo de algunas horas, Moraima abre en fin los ojos, mas no para derramar lágrimas. Rodeada de esclavos, de mugeres, de amigas, que curan sus dolorosas heridas, padece en silencio, se dexa abrazar con indiferencia, responde con débiles signos á las tiernas palabras que le dicen, parece recogerse en si misma para resignarse con su suerte, y pide con voz sosegada que la dexen ver á su esposo.

En vano le ruegan que renuncie á este triste desco, y no aumente los graves males que la afligen. Ella insiste con dulzura, manda con sus ruegos, y marcha con planta serena hácia el asilo, en donde yacia el cuerpo del héroe sobre un lecho de púrpura.

Moraima se para delante de él, le mira largo tiempo con ojos atentos, sin pronunciar una palabra, sin despedir un suspiro. Sus esclavas, espantadas de tan horrible silencio, apartan las armas de que podria apoderarse. Moraima lo nota, y las mira

con risa amarga: acércase luego á su esposo, tómale la mano y la besa, saca de ella un zafiro que Almanzor traía siempre consigo, y dueña ya de la sortija, mira con ojos mas serenos el rostro del héroe, se inclina dos veces delante de él, estampa los labios sobre sus labios, fixándose allí por largo tiempo: luego se retira con paso lento, vuelve la vista á mirarle, inclina la cabeza, y parece decirle con semblante dulce que esta ausencia no será larga.

Vuelve á su aposento, y allí sola, permanece encerrada largas horas. Las esclavas inquietas, no se atreven á entrar: al fin rompen las puertas, y encuentran á Moraima yerta, rodeada de los horrores de la muerte. Todo socorro es inútil; ya espira, ya no existe. La sortija de Almanzor suministró el veneno, que el héroe llevaba siempre consigo por el temor de Boabdil.

Esta nueva desgracia no puede aumentar la desolacion de Granada. El rey y el

pueblo consternados se aprovechan de la tregua para las exéquias de los dos esposos. El mismo sepulcro los espera en un bosque léjos de la ciudad, en donde reposan las cenizas de los príncipes, de los guerreros y de los ciudadanos. La infantería abre la marcha: los soldados silenciosos, la cabeza inclinada sobre sus escudos, el rostro bañado en lágrimas, baxas las armas, marchan con paso igual y lento, que rigen los lúgubres sonidos de los enlutados tambores. La caballería los sigue arrastrando sobre el polvo los estandartes. Los esclavos llevan de la mano los tristes caballos de Almanzor, envueltos en largas y negras cubiertas, cargados del turbante, la lanza y el alfange del héroe. Aquellos caballos, fogosos en otro tiempo quando llevaban á su señor al combate, como si conocieran su desgracia, baxan la frente hácia al suelo, levantan penosamente las tardas plantas, barriendo la arena con sus crines largas y espesas.

Cien mancebos , coronados de cipres y blancas rosas , llevan vasos llenos de perfumes ; cien doncellas los siguen , arrojando flores sobre Almanzor y Moraima que , en un mismo féretro , son conducidos en hombros de los xefes de la tribu de los Alabeces. Marchan despues los Imanes , rogando con voz baxa al ángel exterminador , que guía aquellas almas puras á la mansion venturosa de los mártires. El rey Boabdil , rodeado de su corte , de Alamar y de los Zegríes , los siguen y fingen al menos verter sus lágrimas. El venerable Muley , la desgraciada Zulema , murieran si los acompañaran , y quedan solos en la ciudad. El pueblo , vestido de luto , con triste silencio sigue á paso lento los miserables despojos del último apoyo que le quedaba.

Llegados al monte solitario , llamado el Bosque de las Lágrimas , depositan los cuerpos sobre el sepulcro. Los Imanes invocan al profeta ; las vírgenes luego ,

con voz dolorida , empiezan el himno de la muerte. Todos, clavados los ojos en tierra , las manos cruzadas sobre el pecho, escuchan el canto doloroso.

**CORO DE DONCELLAS.**

¿ Donde está nuestra gloria,  
 Ohijos de Ismael ? El marchitado  
 Lauro romped que , un día,  
 Os ciñó la victoria  
 Esclava de Almanzor ; infortunado !  
 Le holló la muerte impía !  
 Venid , y de cipres la sien ornada ,  
 En lágrimas regad su tumba helada.

**CORO DE MANCEBOS.**

Cubrid entristecidas ,  
 Ohijas de Ismael , vuestra hermosura  
 De dolor y de muerte.  
 Ay ! ay ! ya orfanecidas ,  
 Vuestras trenzas cortad , y sin ventura  
 Llorad al Grande , al Fuerte ,  
 Al que héroe entre los héroes relucía ,  
 Como en el cielo el luminar del día.

**AMBOS COROS.**

El cedro , que orgulloso

Alza á las nubes la pomposa frente ,  
 Cae, y braman temblando  
 Al caer estruendoso  
 Las selvas, y á los cielos inocente  
 Pide el pastor llorando  
 Su sombra. O Almanzor! cedro caído!  
 Tu sombra paternal hemos perdido.

### CORO DE DONCELLAS.

Virgenes desamadas ,  
 Siervas tal vez : del Tajo la ribera  
 En llanto regarémos.  
 Allí desesperanzadas  
 Y ansiosas de morir, oh! si viviera  
 Almanzor! clamarémos;  
 Nuestra Patria nos viera venturosas  
 De un guerrero amador tiernas esposas.

### CORO DE MANCEBOS.

¿ A quien nos volverémos  
 Que nos pueda salvar quando el chris-  
 tiano  
 Alze la ardiente espada?  
 Almanzor, clamarémos,  
 Y Almanzor callará; y el fiero Hispano  
 O patria desdichada!

Hollando nuestros miembros palpitan-  
tes,

Derrocará tus muros vacilantes.

AMBOS COROS.

Guarda, ó tumba sombría,  
En paz le guarda con su esposa al lado.  
Echad polvo, y doliente  
Alzad la losa fría.  
¡Vale, vale, Almanzor desventurado!  
Ay! vale eternamente!  
Y ¡pueda un día la infeliz Granada,  
Desagraviar tu sombra ensangrentada!

Mientras se canta el sùnebre himno, los Imanes acaban la ceremonia. La tierra encierra los cuerpos de Almanzor y Moraima: una misma lápida los cubre, y sus nombres grabados sobre ella, hacen este sepulcro mas sagrado, que jamas lo fuéron los suntuosos mausoleos.

Pero el vivo dolor, las quejas amargas y eternas, que se oyen en todo el pueblo Moro, abaten el alma de Gonzalo, quien quisiera comprar con sus dias los del héroe

que ya feneció. El pensamiento de que Zulema le creerá culpado, el temor de que la venzan sus angustias, de que aborrezca al que solo respira por ella, todos los tormentos de la desesperacion que la incertidumbre reviste de horror, le asaltan á un mismo tiempo. Culpa á toda la naturaleza; y revolviendo en su interior mil proyectos desvariados, ora quiere ir á Granada y ofrecer á sus enemigos su cabeza, ora piensa en dexar el sitio y desterrarse á un desierto. Rodeado así de mil tormentos, en el delirio de una imaginacion ardiente, que enciende una pasion aun mas viva, se agita, se inquieta, suspira, trueca á cada instante de designio, toma el que abandonó, desecha el que iba á seguir, y para colmo de su desventura, no se atreve á confiar sus pensamientos á su amigo, que se ve entre los brazos de la muerte; á aquel amigo, cuyo valor fué la causa inocente de su afliccion: mas no pudiendo ocultarle el violento pesar que le aboga, le da otro

motivo, engañando á la amistad por delicadeza, y le disimula sus males, temeroso de afligirle.

Al fin sus penas vencen á sus fuerzas, y el héroe no puede ya resistir. La muerte, los suplicios, la ignominia, son ménos terribles que el odio de Zulema: todo lo atropellará por evitarle. Las treguas juradas le dan esperanza de penetrar en Granada, y aun sin ellas su amor se lo haria emprender. Toma el vestido y la vara blanca, distintivo de los heraldos; no busca ni coraza, ni espada: ¿que le importa la vida si no puede justificarse? Sin instruir á nadie de su designio, se oculta al leal Pedro, y solo, ántes de amanecer, marcha á las puertas de Granada.

Las guardias, engañadas á su vista, no ponen impedimento á su paso: Gonzalo se dirige al Albayzin, pregunta por Zulema, se nombra enviado de Isabel, y pide hablar á la hija de Muley. Observante, le hacen repetidas preguntas, y

sufre largas dilaciones. Su constancia, su dulzura, su aspecto franco y leal vencen en fin las excusas. Dos esclavos le conducen a una galeria antigua, en donde la Princesa, al nombre de Isabel, cree deber responder al enviado. Cubierta de un largo y sinebre velo, viene sostenida por la joven Amina, y se adelanta con trémula planta. Apenas la ve el héroe, se arroja á sus pies: ¡ó tú, le dice con lágrimas! tú á quien no oso mirar...

A esta voz, á su aspecto, Zulema trémula y turbada, aparta la vista y quiere huir. Escucha, le dice Gonzalo, ó manda que me den la muerte. A buscarla vengo; yo la deseo, y te la pido á tus pies: la muerte mil veces ménos horrible que tu odio ó tu desprecio. Puras están estas manos, Zulema, dignate de volver á mí tus ojos, dignate de mirar un infeliz que no ha faltado á su promesa. Sabe que... Un tumulto espantoso impide al héroe el proseguir. Boabdil, el rey Boabdil, llega

acompañado de los Zegríes. Los soldados, con espada en mano , acometen á Gonzalo, lo derriban y cárganle de cadenas.

Gonzalo , atónito y turbado , no piensa en defenderse : las fuerzas le faltan delante de Zulema. La princesa despide lastimosos ayes, Muley-Hassem llega , ve á su hija en medio de la gente armada , reconoce á Gonzalo , y queda inmóvil. Boabdil le dice estas palabras : Al fin cayó en mis manos el terrible enemigo , que abrió el pecho de Almanzor ; el que llenó á Granada de luto , y habia de cautivarla. Muley , ahí le tienes ante tus ojos, ese es el soberbio Gonzalo , el altivo Castellano que nos miraba á todos con menosprecio. Sin duda sus intentos criminales le han traído hasta aquí : el traidor creía engañarnos ; pero dos leales Zegríes , prisioneros en otro tiempo de este bárbaro , le reconocieron. Muley , contempla entre cadenas al vencedor de los Abencerrages, al que dió sangrienta muerte á tu hijo : modera el horror de  
mirarle,

mirarle, pensando en tu venganza. Mañana espirará en el suplicio el perseguidor del nombre musulman : mañana lavará la sangre de ese bárbaro el sepulcro del grande Almanzor ; pero ántes de morir , quiero que ese vil Christiano , que se cree tan grande , sea entregado á los insultos del pueblo , y experimente el furor y la rabia del último de mis vasallos.

Dixo : Zulema se estremece , Gonzalo calla y mira al tirano con vista serena , Muley le responde con voz tranquila : Boabdil , ninguno de los dos debe perdonar al cruel Gonzalo , que no supo perdonar á un hijo mio. El usó del derecho de la guerra , tú ahora debes hacer lo mismo. Mi dolor eterno tal vez tendrá alivio , al ver espirar al matador de Almanzor sobre su sepulcro. Yo asistiré á este espectáculo ; pero su muerte nos basta , sin ultrajar á nuestro enemigo. Hagámonos merecedores del supremo beneficio que nos concede el cielo , sin irritar su justi-

cia, que parece al fin aplacarse; y aun detestándole, respetemos al vencedor del mayor de los hombres.

El sanguinario Boabdil escucha apenas estas palabras. Los Zegries excitan su ferocidad, y parte con su prisionero. Ordena que doblen sus cadenas, le pone triple guardia, manda cerrar las puertas de la ciudad, y acompañado de Muley, que procura calmarle, toma el camino de la Alhambra.

El rumor de dicha tan inesperada corre al punto por Granada. Los soldados y los ciudadanos levantan al cielo mil alegres voces: todos corren á ver el héroe famoso, el guerrero formidable, á cuyo nombre tiemblan y se llenan de terror. El tropel crece á verle pasar, fixando atentos la vista en un cautivo, que ya no temerán, y no obstante vuelven atrás al menor ruido que hacen sus cadenas. No de otra suerte los cazadores tímidos que cogieron en sus redes al temible leon que

atemorizaba los campos, se atropan todos al rededor del que ántes los obligaba á huir, entregándose á la alegría y la venganza, pero sin poder mirar sin un horror secreto, al que por tanto tiempo les hizo temblar.

Hay en el palacio una estrecha mazmorra, impenetrable á los rayos del dia, á la qual conducen tres puertas de metal. La roca, en que está cortada, no dexa al ayre mas paso que un largo y tortuoso respiradero, cerrado con diez rejas de hierro. Allí echan á Gonzalo, mientras preparan el cruel suplicio: allí cargado de pesadas cadenas trabadas con la horrible roca, oye cerrar las fatales puertas de bronce, quedando solo con la infelicidad, la incertidumbre y la desesperacion.

Su alma grande no se abate, ántes resiste al destino. Ve la muerte, la ve horrible; no duda que todos los tormentos se emplearán contra él, pero su valor los sostendrá todos, y cierto de espirar

como héroe , seguro de que su gloria no queda manchada , mira con ánimo sereno la muerte y los dolores. Mas morir sin ver á Zulema , sin probarle su inocencia... esta idea es terrible , este es el único suplicio á que no puede resistir.

La desgraciada princesa, sola en el Albayzin , apenas puede recobrar sus sentidos. Yerta de horror y de pasmo , trae á la memoria lo que habia visto , recuerda las últimas palabras , los tiernos juramentos de Gonzalo , la justificacion que habia empezado , los riesgos á que se ha expuesto por hablarla , y todo le dice , todo le persuade que su amante está inocente. Pero sin embargo , va á perecer , y no hay fuerzas humanas que puedan salvarle. No le bastaba á la desventurada Zulema haber perdido su apoyo , su hermano , su único defensor ; verse condenada al tormento de luchar continuamente contra un amor que ocupa siempre su alma , y arrancar lentamente de su corazon la adorada imá-

gen que le llena : no le bastaba tener que sufrir la ofrenda odiosa de Alamar , y temer á cada instante el verse entregada á aquel bárbaro : aun es preciso que sea testigo del suplicio del que ama ; de un suplicio lleno de infamia ; y que vea á su libertador , al mayor , al mas magnánimo mortal , terminar su gloriosa vida en el dolor y en el oprobio.

Ó hermano mio ; exclamaba : si tú respirases ahora , tú te opondrías á los horrores de que va á cubrirse tu patria : tu salvarías un héroe , semejante á ti por tantas virtudes. Su muerte y la mia son inevitables ; y quando mi amor pudiera olvidar lo que debo á tus manos y á tu sangre vertida , la vigilancia de mis tiranos , las precauciones que tomaria su barbarie , inutilizarían mis criminales esfuerzos. Pero no , yo no ofenderé tu cara sombra , yo no faltaré á mi deber , ni á los nudos sagrados que nos unian : arrancaré á lo ménos á la ignominia el enemigo que

estimaba tu corazón. ¡ O hermano! Yo te imploro: ven, ayúdame á aventurarlo todo por libertar de un crimen á tu patria, por salvar tu gloria de una venganza, que tu alma pura y sensible, miraria con horror.

Entónces, sin escuchar mas que su desesperacion, corre á los Alabeces para que le abran la puerta de la mazmorra de Gonzalo. Sus esfuerzos son inútiles, y el dia entero se habia pasado sin que la tierna Zulema pudiese concebir la esperanza de cumplir su generoso desigño. La noche llega y, animándola las tinieblas, marcha la princesa á la mazmorra. Allí implora, suplica á los soldados que la dexen penetrar un instante en aquella horrosa mansion. Al fin, lo pide en nombre de Almanzor, y este glorioso nombre, sus ruegos, sus lágrimas, el amor y el respeto que siempre inspiró la virtuosa Zulema, mueven las almas duras de los satélites de Boabdil. Las puertas se abren,

y vuelven á cerrarse detras de la princesa ; entra , llevando en una mano una copa que ocultó á los ojos de todos , y en la otra , una débil luz : marcha con trémulos pasos , y se presenta ante el héroe.

Gonzalo , le dice con voz dulce , tú me estimabas mucho para esperarme en este lugar . Si solo hubiese sido preciso salvar tu vida , mi virtud no lo consintiera ; y segura de morir despues de tí , hubiera dexado perecer al que no perdonó á mi hermano , al que no temió sacrificar ni su amante ni sus promesas ; pero el oprobio y la infamia te amenazan , y yo no debo olvidar que Gonzalo me preservó de ella . Tú me conservaste el honor , y vengo á pagarte mi deuda : tú me has probado bastante , cruel , que ese honor te es mas grato que el amor . Menos delinquiente y mas infeliz , cumplo con lo que debo á tí con lo que debo á mí misma , trayéndote este tósigo . Toma esta copa , Gonzalo , luego que yo beba la mitad : este es el

único y triste socorro, que te puedo ofrecer contra nuestros tiranos : tu muerte es cierta , el ultrage y los tormentos te aguardan : librate de los verdugos , muriendo conmigo. Tu vida se debe quizas á las cenizas de mi hermano , la mia expiará el delito de no poder dexar de amarte.

En diciendo estas palabras , llega la copa á los labios ; pero un grito de Gonzalo detiene su mano. Vuelto apénas de su admiracion , de su alegría , de su susto , el héroe levanta un poco sus cadenas , toma la copa , y postrado de rodillas le dice : ¡ felice yo pues que te veo , y puedo hablarte ! pues que puedo justificarme á tus pies del delito que no cometí ! Ah ! descargue sobre mi Boabdil su venganza y su barbarie , apuren las fuerzas de los verdugos los mas horribles tormentos ! Zulema ! tú aquí ? ¿ Tú te dignas buscarme hasta en la mansion del crimen ? ¿ Tú me creiste el matador de Almanzor , y no me aborreciste ? ¿ Que pueden

ahora contra mi todos los tiranos de la tierra ? Tú me amas ! y yo te he visto ! ¿ Que importa ahora el morir ? Pero no conserves ese fatal error , no creas que mis manos pudieran derramar la sangre de tu hermano. Yo iba á pelear con él , es verdad : fiel al honor , pero mas fiel á tí , iba á morir á las manos de Almanzor , quando acometido por tus Numidas , no pude llegar á mi campo. Un héroe , un amigo , cuidó de salvar mi gloria , se mostró con mis armas , peleó por mí , y quando iba á perecer , su espada fatal....

¡ Gran Dios ! exclama Zulema : alá-bote , Dios eterno , y te rindo humildes gracias. Mi corazon me lo habia anunciado. O hermano ! no te ofendas si dexo de gemir un instante , al recobrar el dulce derecho de amar al que siempre adoré. Gonzalo , yo no dudo de lo que tu boca me dice ; pero explicame este prodigio. Ah ! ¿ Como podré esperar que

se cambie tu suerte ? Boabdil tiene interés en castigar tus proezas ; pero á lo ménos yo iré á prevenir á mi padre ; yo iré á despertar su piedad ; yo emplearé con Boabdil, con el pueblo, con Alamar mismo , todos los esfuerzos, todos los medios de que puede valerse el amor ; yo avisaré á tus reyes del peligro en que te ves ; todo lo intentaré por salvar tu vida ; y si no lo logro , gloriosa de amarte , de poder confesarlo sin delito , vendré á morir contigo, hablándote de mi ternura, renovando las promesas , que nunca he olvidado , dándote el nombre de esposo, el qual , si juzgo por el placer que siento al pronunciarle , nos hará á ámbos insensibles á la muerte mas dolorosa.

En diciendo esto , arroja la copa y levanta á Gonzalo. El héroe penetrado de alegría, de reconocimiento , de amor, toma la mano de la hermosa Mora , empieza , interrumpe la historia que ha de justificarle : los sollozos ahogan la voz ;

pero estimulado por el tiempo , iba á acabar quando un rumor repentino se escucha , las puertas se abren de improviso, Alamar se muestra rodeado de hachas, Zulena cae desmayada , Gonzalo la sostiene en sus brazos , el príncipe africano queda inmóvil.

Pero pronto el furor se pinta en el rostro del bárbaro; junta las cejas de évano, que cubren dos globos de fuego; una espuma horrible se ve sobre sus labios; y su lengua balbuciente, pronuncia á Gonzalo estas terribles palabras: ¡ traidor, aun osas ultrajarme! ¡ vil Christiano, que ha desatado el infierno, para llevar al último exceso mi cólera y tu insolencia! Ven á pagar tus horrendos atentados; ven á espirar lentamente en los dolores que te preparo; y tu sangre derramada gota á gota, satisfaga sin estinguirle el odio que te tengo.

El héroe, sin escucharle, atiende solo á la princesa. Alamar manda á sus satéli-

tes la arranquen de sus brazos. Gonzalo intenta defenderla , y levantando sus manos cargadas de hierros , arroja sin vida los dos primeros que se acercan , pero cediendo al número le arrastran fuera del calabozo. Zulema vuelta en sí , quiere seguir á Gonzalo : Alamar manda detenerla ; Alamar , á quien implora arrodillada , se niega á escuchar sus ruegos , la impele , la llena de baldones , manda á sus soldados la rodeen , los hace responsables de ella hasta la vuelta , y ciego de furor parte con el Castellano.

El día no mostraba aun su luz , quando un tráfuga avisa á Boabdil que los Españoles , inquietos por la ausencia del gran capitán , extrañando ver las puertas de Granada cerradas con precipitacion , temian algun ardid de los Moros , y querian romper la tregua con un asalto. Atónito con tal noticia , cediendo á las instancias de Muley-Hassem , Boabdil habia resuelto inmolar á Gonzalo ántes de la  
aurora.

aurora. Alamar, que aspiraba al honor, al horrible honor de atravesarle el pecho, se habia encargado de conducirlo al punto al sepulcro de Almanzor, y el desgraciado Muley seguido del esquadron de Alabeces, esperaba en las puertas de la Alhambra, que el africano traxese la víctima.

Así que Gonzalo llega, Muley aparta la vista. El héroe procura hablarle, y el anciano se aleja, y le huye; los Alabeces le rodean con sus lanzas, lo estrechan entre sus espesas filas, y el cruel Alamar toma con ellos el camino del sepulcro.

Apénas habia salido de Granada por la puerta de Oriente, la única que no estuviere expuesta á ser acometida de los Españoles, oye sonar á lo léjos los rayos de Fernando. Los muros tiemblan; gritan al arma por todos partes, el sonido de las trompetas extremece los ayres; el relinchar de los caballos y la vocería de los sitiadores anuncian el terrible ataque.

Alamar admirado, se detiene, Boabdil envía á pedirle que corra á los muros: duda, titubea: Grenada ha menester su brazo; su odio necesita la sangre de Gonzalo. El africano le degollara al momento, si Muley y los Alabeces no se opusieran á su furor, porque descan, y han resuelto que el matador de Almanzor pierda la vida sobre su sepulcro, mirando este sacrificio como deuda del héroe. Alamar no puede llegar al corazón de Gonzalo, que cubren sus escudos, guardándole para su propia venganza, y el ruido del asalto que crece, las órdenes reiteradas de Boabdil, las promesas del anciano Muley, á quien interesa vengar al hijo que llora, fuerzan en fin al feroz africano á confiarle su víctima y volar al combate.

Su presencia anima á los Moros que ya temblaban. La brecha estaba abierta en los muros: Aguilar, Cortes y los Castellanos, avanzaban en órden sobre las ruinas: Guzman y los Aragoneses escalaban

las murallas. Cortes hiere á Boabdil , y le llevan á la Alhambra. Los Almoradíes , y los Vanegas abandonan precipitadamente sus puestos , los Zegries ceden al bravo Aguilar , Guzman toca ya las almenas ; los Catalanes cubren las escalas ; Fernando de lo alto del glasis dirige y anima la gente ; todos huyen á la vista de los Españoles : Granada toca á su ruina , Granada va á rendirse ; Alamar se muestra , Granada se salva.

Alamar semejante á un rayo corre , llega , y ataca á Aguilar. El acero corta su casco , y divide la frente del héroe. Hollando el cuerpo palpitante , siguiéndole los Zegries ya animados , Alamar se arroja sobre los Castellanos dando espantosos gritos. Su sable los abate como la cortadora hoz el florido trébol. Arromete , derriba , deshace sus filas ; inmola á Uceda , á Salinas , á Nuñez , y al amable Mendoza , Mendoza que cedió sus derechos , sus prerogativas , sus bienes , á su

menor hermano , para que casase con el ídolo de su corazón : Alamar le atraviesa el corazón , en el instante en que nombraba á su hermano. Allí se sacia de sangre y de carnicería : derriba de lo alto de la brecha los batallones de Castilla , y viendo al orgulloso Guzman , que ya sobre los muros llama á sus Aragoneses , vuela , agarra una roca y la arroja sobre él ; Guzman rueda con la peña ; Alamar corre á las almenas , corta con su espada la escala que se dobla baxo los Catalanes , y cae con los soldados. El africano furioso discurre veloz por los muros , derriba las escalas , llena los fosos de cadáveres , y presentándose cubierto de sangre en lo alto de una torre , muestra á los Christianos su alfange , los llama , los desafía , blasfemando el nombre de su Dios.

Fernando , Cortes y Medina , juntan los soldados dispersos : el rey de Aragon los conduce , los forma en phalange sobre el glasis , los anima , se pone al frente

para hacer el último esfuerzo ; pero al ir á dar la señal , oye detras de sí una confusa gritería , mira y ve llegar , en una nube de polvo , un numeroso esquadron de Moros , que atacan el flanco de sus batallones. Los Castellanos solos resisten. El esquadron ligero y terrible se reúne , se rompe , se despliega , se divide en un instante , acomete por quatro partes á los esquadrones de Castilla , los rompe , los pone en fuga , y mas rápido que el relámpago , cada uno persigue á los fugitivos. Los Españoles , llenos de terror , se precipitan hácia la ciudad: Cortes , Medina y Fernando van entre ellos ; Isabel manda abrir las puertas , y recoge con rubor y despecho sus soldados perseguidos por todas partes. La tierra queda sembrada de muertos , y el formidable esquadron , que solo hizo tanto destrozo , en viéndose dueño del campo de batalla , se forma en un instante , y se acerca á los muros de Granada , en donde el pueblo se habia

junto. No lejos de los baluartes, el escuadrón se para, el jefe se adelanta, y dice estas palabras á los Granadinos.

Musulmanes, en otro tiempo nuestros hermanos, cuya injusticia rompió los lazos que nos unian, estos son los Abencerrages. Tal vez les perdonaréis el verlos aquí, no obstante vuestra orden. Nosotros venimos á teñir con nuestra sangre los muros de donde fuimos expelidos, y volveremos otra vez á defenderlos, pero jamás entraremos en ellos. Juzgad, juzgad, por esta victoria, de lo que hubiera hecho por vosotros nuestra tribu mandada por Abenhamet. Vosotros quitásteis la vida á aquel héroe: vosotros quisisteis entregar á las llamas á la inocente Zeiraida: estos son los horribles delitos que no olvidaremos jamás. Por nuestras ofensas personales, ya veis, Granadinos, como se vengan los Abencerrages.

Así habló el valiente Zeir. Su noble escuadrón se rompe al punto; parte á todo

el correr de los caballos, y toma el camino de Cártama.

Los Españoles, vueltos á la ciudad, no pueden turbar esta retirada brillante, y no osan levantar su frente humillada. Aguilar, Guzman, los principales xefes quedáron en el campo. Las proezas, los triunfos de Alamar, la súbita llegada de los Abencerrages, quienes pueden venir cada dia á acometer á los sitiadores, las heridas del valeroso Lara, la ausencia del gran capitán, todo aumenta su consternacion. Ya hablan de abandonar el sitio, de aceptar la honorífica paz que ofreció Boabdil. Los reyes mismos inquietos, turbados, determinan esperar detras de las murallas, á que Gonzalo ó Lara vuelvan al ejército. Pero el invencible Lara, que Isabel creía detenido por sus heridas, Lara no estaba en Santa Fe.



SUMARIO DEL LIBRO X.º

---

*LARA va en busca de Gonzalo. Encuentra á Zoraida. Sabe el peligro en que se ve el héroe. Corre al sepulcro de Almanzor y encuentra á Gonzalo á punto de perecer. Combate de la amistad. Lara salva á su amigo. Vuelven ámbos al ejército. Fernando envia á Gonzalo á tomar á Cártama. Vuelve el héroe triunfante. Ultimo asalto. Hazañas de Gonzalo. Toma de Granada. Combate del héroe y Alamar. Pone en libertad á Zulema y á su padre. Entrada de Isabel, Himeneo de Gonzalo y de Zulema,*

## LIBRO DÉCIMO.

---

**H** IJA del cielo ! tesoro del alma ! origen de nuestros mas gratos bienes ! santa amistad ! ven á hermoscar los últimos rasgos de mi pluma : mezcla en el fin de mis discursos aquel atractivo que arrastra siempre y nunca admira , que oprime el corazon sin despedazarle , y hace verter deliciosas lágrimas tan semejantes á las del amor. Mas que digo ? ellas son mucho mas dulces. El amor vivo, apasionado , capaz de todos los esfuerzos , ennoblecido por todas las virtudes ; este ídolo de la juventud , necesita del velo del misterio. Su culto, por puro que sea , se esconde , buye de la vista , y su recompensa es un sacrificio de que el honor manda un eterno secreto. La amistad , al contrario , se complace en mostrarse á los ojos de los mortales : sin mé-

nos delicadeza y con mas valor, no teme revelar sus penas y sus gustos, sus inquietudes y sus placeres, ántes bien encuentra en ello su delicia, y su gloria de publicarlas. El amor se avergüenza de ser descubierta; la amistad se jacta de servir de exemplo.

Lara cuya alma tierna y sensible existia solo para la amistad, Lara herido y casi á las puertas de la muerte, solo pensaba en Gonzalo. Pásase un dia entero sin verle, ignora el sitio donde se halla; la inquietud de los peligros en que se ve le atormenta mas que sus males. En la misma noche del dia en que habia desaparecido el héroe, Lara manda traer su caballo, no obstante su debilidad. La coraza le abrumaria, y el peso de la lanza es enorme para sus fuerzas. Pálido, vacilante, sin aliento, echa ménos la sangre y las fuerzas, pero mas echa ménos a su amigo. Sin armas, sin defensa, faxado todavia con los tendales que suje-

tan sus heridas, Lara acompañado del fiel Pedro, que llora la ausencia de su señor, se pone en marcha sin tardanza. Ambos se meten en la espesura del bosque, en donde pocos días ántes habia Gonzalo encontrado á la hermosa Zulema, pensando que aquel debe de ser el camino que tomará el héroe; y dexando al cielo el cuidado de guiarlos, vagan por los espacios sombríos.

Las tinieblas cubrían ya la tierra, y la noche en medio de su carrera huía hácia el occidente, quando ámbos viajeros llegan al pie de un alto monte coronado de lúgubres pinos. El ruido de un copioso manantial, que formaba una cascada entre las rocas, se mezclaba con el sonido lento de las hojas, movidas al soplo ligero de los vientos, y con los fúnebres ecos de las hijas de la noche, sentadas sobre los altos riscos.

El héroe se detiene junto á la corriente para que su caballo beba. Pedro mira

atentamente á la cima del monte , y el débil resplandor de una luz que vacila al traves del verde sombrío , le da indicios de que algun solitario habita aquel hórrido desierto.

Al punto propone á Lara subir hasta la ermita , y reposar en ella algunos instantes. Lara complace su voluntad , buscan y hallan una senda ; pero la rapidez de la cuesta les obliga á baxar de los caballos. Lara corta una gruesa rama , y sirviéndole de apoyo á sus fatigados miembros , precede al anciano Pedro.

El héroe llega y descubre , en medio de las rocas , una humilde y pobre choza , de donde salia un débil resplandor. Un susurrante arroyuelo corria por la puerta , y delante habia una piedra , cubierta de musgo y juncos marinos. Apenas llega , Lara se detiene para oír una voz melodiosa , que cantaba estas palabras :

Del amor víctima triste  
Mi dulce y sola esperanza ,

Vivid,

Vivid , vivid , yo os lo ruego ,  
O eternas haréis mis ansias.

Si qual decis , por do quiera  
Vuestro corazon me ama ,  
Ved que sois único apoyo  
De esta muger desdichada.

Vos sola sois mi universo ,  
Vos : ¿ y con misera planta  
Corréis á buscar la muerte ,  
Dexándome abandonada ?

¡ Que no rargará en mi sola  
La pena que así os quebranta !  
Vivid , vivid por mi vida ,  
Si ya la vuestra os amarga.

La voz calló , y otra voz diferente respondió con sollozos : ó amiga mia ! dexa de probar el consuelo que me enternece sin aliviarme : tú sabes si mis lágrimas pueden tener fin : tú sabes si yo puedo olvidar las desventuras que he padecido , y las desdichas de que he sido causa : déxame , déxame alimentar mi dolor : conténtate con los penosos esfuer-

zos de mi tierna y viva amistad. Hasta este dia he vivido : bastante es , única amiga mia. ¿ Crees que , sin ti , me hubiera yo aprovechado del triste beneficio de Lara ?

A estas palabras , al oír admirado su nombre , Lara hace ruido , se adelanta , y pide la hospitalidad. Dos mugeres atemorizadas , que ve , no responden y se ponen en fuga. El héroe las sosiega , las sigue hasta la puerta de la choza : una de ellas vuelve en una mano una tea , mira á Lara , y llena de regocijo , vertiendo lágrimas , le dice : sois vos . señor ? Vos á quien no esperábamos ver mas ? ¿ Vos que salvásteis á mi señora , y me volvísteis el bien que mas estimo ? Ah ! Zoraida , venid á abrazar á vuestro libertador.

Lara reconoce entónces á la desgraciada reyna de Granada , vuela delante de ella , y le estorba el echarse á sus pies : besa respetuosamente su mano oponiéndose

á los respetos que quieren tributarle ; pero no puede impedir los extremos de la sensible Ines , quien le lleva al fondo de la humilde choza. La reyna le ruega que descanse , presentándole un rústico asiento , que Ines cubre con juncia , corriendo despues á buscar leche y los frutos secos de aquellos montes. Llena un vaso de madera en el cristalino manantial , y le ofrece al héroe , sintiendo , por la vez primera , no tener los vinos perfumados de las orillas felices de la Andalucía.

Lara , lleno de admiracion y tierna piedad , considera atentamente á la reyna , y apenas puede reconocer sus facciones. Aquellos ojos brillantes dó el agrado templaba el resplandor ; la frente modesta y magestuosa , en donde se unian el pudor y las gracias ; todo desapareció : la eternal palidez cubre la pesadosa frente , las lágrimas continuas extinguieron el fuego de los ojos ; Zoraida no conserva mas que su amor y sus virtudes. Lara mira

suspirando la mansion que habita la reyna , los muros cubiertos de musgo , el techo de cañas y ramas , todo le admira y le confunde. La reyna lo nota y se sourie.

Estos no son los salones de la Alhambra , le dice con voz dulce ; pero ; pluguiera al ciclo que Zoraida no hubiese conocido otros palacios ! Quando vuestro valor me salvó , creí poder vivir en Cártama en medio de los Abencerrages , mis aliados y amigos ; pero pronto experimenté que un infeliz apenas puede sufrirse á sí mismo , y que un desierto es el único asilo en que el dolor debe esperar la muerte. Ines , á quien pedí inútilmente se volviese á su patria , me acompañó en mi fuga , y metiéndonos por la espesura del monte , dirigí mis pasos , á pesar mio , hácia la fatal Granada , y llegué al Bosque de las Lágrimas , en donde sabia que el valeroso Almanzor dió sepultura á las reliquias de Abenhamet. Gracias á mi anhelo y al de Ines , que no perdonó

fatigas ni cuidados, descubrí al fin el lugar en donde reposaba el desgraciado amante.

Mi corazón sintió en esto acaso feliz un placer mas vivo, y mas suave que quando vinsteis á librarme de las llamas. Resolví pues no dexar este sitio grato á mi ternura, con la esperanza de que Ines uniría pronto mis despojos frios á los de Abenhamet; pero el temor de que me encontrasen en esos montes vecinos á la ciudad, el horror de volver á las manos bárbaras de Boabdil, me forzaron á buscar otro retiro mas oculto. Mis lágrimas solas señalaron el sepulcro, segura de encontrarle siempre, como el ave que, en las selvas, encuentra siempre el árbol de su nido. Ines descubrió estas rocas, y fixó aquí mi habitacion: ella formó este techo de cañas: ella dispuso este retiro sencillo en que os recibo. Las frutas silvestres que ella coge bastan para nuestro alimento: las aguas de este arroyo apagan

Nuestra sed : ella duerme sobre el lecho de juncia , y yo lloro sobre estas hojas secas . Todas las noches , á la hora que las tinieblas ocultan mis tímidos pasos , voy al sepulcro de Abenhamet á tributar nuevas lagrimas á su muerte , á repelir las antiguas promesas á que no ha faltado mi corazón , y pedir al Dios todo poderoso que abrevie este largo suplicio ... No lloreis , generoso Lara : Dios oirá mis ruegos... Yo espero , yo estoy cierta de que en pocos dias iré á unirme con aquel , á cuya muerte , di causa. Dulce es á mi afligido corazón el veros hoy ántes que llegue el deseado instante , el hablaros de mi reconocimiento , é informarme por vos mismo , de si vuestras virtudes os granjean la felicidad.

Ah! le responde Lara , la felicidad no debe de ser para las almas sensibles. El amor causó vuestras desdichas , la amistad sola causa las mias. Separado largo tiempo de Gonzalo , del héroe ilus-

tre , tan respetado del universo , tan querido de mi corazon , volvía á verle y gozar de su compañía. Gonzalo desapareció de improvise , sin que nadie sepa su destino. Un sordo rumor se ha esparcido que le han aprisionado los Moros ; pero yo no lo creo : Gonzalo no es un guerrero á quien se pueda tomar cautivo. Yo , herido , doliente , pudiendo apenas sostenerme , vengo á buscar á mi amigo. Si es menester , iré á Granada , adonde temo le haya conducido su funesto amor : iré , no á defender su vida , pues mi debilidad no me dexa esta esperanza , sino á exponerme á los mismos riesgos , y á lo ménos moriré con él.

Cielos ! exclama Ines : mi corazon se atemoriza ! oid lo que esta misma noche me dixo un pastor de estos montes : guárdate , Ines , guardate de ir al Bosque de las Lágrimas , que está lleno de soldados , que vienen al sepulcro de Almanzor , en donde mañana han de inmolar á el

mas cruel , el mas terrible , el mas formidable de los christianos. Esto dixo el pastor : Zoraida no se ha atrevido á salir , y temo que el gran Gonzalo sea el héroe que ha de perecer.

Aun no habia acabado Ines , Lara trémulo llama á Pedro , pide su caballo , y sin poder casi despedirse de la desgraciada reyna , monta con precipitacion , y guiado por la amable Ines , que enseña al anciano una senda fácil , vuela al Bosque de las Lágrimas.

El oriente empezaba á teñirse de púrpura , quando Lara divisa al traves de los árboles , las luces , los sables y las lanzas. Acelera entónces su carrera , llega sin poder alentar , pasa por medio de los soldados , y ve . . . . santo cielo ! que espectáculo ! Ve á su amigo cargado de cadenas , apoyado contra el sepulcro , la cabeza desnuda é inclinada , la cuchilla levantada sobre ella , y Muley ordenando descargar el fatal golpe. . . . Lara aroja

penetrantes suspiros y gritos , salta en tierra , detiene la espada , y volviéndose á Muley que le mira con atencion : padre infeliz , dice con el acento énergico de la virtud y la amistad , tú quieres vengar la muerte de tu hijo , yo apruebo tu justa venganza ; pero derrama la sangre del culpado , y no mancilles , en un dia , la gloria de tu larga vida sacrificando un inocente. Gonzalo no peleó contra Almanzor : lo juro por los manes del héroe , que me oyen de lo profundo de este sepulcro ; lo juro por el Dios del cielo , por mis reyes , y los caudillos Christianos. Yo soy , yo solo fui quien triunfé del mas valiente de los Moros : yo fui quien , cayendo al golpe de su brazo , le abrí la mortal herida. Yo tomé las armas de Gonzalo , yo me valí de un momento de ausencia para deslumbrar los ojos de tu hijo , para engañar los de ámbos exércitos , para probar mis fuerzas con un guerrero cuya gloria me llenaba de zelos. Rey,

De Granada , ya conoces mi delito , solo vengo á expiarle ; conoce ahora lo que ha hecho Gonzalo , y dále el debido premio. El es quien entregó el cuerpo de tu hijo á estos Alabeces que me escuchan : él es quien te encontró solo , acometido de quatro Españoles , quien te salvó de su furor , quien te dió su propio caballo , quien te abrió el camino de Granada. Muley , todo lo sabes ahora : que tu justicia pronuncie.

Ya ha pronunciado , responde Gonzalo : su decreto es irrevocable. Moros , no creais á ese héroe. Este es mi amigo , mi compañero , y solo se acusa para salvarme. Yo soy á quien Almanzor llamó á la lid : yo quien debí darle la muerte. Vengaos ; acelerad mi suplicio ; pero dexad libre al generoso Lara. Acordaos que su valor sacó de la hoguera á Zoraida : acordaos , animosos amigos , de los desgraciados Abencerrages ; Lara venció á los Zegríes : tribulado el respeto , el

honor que todo mortal debe, á sus virtudes, admirad sin creerle, el sublime artificio de su amistad. Y tú, Lara, perdona á un amigo que descubra tus intentos.

Muley y los Abencerrages mandan que Lara se retire. No, responde con desesperacion, no acabaréis de consumir este crimen, y seréis ménos bárbaros que ese ingrato. ¿No veis que solo desca la muerte, por libertar á su amigo? Moros, yo os lo juro por el Ser Eterno; yo soy quien mató á Almanzor; yo solo merezco la muerte; y si todavía dudais, si el odio contra Gonzalo prevalece contra mis juramentos, acordaos del funesto combate de que todos fuisteis testigos: acordaos que el vencedor quedó tendido por tierra, bañado en su sangre, y reconoced al vencedor. Acercaos, mirad mis heridas, ved este pecho sangriento. Estas heridas son de Almanzor: así salí de sus formidables manos: mirad los testimonios recientes de mi dolorosa victoria, que ese cruel no podrá mostrar.

Dixo, y descubre el pecho, desgarrando las vendas, muestra las heridas, y pide arrodillado la muerte. Gonzalo, fuera de sí, echa los brazos á su amigo, le inunda, le cubre con sus lágrimas; quiere hablar, insistir en declararse culpado, pero Lara le interrumpe con sus voces.

Muley era virtuoso: los Alabeces no eran feroces. Todos se enternecen, todos lloran al ver el combate de la amistad. El anciano sin poder resistir á la conmocion de su espíritu, lee en los ojos de sus compañeros el consejo que debe adoptar. Mauda quitarle á Gonzalo sus cadenas, ordena á Lara levantarse, y fixando en ámbos los ojos llenos de tristeza, les dice: uno de vosotros mató á mi hijo, yo quiero ignorar el culpado: uno de vosotros salvó mi vida yo quiero debérsela á ámbos. Yo pagaré un beneficio horrible, dándoos la libertad, que ha de ser funesta á mi patria; pero en este instante oyo

la voz de Almanzor que me lo ordena. Id, modelos de la amistad, que excitaís mi admiracion y mi aborrecimiento; id, decid á los Españoles, que por vengar á mi hijo, por honrar mas dignamente sus cenizas, he sacrificado mi odio al deseo de imitarle. Si este beneficio excita vuestro reconocimiento, temed el atacar los muros en donde yo he de perecer. Yo os prometo aquí, en nombre de Dios, en nombre del hijo, por quien lloro, que siempre me hallaréis sobre la brecha, que delante de esas espadas iré á ofrecer el anciano que hoy salva vuestras vidas, y no entraréis en Granada, sino hollando con vuestros pies, tú, Lara, al libertador de Gonzalo, tú, Gonzalo, al desdichado padre de la sensible Zulema.

En diciendo esto, sin querer escuchar á ninguno de los héroes, parte Muley con los Alabeces. Gonzalo y Lara se abrazan, sin creer todavía que se ven juntos. Pedro, lleno de regocijo, mezcla

sus lágrimas con las de ámbos , y dando su caballo á su Señor , toman el camino de Santa Fe.

¡ Quien podrá explicar la alegría que en todo el ejército causó su vuelta ! Al verlos , olvidan los soldados todas sus fatigas. Ambos héroes están con ellos : en adelante son invencibles. Ni Alamar , ni los Abencerrages les dan temor : desde este instante Granada se rindió : nada puede impedir su ruina , y todos piden á voces el marchar al punto á la morallas.

Gonzalo agradecido , aprueba y siente el mismo ardor. Pensando siempre en Zulema , y en el peligro en que la había dexado , teme que el furioso Alamar se entregue á los mayores excesos. Arde por venir á las manos con el furioso rival , y librar la tierra de un monstruo , cuyo nombre solo inspira horror ; pero la amenaza que le hizo Muley de presentarse donde quiera á Gonzalo , de cubrir siempre con su cuerpo la brecha que él ataque,

dexa yetto el héroe sensible, y le obliga á temer el asalto.

Mientras que con su amigo proyecta llamar á duelo al príncipe africano, y sacarle fuera de los muros, Fernando viene á interrumpirlos, hablándoles de esta manera: Heroica juventud, honor de los Españoles, yo no me atrevo á quejarme del destino que no me dexa vencer sin vosotros; pero él me obliga á separaros de nuevo. Los Abencerrages, dueños de Cártama, han venido á pelear hasta debaxo de nuestros muros. Quizá pueden volver otra vez, y ántes que derribemos esas torres ya vacilantes, es preciso apoderarse de Cártama, destruir ó cautivar todos los enemigos que pudieren venir á turbarnos. Gonzalo, á tí te he elegido para esta importante conquista. Las heridas de Lara le impiden acompañarte. Escoge los guerreros que quieras, y marcha con ellos á Cártama: dueño eres de todos los medios que puedan entregarte sus muros. Dentro

De seis dias me has de entregar sus llaves: este término basta á Gonzalo. Yo le he prefixado, no por la fortaleza de la plaza, sino por las prendas de mi general.

Gonzalo, al oír estas palabras, siente renacer su ardiente pasión por la gloria, y promete al rey obedecer y partir á la mañana siguiente. Su amor gime en secreto al alejarse de Granada; pero su valor le da la esperanza de volver ántes de los seis dias. Las rocas escarpadas defienden por todos lados á Cártama: solo una sorpresa puede entregarle aquellos empinados montes; y despues de meditar el desígnio que ha de asegurar su victoria, pide que le acompañen los fieles Asturianos.

Seis mil infantes le bastan, todos escogidos por Gonzalo, todos hijos de los Pirineos, todos fuéron pastores ó cazadores en las gargantas y los precipicios de las montañas de Liévana. Allí, en las rocas que se ocultan en las nubes, sobre los blancos picos de yelo, sobre las cimas

Inaccesibles en donde la nieve , mudada en diamante , resiste á los ardores del sol persiguiéron desde su infancia las águilas y las bicceras. Cubiertos solamente de una piel de lobo , ceñidos con un ancho cinto , del qual penden tres ganchos de acero, los pies armados de puntas de hierro, y en la mano derecha un dardo con dos puntas, llevan al lado dos agudos puñales, y una ancha honda al rededor de sus sienes. Osados , ligeros , infatigables , todos de corpulenta estatura , de una fortaleza sin igual , se creeria ser aquellos fieros gigantes que intentáron escalar el cielo.

El valeroso Peñallor los manda ; aquel cuyos abuelos peleáron al lado de Pelayo ; aquel en quien no ha degenerado el antiguo valor. La formidable tropa , vanagloriosa de verse elegida por el magnánimo Gonzalo , se forma baxo el antiguo estandarte de los primeros reyes de España. El general se muestra entónces acompañado de Lara , gimiendo al separarse de nuevo:

Gonzalo le abraza, y da la señal para partir.

Marcha , llega ántes de la noche á corta distancia de Cártama , oculta su tropa en un bosque , les ordena descansar ; y solo , puesto sobre una colina , examina á lo lejos la plaza , y la descubre en medio de una roca que domina los montes circunvecinos. Una senda estrecha y empinada , por donde apenas puede subir un caballo , guía á sus puertas de bronce : las almenas , cortadas en la piedra , se elevan sobre precipicios que la vista no puede medir : un torrente impetuoso rueda con estrépito al pie de la roca que sostiene á Cártama : su cima inmensa se pierde entre las nubes , se adelanta por encima de la ciudad , como queriendo defenderla de los ataques del cielo.

Gonzalo fixa su vista en aquella roca espantosa. Todo lo cree posible el valor , y conoce el de sus Asturianos. Observa la posicion de los montes : sigue , sin verle , en sus rodeos el rápido curso del torrente ,

juzga donde la madre ensanchándose puede hacer fácil el paso: y , cierto de lo que presume , vuelve á buscar á sus soldados.

Nobles descendientes , les dice , de aquellos venerables christianos que , retirados en las cavernas , sin mas auxilio que Dios y sus corazones , salváron nuestra patria del yugo de los Moros , este Dios justo permite que esos usurpadores se vean en fin reducidos al asilo que entónces teniais. Yo os he elegido entre todo el ejército , para arrojarlos de él , para asegurar la ruina de Granada ; para que el mundo diga que la España debió siempre sus triunfos á los invictos Asturianos. Mirad aquel inmenso peñaseco que coronan las nubes , en donde el águila teme fixar su vuelo ; allí habeis de ir á vencer. La mitad de vosotros quedará conmigo , y la otra , guiada por Peñallor , irá á tomar la vuelta de la montaña , por el camino que yo le señale. A aquella cima habeis de llegar : ¿ y á donde no llega la constancia ?

Allí encenderéis tres hogueras para avisarme de vuestra llegada ; allí prepararéis las piedras para vuestras hondas, y esperaréis mi señal.

Los Asturianos , llenos de ardor , prometen ganar la cima de la roca ; todos quisieran tener parte en la empresa ; pero el héroe los sosiega , prometiendo otros peligros á los que se queden. Luego lleva á Peñafior á la colina , de donde se descubren las sinuosidades del torrente , y lo explica sus osados intentos : Peñafior escoge tres mil hombres , los mas fuertes y mas ágiles , manda que tomen víveres para dos dias : y , en poniéndose el sol , parte con sus soldados.

Gonzalo consagra esta noche y el dia siguiente al reposo , despues de haber calculado el rodeo que ha de tomar Peñafior , los obstáculos que puede encontrar y el momento de su llegada. Inquieto y desvelado la segunda noche , la pasa sobre la colina , puestos los ojos en la roca , pero

nada se ve , todo es sosiego. La luna resplandecía en lo alto del cielo ; y su luz favorecía el trabajo de los Asturianos , debiendo acelerar su buen éxito. El héroe entretanto teme y suspira ; pero al fin , ántes de amanecer , ve encendidas las tres hogueras , y lanzando un grito de alegría , corre á su tropa , forma sus soldados , y marcha á la senda.

Pasa á nado el torrente , siguiéndole los Asturianos ; y al ruido acuden los Abencerages á las almenas. Una nube de flechas cae á los pies del héroe. Solo y cubierto de su escudo , se adelanta , sube encima de una roca , corta un ramo de olivo , lo pone sobre la cabeza , haciendo señal de que pide hablar.

Al punto Zeir manda á sus tropas suspender las flechas. Las puertas de la ciudad se abren , y Omar , acompañado de otros guerreros , baxa por la senda empinada , marcha hácia Gonzalo ; pero en reconociendo su rostro , se para , duda , titubea , sin saber si ha de oírle.

Acércate , le dice el héroe : en otro tiempo conocí tu valor , y él debe asegurarte de mi estimacion. Yo no pretendo pelear por el interes de mi corazon , sino vengo en nombre de Fernando á ofrecerte una paz necesaria , digna de los Abencerages , cuyas condiciones dictará esa noble tribu. Yo soy árbitro del tratado....

Tú no lo eres de Cártama , interrumpe Omar con voz altiva ; y aunque pereciera Granada , nosotros , dentro de nuestros muros , despreciaríamos á tus reyes , á tu ejército , y á tí mismo. Mira los fundamentos en que reposa nuestra libertad : mira esas rocas terribles , esos muros inexpugnables , esas torres á que la vista apénas puede llegar , y da alas á tus soldados ántes de hablarnos de paz.

Mis guerreros no las necesitan , responde Gonzalo sereno ; mira aquel risco que domina la ciudad , allí están mis soldados. Mira mi tropa numerosa que va á arrojar sobre vosotros los peñascos que

os defendían, y solo esperan mi señal para destruir el único asilo que os quedaba. Escoge pues al instante, ó perecer todos entre vuestras ruinas, ó firmar la paz gloriosa que os ofrezco como á amigos.

Omar admirado, mira el monte, y ve la cima coronada de tres mil Astarianos. Apenas da crédito á sus ojos; y turbado, inmóvil, cree estar en un sueño funesto. En fin precisado á dar se al intento que no concibe, responde al héroe, ménos orgulloso, pidiéndole algunos instantes para dar parte á sus compañeros.

Los muros quedan desiertos, y un silencio melancólico reyna en la ciudad. Gonzalo impaciente manda tocar las trompetas, y se prepara para trepar por el monte, quando ve salir por las puertas de Cártama á Zeir, Osman, Omar, Velid, con los principales Abencerrages, que se acercan sin armas y con semblante magestuoso. Gonzalo va al encuentro, y Zeir le dirige estas palabras: venciste, Gon-

zalo; pero cree que sabriamos morir, si nuestras mugeres y nuestros hijos pudieran evitar nuestra suerte. Cedemos á la naturaleza, á la fortuna, á tu ascendiente: todos venimos á entregarte á Cártama; solo pedimos la libertad; que nuestras familias puedan libremente profesar su religion, y habitar en paz los campos que Fernando quisiere señarlarnos: á este precio somos sus fieles vasallos; yo te entregó las llaves y mi fe.

Gonzalo le da la mano, le concede mas de lo que pide, y tratando honoríficamente á los Abencerrages, sube á Cártama en medio de ellos, entra en la ciudad como un aliado, prescribe á los Españoles la mas severa disciplina, prodigando las recompensas para que olviden que son vencedores. Peñafior, nombrado gobernador de la ciudad, queda en ella con los seis mil Asturianos, y el héroe acompañado solo de los Abencerrages toma la vuelta de Santa Fe.

Lara , que no osaba esperarle todavía , aunque todos los dias salia á encontrarle , divisa á los léjos á Gonzalo , vuela , le echa los brazos , y contempla el noble séquito que le rodea : saluda á los Abencerages , ocultando la alegría que pudiera ofenderles , y , dilatando por respeto de ellos el hablar á su amigo de la victoria , corre á anunciarla á los reyes.

El gran Fernando , la augusta Isabel no pueden disimular su admiracion ; reciben los nuevos cautivos como vasallos antiguos á quienes aman ; confirman el glorioso tratado que firmó su general ; dexan á la ilustre tribu su culto , sus bienes y sus riquezas , agregando á tantos beneficios una ciudad de Andalucía , para que sea el patrimonio de su noble posteridad.

En tanto que los dos esposos aprisionan los corazones de los que vencieron sus armas , un soldado pregunta por Gonzalo , y quiere hablarle en secreto , para entregarle una flecha disparada de los muros

de Granada, la que traía un villete cerrado, en el que se leía el nombre del héroe. Gonzalo admirado toma el villete, le abre con trémula mano, y lee con dificultad estas palabras casi borradas con lágrimas.

« Mi última hora se acerca, pues Alar-  
 » mar me da á escoger entre el himenco  
 » y la muerte. Si esta bastase al tirano,  
 » no vendria á implorar al enemigo de mi  
 » patria, y, espirando sin quejarme,  
 » daría por él mi último suspiro; pero mi  
 » padre está cargado de cadenas, mi padre,  
 » por haber salvado tu vida, se halla con-  
 » migo en la misma mazmorra adonde me  
 » llevó mi amor. De aquí no ha de salir  
 » sino para el suplicio. Gonzalo, ven á  
 » librarle; mi corazón no será tu recom-  
 » pensa, pues no le doy dos veces: mi  
 » mano podrá solamente pagar lo que ha-  
 » gas por mi padre » .

Gonzalo, palido, turbado, lee dos veces el papel, y vuelve á buscar á Isabel. La reyna nota su turbacion: hablad, le

dice , gran capitán , ¿ qual es el pesar que obscurece las sienas ceñidas de laureles ? ¿ que es lo que vuestro corazón desea ? Yo os prometo cumplirlo , explicaos con seguridad , ¿ que premio pedis por tantas hazañas ?

El asalto , responde Gonzalo , el último , el terrible asalto que ha de cautivar á Granada , que ha de precipitar del trono al infame y cruel Boabdil , que ha de vengar al cielo cansado de los crímenes del bárbaro Alamar . Ordenad el asalto para el amanecer , esta es la recompensa mayor , esta es la sola que deseo por todo lo que he podido hacer en vuestro servicio .

Al oír estas palabras pronunciadas con ojos encendidos , con el acento del furor , con el delirio del amor , Fernando inflamado se levanta : quedarás satisfecho , le dice , mañana te entrego Granada : mañana castigarás á tu voluntad los viles enemigos que te han ultrajado . Ven á dar la orden tú mismo ; ven á inflamar mis va-

lientes soldados en el fuego que arde en tus ojos; ven á decirles que tú vas á pelear, y no dudarán de la victoria.

Luego llama á los generales , y les declara su grande empresa. Somete á Gonzalo el plan del ataque , quien le perfecciona con sus consejos. Dos minas preparadas de antemano , han de reventar á la aurora , y derribar las dos torres ó puertas , las mas fuertes de los sitiados. El ejército, dividido en dos columnas, marchará contra ámbas á un mismo tiempo. El rey en persona, el jóven Cortes, el generoso Lara irón al frente de los Aragoneses, Catalanes y Baleares para atacar por la derecha. El prudente Medina y el invicto Gonzalo al frente de los Castellanos, Leoneses y Andaluces asaltarán por la izquierda. Divididas de este modo las tropas de las dos coronas, rivales en gloria por tantos siglos, querrán eclipsarse mutuamente. Isabel los visita y los anima : Gonzalo , que acompaña á la reyna, muestra la reluciente espada del

Cid. Todo esta pronto, todo dispuesto, y los Soldados descan que llegue la aurora.

En fin llegó, llegó aquel gran día que había de iluminar el triunfo mas illustre, la conquista mas importante que hicieron los Christianos á los Musulmanes ; que había de vengar ocho siglos de oprobios, volver á la España entera su libertad, al verdadero Dios sus antiguos templos, y empezar la larga sucesion de victorias que llenó del nombre Español las tres partes del mundo conocido, y el nuevo mundo que luego descubrieron.

Gonzalo es el primero que , ya armado , llama, excita á sus compañeros. A pie como los demas sale de la ciudad y los forma en la llanura. Impaciente de oír la señal, acusa de lentitud á Fernando, vuelve á las puertas de Santa Fe, acelera la marcha de los batallones, les muestra el sol que apenas brillaba, creyéndole ya en su ocaso. Gonzalo va á librar á su amada, va á castigar un rival odioso , va á vencer por su

patria : amor , venganza , virtud , todo se reúne en su corazón , todo le eleva sobre sí mismo. Aquella alma grande no basta á los movimientos que la oprimen. Corre , vuela por las filas , abraza á cada soldado , tremola en sus manos la espada vencedora , mira los muros de Granada , como el viagero , en medio de un desierto , atormentado de la sed ardiente , mira el arroyuelo que descubre , sin poder todavía acercarse .

El prudente Medina modera su ardor , y le muestra á lo léjos á Fernando formando los Aragoneses ; Isabel , en lo alto de una torre , arrodillada , los brazos tendidos al cielo , implorando al Dios de los exércitos ; Lara , y el jóven Cortes , al frente de sus columnas , los Moros sobre sus muros , el arco tirante , la flecha en la mano , esperando con fiereza el ataque. Boabdil no se ve entre ellos : las heridas y la pusilanimidad le detienen en la Alhambra ; pero el feroz Alamar , instruido por

el último asalto, temiendo el nuevo acometimiento , había introducido en los fosos las rápidas aguas del Darro, había prevenido vasijas llenas de betun, de salitre, de aceyte hirviendo, flechas, dardos encendidos; había juntado montones de rocas, todos los recursos de la desesperacion, de la rabia, del terror, nada había descuidado Alamar, y tantas máquinas mortales amenazan particularmente á Gonzalo.

El rey de Aragon envía dos cuerpos de caballería, que vuelan, cargados de faginas, á cegar dos parages del foso y acaban su empresa al traves de las flechas enemigas. El ejército entónces empieza á moverse contenta y sosegada marcha. Alamar envía nuevos refuerzos á las dos torres adonde se dirigen. El ayre se obscurece con las flechas de los Moros, y resuena con sus espantosos gritos; los Españoles marchan en silencio al abrigo de sus escudos, y en llegando cerca del glasis se paran, baxan sus lanzas, y esperan la última señal.

En este instante por ámbas partes se oye un súbito y espantoso trueno, tiembla la tierra, conmuevense los montes, y los valles le repiten á lo léjos : los torrentes de espeso humo esconden los muros de Granada, los torbellinos de polvo se levantan hasta el cielo, los gritos y los gemidos se mezclan con el ruido tremendo, y, disipada la nube de humo y polvo, se ven los dos fuertes torreones arrancados por sus cimientos, formando un monton de ruinas quedando las faginas cubiertas con sus despojos, y con los miembros dispersos y sangrientos de los desventurados que los defendian.

Entónces suenan las trompetas, y Gonzalo, arrojando un horrible grito, se precipita con espada en mano, pasa el foso, sube á la brecha, derriba, mata, rechaza á los Musulmanes que habian acudido, llama á los Castellanos que vuelan sin poder seguirle, y solo sobre los altos muros, amontona los moribundos cuerpos. Los

Almoradies , mandados por Abad , se reunen contra el héroe : él ataca , deshace el batallon , esparce al rededor las victimas , disipa , destruye , pone en fuga quanto se opone á su brazo , y , uniéndosele en fin los suyos , toma el estandarte de Castilla , salta por entre los cadáveres , las ruinas y los despojos , y le enarbola sobre las murallas.

Alamar , con los Zegries , peleaba en la otra brecha ; Alamar habia sostenido los esfuerzos del valeroso Lara ; su maza terrible habia derribado al temerario Cortes , y Fernando dos veces rechazado no podia trepar por la muralla. El fiero Alamar insultaba á los Christianos , creyéndose ya vencedor , quando divisa á lo léjos el estandarte plantado por Gonzalo , y oye á los Españoles repetir su nombre glorioso.

El Africano palidece enfurecido , descarga sobre la tierra su maza , baxa la frente , vacila un instante sobre el partido que le queda , y dando feroces mi-

radas á los Zegries que le rodean : valiente Maaz, dice á su xefe, quédate en esta brecha con tus compañeros, perezca hasta el último ántes que abandonarla. Yo corro con los Alabeces á desalojar al enemigo del muro, á castigar, á exterminar al detestable... acabar no pudo : la cólera no le dexa pronunciar el nombre que aborrece. Echa sobre sus espaldas la pesada maza, y, al frente de los Alabeces, por encima de la larga cortina que juntaba las dos torres destruidas, marcha con pasos veloces hácia los Castellanos.

Gonzalo le salia al encuentro. Gonzalo, apenas vencedor, iba á poner en libertad á Zulema, pero sabedor de que su amigo está peleando en la otra brecha, muda de intento, y vuela con los Leoneses á socorrer al valeroso Lara. Llama y reta en alta voz á Alamar : el Africano le oye, y responde á lo léjos. Ambos reconocen su voz, y corren á encontrarse : ámbos se des-

cubren en fin, salen delante de sus tropas, y se encuentran en medio de la muralla.

Dios de las batallas! ¿quien podrá pintar la fuerza, el odio, la rabia de los implacables rivales? ¿quien podrá explicar el furor ciego, el deseo de la venganza, la sed ardiente de sangre que á ámbos devora? Sin atender á sus vidas, sin pensar en sus escudos, Alamar alza la maza, Gonzalo su espada cortadora, y teniéndolas con ámbas manos, se acercan y descargan. Sus golpes forman uno solo; que el eco repite. El casco de Gonzalo se rompe, la piel de serpiente de Alamar queda cortada; ámbos arrojan sangre por ojos y narices. El Español vacila, el Africano se sostiene sobre una rodilla; pero levantándose al punto, Alamar saca el alfange, Gonzalo le ataca de mas cerca, y las armaduras vuelan en pedazos; el metal y las escamas saltan al impulso del héroe; los golpes suenan sin interrupcion, y al ruido se croeria que peleaba un exé-

uito entero. Los Leoneses y los Alabeces , yertos de temor , los miran ; todos quedan suspensos , todos los ojos , todos los á-ni-mos se fixan en los dos guerreros.

Despojados casi de sus armas , pasan solo con la espada : fatigados , mas no mênos ardientes , se acercan cada vez mas ; pero el Español acosa al Africano hasta el parapeto de la muralla , y Alamar , no pudiendo ya huir mas , se arroja sobre su enemigo , cuerpo á cuerpo , y quiere ahogarle en sus brazos. Gonzalo le recibe , le aprieta , le estrecha contra su pecho acerado , aumenta sus esfuerzos , le mueve como si fuese una robusta encina asida á la tierra , le derriba sobre el parapeto , y queriendo acabar su victoria , le precipita de lo alto del muro ; pero Alamar , teniéndole asido , le arrastra en la fatal caída.

Ambos caen en medio de las aguas , haciéndolas saltar el ayre , ámbos se sumer-  

 y vuelven á aparecer separados.

Armas.

Armados de su espada terrible, atada al brazo con una cadena, nadan con una mano, y con la otra se acometen con nuevo furor, tiñendo con su sangre las aguas. La de Alamar corre en abundancia, y sus fuerzas no igualan á su furor. Gonzalo lo nota, y siente aumentarse las suyas. Arrójase sobre su enemigo, le ase, le hiere en la garganta, saca la espada para volver á meterla. Ambos desaparecen otra vez, y la negra sangre sube sobre las aguas; pero al cabo de pocos instantes, se ve Alamar, los brazos abiertos, transportándole la corriente ensangrentada. El héroe vencedor sale á la orilla, marcha á la brecha, y sin tomar aliento vuela á la mazmorra.

Llega rodeado de hachas, rompe las puertas de metal, penetra hasta donde estaba la princesa que, postrada junto á Muley-Hassem, solo esperaba la muerte. Ya estais libre, exclama Gonzalo arrojándose á sus pies; Alamar pereció, **VEN-**

gada estais. Y tú, anciano respetable, tú á quien debo la vida, perdona las tristes hazañas, que mi deber me prescribia. Yo he servido á mis reyes y mi patria; ya cumplí con ellos, no contigo; dispon ahora de mi suerte. ¿Quieres honrar á Fernando, recibiendo de él el obsequio que merecen tus virtudes? ¿Quieres huir de Granada, y desterrarte á otros climas? Todo lo puedo, y todo lo haré para suavizar tus desgracias, para seguirte como un esclavo, para obtener tu amistad, mas grata á mi corazón que mi gloria.

Muley le escucha y guarda largo silencio; alza los ojos al cielo, le acusa en lo interior de su corazón, sintiendo haber vivido tanto. En fin, cediendo al destino, echa los brazos á su hija, vertiendo en su seno amargas lágrimas; y mostrándola á Gonzalo, protégela, le dice, de nuestros crueles enemigos: viva ella, y viva libre..... y no pienses en mí.

Salen luego de la horrible mazmorra, y marchan guiados por Gonzalo hacia el palacio de la Alhambra. Fernando le ocupa ya, Fernando vencedor luego que Alamar saltó de la brecha, envió á Lara á apoderarse del rey Boabdil. El monarca tímido, rodeado de eunucos, esperaba temblando las cadenas, y derramaba inútiles lágrimas. Su madre Aixa, puesta á su lado, brillando la cólera en sus ojos, contemplaba en el indigno hijo: llora, le dice, que bien debe llorar como muger, quien no supo defender el trono de sus abuelos, como hombre.

Lara se muestra en este instante, manda á Boabdil que le siga, y le conduce á los pies de Fernando. El destronado rey bina la rodilla, Fernando encubre su desprecio baxo una fingida clemencia, levanta al débil enemigo, á quien conoce y no teme, y le da la libertad.

En fin Granada se rindió. El Español triunfante enarbola, por todas partes, las

torres de Castilla , coronando tan felices hazañas con la humanidad para con los vencidos. Lara, Medina, todos los generales mandan respetar á un pueblo que tiembla , y hacen sagrados á los ojos del soldado los asilos de los desdichados. Las murallas están cubiertas de sangre , pero la ciudad permanece tranquila. Fernando les dexa á los Moros su culto, su libertad y sus bienes; recibe de las manos de Gonzalo al virtuoso Muley y á la tierna Zulema, como á una hija querida, como á un rey que estimaba por largo tiempo, colmándolos del respeto debido á sus desgracias, de los honores que debe á su estado; y queriendo dar á Gonzalo el premio debido á sus hazañas, manifiesta al héroe su reconocimiento en los beneficios que prodiga á Zulema.

A la mañana siguiente , la augusta Isabel, acompañada de su corte , montada sobre un caballo blanco que ocultan las piedras preciosas, va á las puertas de la

ciudad, en donde Fernando le presenta las llaves; entra en triunfo, en medio de todo el ejército, que bendice su glorioso nombre, por entre el pueblo maravillado al ver la clemencia de los vencedores. Tranquila y modesta despues de la victoria, protege á los Moros y honra á los Españoles. Gonzalo y Lara, puestos á su lado, la conducen á la mezquita, convertida ya en templo de Christo. La reyna da gracias al Dios de los ejércitos, le suplica que vole siempre por el imperio que le confió, pidiéndole, no que ensanche sus límites, sino que le dé las virtudes que pueden hacer felices á sus vasallos.

Sobre este mismo altar, en este mismo templo, pocos dias despues, Gonzalo recibió la mano de Zulema. Muley, vencido por sus virtudes, consintió en llamarle su hijo, sin dexar de amar á su hija, aunque siguiera la ley de los christianos. La reyna y Fernando fuéron testigos de tan dulces nudos: Lara, cuya felicidad

se igualaba tal vez con la de Gonzalo, estrechaba en su seno á su amigo, y el mayor de los héroes, el mas fiel de los amigos, la mas amable esposa, empezáron una larga sucesion de dias afortunados y gloriosos.

**F I N.**

---

---

# NOTICE

*De quelques livres espagnols de fonds  
et d'assortiment qui se trouvent chez  
J. ARZINE, Imprimeur-Libraire,  
à Perpignan.*

---

Alexo ú la Casita en los Bosques, publicado  
en frances por M.<sup>r</sup> Ducray-Duminil, y tra-  
ducido por Don J. y Don T. M. L., 4 vol.  
in-18, *fig. bro.* 6 f.

Almacen de Frutos literarios, ó Apuntes  
sobre el bien y el mal de España, 1 vol.  
in-18, *bro.* 2 f. 50 c.

Aventuras de Telémaco hijo de Ulises, por  
Francisco Salignac de la Mothe - Fenelon,  
Arzobispo de Cambrai, traducido del ori-  
ginal frances, in-12, *bro.* 2 f. 50 c.

Collecion de varias piezas, tanto en prosa  
como en verso, sacadas de los mejores autores  
españoles, como Cervantes, Yriarte, Quevedo,  
Torres, etc. por Don Christoval Pla, 2 tom.  
in-18, *bro.* 2 f. 50 c.

Dialogues français, anglais et espagnols,  
extraits des meilleures comédies de Moliere,  
in-8.<sup>o</sup> à 3 colonnes, petit-texte, *bro.* 2 f.

Del Contrato Social, ó principios del  
Derecho politico, de J. J. Rousseau, in-18,  
*bro.* 2 f.

Elémens de la conversation Espagnole et  
Française, ou dialogues espagnols et fran-  
çais, in-8.<sup>o</sup>, *bro.* 3 f.

El Evangelio en triunfo, ó Historia de un  
filsolo desengañado, 7.<sup>a</sup> edition, 4 tomes  
petit in-4.<sup>o</sup>, *bro.* 15 f.

Estela, de M.<sup>r</sup> Florian, traducida por Don Vicente Rodriguez de Arellano, in-18, *bro.* 1 l. 25 c.

Eusebio, por Don Pedro de Montengon, 4 vol in-8.<sup>o</sup>, petit papier, 10 l.

Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campuzas, 3 vol. in-4.<sup>o</sup> *bro.* 15 l.

Gonzalo de Córdoba, ó la Conquista de Granada, escrita por el caballero Florian, publicada en español, por D. Juan Lopez de Peñalver, 2 tom. in-18, *bro.* 2 l. 50 c.

Galatea, por M.<sup>r</sup> Florian traducida por Don Casiano Pellicer, in-18, *bro.* 1 l. 25 c.

Gil Blas de Santillana, 4 vol. in-12, 10 l.

Leçons de langue espagnole, par Pierre Puiggari, professeur de langues vivantes et de belles lettres à l'école Communale de Perpignan, 1 vol. in-8.<sup>o</sup> *bro.* 5 l.

L'art de la correspondance Espagnole et Française, ou recueil de lettres en Espagnol et en Français, sur divers sujets, in-8.<sup>o</sup> *bro.* 5 l.

Novelas nuevas, escritas en frances por M.<sup>r</sup> de Florian, traducidas libremente por D. Gaspar de Závala y Zamora, in-18, *bro.* 1 l. 25 c.

Numa Pompilio, del caballero Florian, puesto en castellano por el autor de las Veladas de la Quinta, 2 vol. in-18, *bro.* 2 l. 50 c.

Obras de la Madre de Agreda, in fol., 3 vol. rel. 24 l.

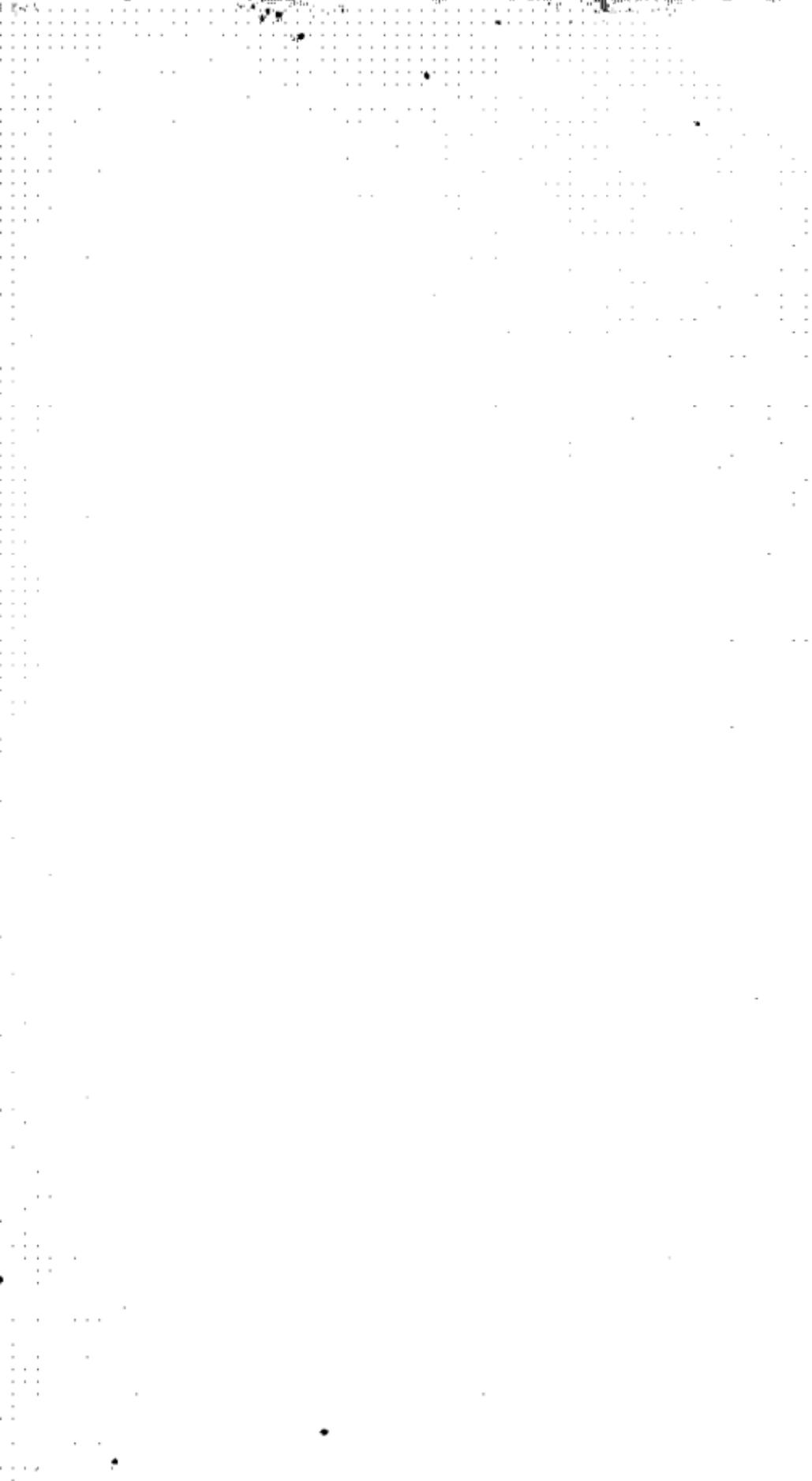
Pablo y Virginia, de M.<sup>r</sup> Bernardin de St. Pierre, puesto en castellano por Don Miguel Alca, in-18, *bro.* 1 l. 50 c.

Rellexiones politico - morales, por Don Joaquin Acevedo, Teniente de Guardias españolas, in-12 d'envion 200 p h, 1 l. 50 c.

En outre, tous les Dictionnaires et livres classiques de cette langue.











**LIBRERIA  
ANTIQUÀRIA**

**Cos del Bon, 14-16  
43003 Tarragona  
Spain)**

